

OCEANUM





ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 7, nº 12

Diciembre de 2024

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Oswaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

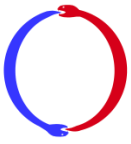
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

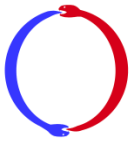


Este año han adelantado el encendido de las luces de Navidad en muchas ciudades. Solía hacerse la primera semana de diciembre, pero las calles se han llenado de lucecitas de colores desde mucho antes, para que el ambiente fuese más festivo y, de alguna forma, incitar al consumo, incluso en esos días con nombre en inglés marcados para comprar de forma compulsiva. De eso se trata. La factura de colocación y el consecuente gasto energético no los suelen pagar las corporaciones municipales, sino que en una buena parte salen del bolsillo del comercio local, de modo que no deja de ser más que una inversión cuyo objetivo es conseguir beneficios, como debe ser.

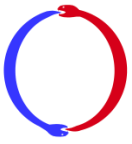
La iluminación navideña, con los orígenes lejanos en aquellas bombillas de incandescencia incapaces de dar azules ni blancos, con una baja eficiencia energética que multiplicaba los recibos de la luz, se ha convertido no en un adorno, mero condimento de la fiesta, sino en un fin en sí mismo. En alguna medida, el mercado editorial también se llena de sus propias luces navideñas. En lo más visible, las imponentes estructuras, cuajadas de LED, que iluminan el centro de las grandes urbes y sus principales plazas, que atraen en torno a ellas a los grandes sellos editoriales y los autores de siempre con sus títulos de siempre u otros —autores y títulos— que todo el mundo literario rezuma un tufillo al día de la marmota. Expositores y tapa dura, sobrecubierta, bandas con la decimosexta edición y un trillón de volúmenes vendidos hasta ayer a mediodía, premios de encargo y relumbrón a raudales, para atraer a ese comprador que quiere regalar cultura en Navidad o que se acerca al centro comercial a comprar el libro del año. Lejos, los barrios poco iluminados del extrarradio de las editoriales periféricas, con autores de menos tirón y títulos que compiten en desigual batalla con el más puro mercantilismo a golpe de presentaciones locales en entornos conocidos.

Quizá este ambiente festivo y la efervescencia comercial sean un buen síntoma. Sin embargo, tanta luz no deja ver las estrellas. Felices fiestas. Nos vemos en enero.

Miguel A. Pérez



6	La galera		
	Entrevista a Fernando García Maroto	Ginés J. Vera	6
	<i>Yo maté a un perro en Rumanía,</i> Claudia Ulloa Donoso	Pravia Arango	9
	Las vidas borradas	Goyo	12
15	Dentro de una botella		
	Sobre la inteligencia artificial (Al modo del <i>Libro de los Pasajes</i>)	Javier Dámaso	15
19	Estelas en la mar		
	Con el poeta Manuel Mantero	Encarnación Sánchez	19
	Tormenta	Marta Marco Alario	22
24	Marinas		
	Francisco de Goya: Los sueños de la razón jurídica	Diego García Paz	24
28	¡Avante toda!		
	Con el editor de <i>Pepitas</i>	Pravia Arango	28
32	La estrella polar		
	Barrios de antes, barrios de ahora...de la soli- daridad a la gentrificación	Pilar Úcar Ventura	32
	La risa contra los dramones	Miguel A. Pérez	36
46	L'imperceptible écume		
	Brigitte Broc Poemas de <i>Devant toi, tout ce bleu</i>	Miguel Ángel Real	46
51	Outros mares		
	Canción para un mañana	Augusto Guedes	51
53	Otres mares		
	Poemes	Alfredo Garay	53
56	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		57
	Con un toque literario	Goyo	61



63 Gran Sol

La abuelita (extracto)

Faustina Sáez de Melgar

63

75 Nuevos horizontes

Innsbruck

Oswaldo Beker

76

Bajo la escalera

Ginés J. Vera

82

Poemas dedicados a Dulce María Loynaz y a
Sonia Jiménez Tirado

Encarnación Sánchez

92

Tres poemas de

Fondo musical para reproducir espejos

Esteban Cabrejas

97

Recordando a Cesare Pavese

Ángela Martín del Burgo

101

Mar de fondo

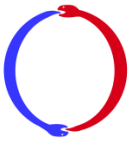
Miguel Quintana

105

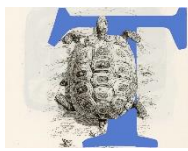
118 Créditos de fotografía e ilustración



**Entrevista a
Fernando García Maroto**



Ginés J. Vera



Termina 2024 y, como cada año, habrá quien haga balance de lo que hizo, de lo que quedó pendiente. Quizás alguna lectura que deberá aguardar al nuevo año, pasadas las uvas, cavas y algún exceso. No me resisto a traeros una más, la novela *Retrato robot* (Venejo), de Fernando García Maroto. Licenciado en Ciencias Matemáticas por la Universidad Complutense de Madrid, ha publicado anteriormente las novelas *La geografía de los días* (2010); *La distancia entre dos puntos* (2011; reedición por LcLibros, 2014); *Los apartados* (Eutelequia, 2012) —galardonada con el Premio Eutelequia de Novela, en 2011—; *Que se enteren las raíces* (Triskel, 2015) y *La carga* (Malbec, 2019). También ha publicado cuatro libros de cuentos: *La vida calcada* (Paroxismo, 2013), *Arquitectura del miedo* (UnoYCero, 2016; reedición LcLibros, 2020), *La persistencia del frío* (Maclein y Parker, 2017) y *Aceleración de la realidad* (Maclein y Parker, 2021). Ha colaborado con sus artículos para la revista cinematográfica digital *Miradas de Cine*. Asimismo, forma parte de la plataforma literaria digital *Escritores Complutenses 2.0*. Actualmente, compagina la escritura con su trabajo como profesor de enseñanza secundaria.

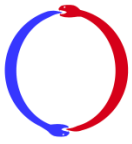
En *Retrato robot* hay un lenguaje rico en metáforas, símiles y planos de significación. Entre ello, rescato eso de que un espejo, al igual que un laberinto, siempre es o tiene una puerta abierta. Háblenos de la importancia del lenguaje, de lo que se dice o se omite en su novela.

A nadie se le escapa que es el lenguaje, su empleo y su forma —en resumidas cuentas, el modo en que lo usamos—, el que construye la literatura, el que arma el sentido de las historias y nos conduce por sus caminos. Por eso, tan crucial como lo que se dice es lo que no se dice, de manera deliberada, siempre con el objeto de crear un efecto, un tono y un ritmo adecuados a la narración (piense también en las narraciones orales, donde esta herramienta de la ocultación es mucho más evidente). Lo procuro hacer en todos mis textos, y *Retrato robot* no es, desde luego, una excepción.

El protagonista de *Retrato robot* tiene, al menos, un punto en común con Ud., me refiero a la docencia. No sé si alguno de los personajes que aquí aparecen tienen algo, en parte, acaso, de la realidad, de personas reales.

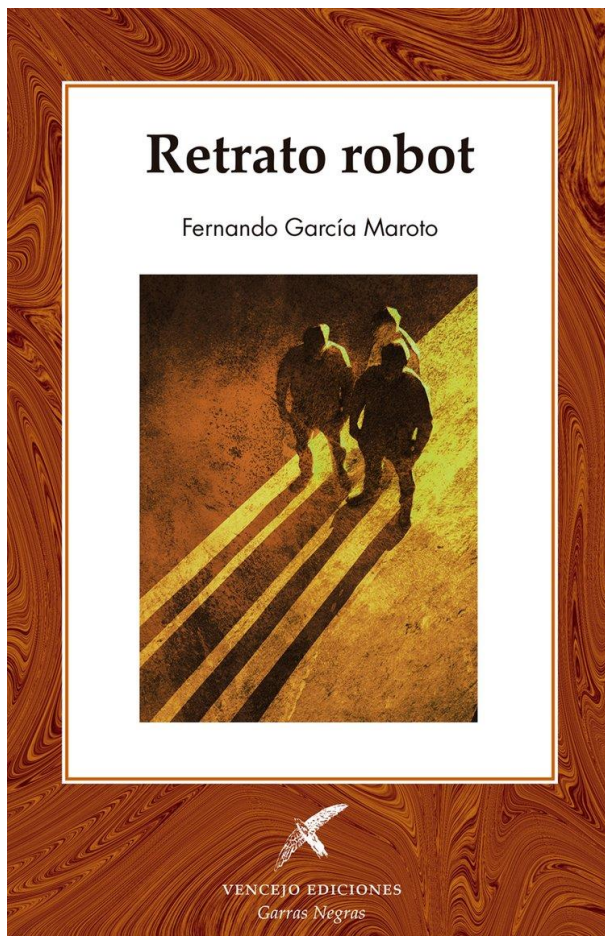
No, no suelo basar mis historias en personas o hechos reales, aunque sí procuro fomentar y trabajar la verosimilitud necesaria de las tramas incluyendo de alguna manera puntos de referencia o de contacto que se puedan reconocer fácilmente, ya sean personales o sociales. Me gusta jugar con las posibles lecturas e interpretaciones de mis textos; a fin de cuentas, no debemos olvidar nunca la parte lúdica de la literatura, porque la literatura, al menos para mí, también es juego.

“Solo tienen derecho a recordar los que permanecen, los supervivientes y los restantes”, reflexiona el protagonista en un momento de la novela. Me invita a trasladarle otra reflexión, como es la importancia, en la vida de aquel, del



dibujo; de la capacidad de plasmar en dos dimensiones un recuerdo, una imagen y mucho más. Casi como un escritor, aprehendiendo en un libro demonios o héroes. ¿Qué opina?

Todos necesitamos un registro lo más fiable posible de nuestras andanzas y nuestras vivencias. Los recuerdos deben apoyarse en algo más tangible que ellos mismos, ya sea en un dibujo o en unas palabras. Incluso en un olor, como en Proust. Por eso los dibujos y los diarios. Por eso la pintura y la escritura. Para el protagonista de la novela, los retratos que él dibuja constituyen una exploración crucial de su pasado, de sus faltas y sus derrotas cotidianas; la mejor manera de saldar las cuentas y hacer un cómputo ajustado de sus numerosas debilidades.



De nuevo, rescato un pasaje de su novela porque me parece muy significativo. “Los relatos

no cuentan todo, solo insinúan la verdadera historia, que es subterránea. Las novelas camuflan y mienten, lo hacen siempre, capítulo a capítulo”. ¿Ocurre también así en *Retrato robot*?

Especialmente en *Retrato robot*. Hay en esta novela mucho que ocultar, mucha historia subterránea que desenterrar, capítulo a capítulo, párrafo a párrafo, hasta llegar al desenlace final. Pero no quiero anticipar acontecimientos ni tampoco que se me malinterprete: no es mi intención en absoluto engañar deliberadamente al lector, sino hacerlo partícipe del misterio, crear un estrecho vínculo literario entre nosotros.

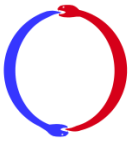
Al estar narrada en contrapunto temporal, los lectores vamos componiendo la historia según el protagonista evoca su pasado. Hay un peso importante en los recuerdos, todo y que la idea que le lanzo, para que nos la comente, es la de que no hay culpa ni arrepentimiento sin memoria.

La memoria, la continuidad y la validez de nuestros propios recuerdos nos hacen quienes realmente somos, o quienes nosotros pensamos que somos en realidad. No solamente la culpa o el arrepentimiento; también los afectos y los rencores, el amor o la rabia, no tendrían cabida sin la memoria. Nuestra identidad es fundamentalmente memoria: miramos al pasado para comprendernos y al futuro para recrearnos, en ambos sentidos. Al final, de todos los años transcurridos, ¿qué nos queda?



Yo maté a un perro en Rumanía,

Claudia Ulloa Donoso

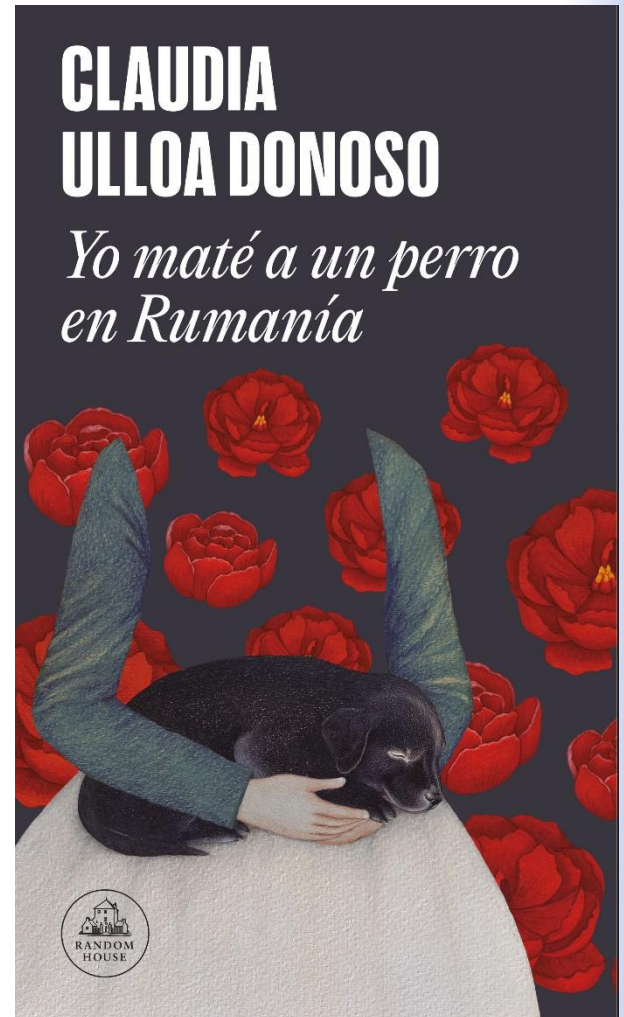


Pravia Arango

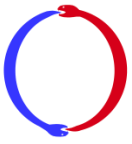


Raymond Carver se servía de objetos para hablar de las emociones y, por tanto, de los grandes temas literarios; por ejemplo, en uno de sus cuentos magistrales, un congelador estropeado con los alimentos echados a perder es una metáfora de una pareja en proceso de ruptura sentimental. Y la escritora peruana Ulloa Donoso en *Yo maté a un perro en Rumanía* hace algo parecido con un animal. Me explico. Utiliza cómo se trata a un perro en un país del norte de Europa y cómo en Rumanía para contarnos sin contar (es como mejor se cuenta) el avance que ha supuesto el estado de bienestar o, en otras palabras, la diferencia entre lugares desarrollados plenamente y otros en vías de desarrollo (¡uf!, me ha salido terminología franquista, ya saben que lo que se mama...).

Aplicado lo anterior a la generación de los viejos, resulta que nuestra infancia y adolescencia transcurrieron con los códigos rumanos actuales mientras que somos viejos “a la noruega” de ahora. Queda más claro si nos ayudamos con los viajes. Vean.



Pueden comprobar esto sobre el terreno si viajan, les aconsejo que lleven a la prole, a Rumanía, Albania o Georgia y así ustedes se transportarán de inmediato a aquella España negra, sucia y fea mientras que su prole certificará que las batallitas de la abuela eran vivencias reales. Viajar es caro. Lo sé. La pensión, justilla. También. Les propongo una alternativa asequible: viajen con la imaginación y lean *Yo maté a un perro en Rumanía*. Claudia Ulloa Donoso les va a mostrar con calidad literaria el salto de dormir con los pies helados y bolsa de agua caliente a



hacerlo con nórdico de plumas de ganso de la parte del cuello.

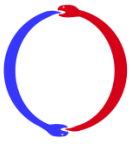
Salto de lo particular a lo general, recuerden que los viejos tenemos un discurso errático y torpe. La novela se divide en cuatro partes. Para mí le sobran la apertura y el cierre y sé que estas dos partes pesaron mucho a la hora de incluir a la señora Ulloa Donoso en la lista de escritores latinoamericanos Bogotá³⁹. Repito, para mí las partes II “jauría” y III “ladridos” convierten en prosa sonajero la I “perro muerto” y la IV “mataperros”.

Si se animan a leer la novela, comprobarán que quizás lo he entendido todo al revés; otra de mis señas de identidad. Bueno, pues sin venir a cuento les dejo con una canción de mi paisano Rodrigo Cuevas de quien me siento orgullosamente orgullosa; por favor, pongan la pantalla completa para disfrutar del vídeo.





Las vidas borradas



Goyo



Alberto Méndez, (Madrid, 1941-2004), licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, después de cursar el Bachillerato en Roma, desarrolló su vida profesional en el ámbito literario, fundando la editorial Ciencia Nueva, clausurada por Manuel Fraga en 1969. Hombre de firmes ideas izquierdistas, escribió una sola novela, *Los girasoles ciegos*, publicada en 2004 poco antes de su fallecimiento. Recibió el premio Max Aub por uno de los relatos que la componen, el Premio de la Crítica de la Asociación Española de Críticos Literarios y en 2005, el Nacional de Narrativa a título póstumo.

La novela consta de cuatro relatos: *Si el corazón pensara dejaría de latir*, *Manuscrito encontrado en el olvido*, *El idioma de los muertos* y *Los girasoles ciegos*, que da título al libro.

El último relato fue llevado al cine con el mismo título en 2008, dirigida por José Luis Cuerda, con un guión elaborado por Cuerda y Rafael Azcona que sigue fielmente el texto de la novela, y con Javier Cámara, Maribel Verdú y Raúl Arévalo en los papeles principales.

En *Los girasoles ciegos*, ambientada en la inmediata posguerra española, Lorenzo, un niño de siete años, guarda celosamente el secreto de su padre Ricardo, recluso en un piso y escondido a menudo en un armario que da acceso a una estancia oculta cuando alguien llama o su mujer Elena y recibe las aterradoras visitas de la policía preguntando por su marido. Los tres subsisten de las traducciones de documentos al inglés y al alemán que realiza Ricardo y que Elena hace pasar por suyas, además de sus trabajos de confección para una tienda de modas. La curiosidad se despierta en Salvador, diácono de turbio pasado como combatiente en el ejército nacional y profesor del colegio de Lorenzo, que, conociendo a Elena, termina consumido por la lascivia, y visita con frecuencia el piso hasta el fatal desenlace de Ricardo, que se arroja por la ventana al verse descubierto.

—No quiero ir al colegio, papá.

—Habla más bajo, que pueden oírte.

—Dice que el hermano Salvador le tiene manía.

—Claro que sí. Me está siempre haciendo preguntas y preguntas, hasta en el recreo...

Sus padres se miraron con una complicidad disimulada pese a las prisas, trataron de quitar importancia a su curiosidad.

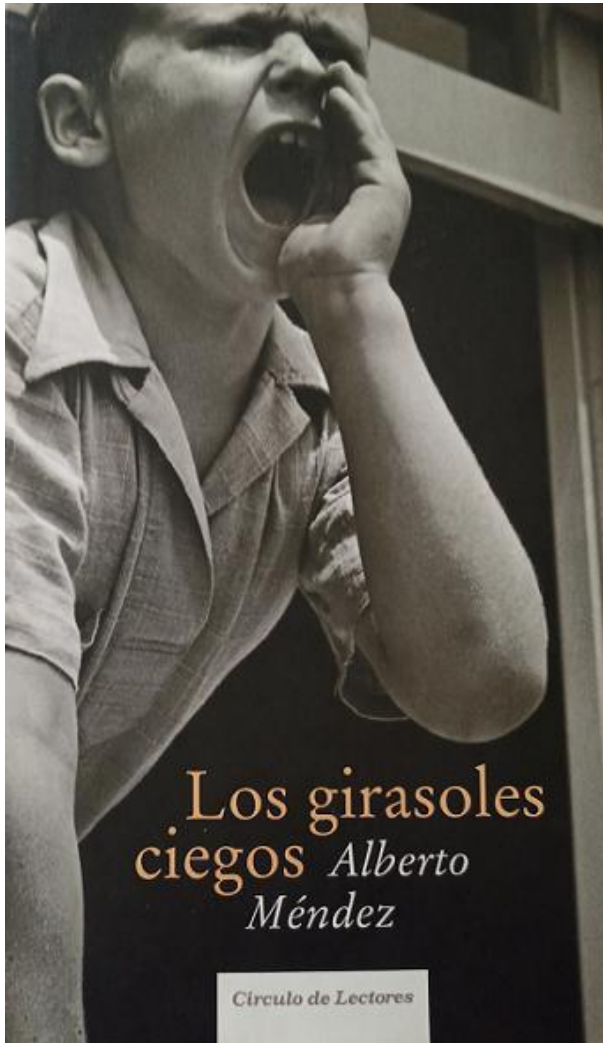
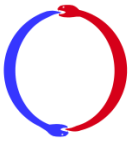
—¿Y qué pregunta?

—Pues qué hace mamá, que por qué no vienes nunca a buscarme al colegio y si me gustan los libros, de todo.

—¿Y tú qué le respondes cuando pregunta por mí?

—Que estás muerto.

Fragmento de *Los girasoles ciegos*
Alberto Méndez, 2004

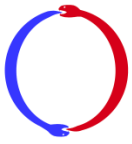


Los cuatro exquisitos relatos de Alberto Méndez nos hablan de seres derrotados, aunque heroicos, en el rastro que deja tras de sí una guerra arrasadora donde al final no hay vencedores ni vencidos, sino seres desorientados como los girasoles ciegos y miedo y heridas sin cicatrizar, topes atemorizados como el protagonista de *La trinchera infinita* (2019), agobiante película basada en un hecho real o la comedia dramática *Mambrú se fue a la guerra* (1986). El autor mima a sus personajes que están perfilados con maestría, y utiliza un recurso poco habitual: diferenciar con letra redonda la acción lineal, con letra negrita los recuerdos de Lorenzo y con cursiva las reflexiones de Salvador y sus dudas abrumadoras ante el superior de su seminario.



Sobre la inteligencia artificial
(Al modo del *Libro de los Pasajes*)





Javier Dámaso

Y cuando todo el mundo haya matado a todo el mundo, las máquinas hablarán de los hombres, maquinalmente, como los hombres hablaban de los dioses.

Jacques Prévert

El mito del autómeta, Talos



...Pero el bronceo Talos, desgajando peñascos del recio acantilado, les impedía amarrar sus cables a tierra. Él, entre los semidioses había quedado de la stirpe de los hombres que nacieron de los fresnos; el Crónida se lo donó a Europa para que fuese guardián de su isla, y él por tres veces daba a Creta la vuelta con sus bronceos pies. Pero si bien estaba formado de bronce y sin fractura posible, por debajo del tendón, en el tobillo, tenía una vena llena de sangre, y la membrana sutil que la encerraba era su límite entre la vida y la muerte...

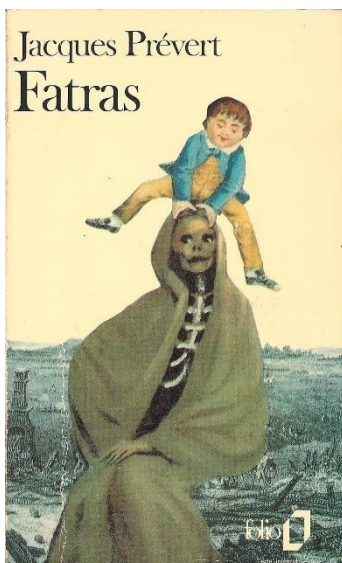
Apolonio: *Argonáuticas* IV, 1.630.

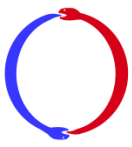
El mito del Golem

—¿Golem? He oído hablar mucho de eso. ¿Sabe usted, Zwakh, algo sobre el Golem? —¿Quién puede decir que sabe algo sobre el Golem? —contestó Zwakh encogiéndose de hombros—. Se lo relega al reino de la leyenda hasta que un día sucede algo en una calle que de repente lo resucita. Durante un tiempo todo el mundo habla de él y los rumores crecen hasta lo increíble. Se hacen tan exagerados

Como una licencia, y al modo del *Libro de los Pasajes* de Walter Benjamin, me permito agrupar unos textos, como citas reunidas, que hablan, de un modo u otro, de la previsible amenaza de la Inteligencia Artificial.

Hombres, máquinas y dioses





y desmedidos que finalmente vuelven a derribarse debido a su propia incredibilidad.

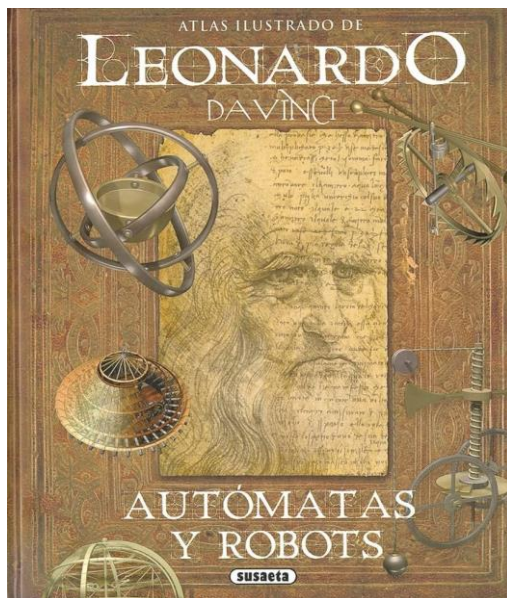
Gustav Meyrink, *El Golem*



Automa cavaliere

¡Buscadores del movimiento perpetuo, cuántas ideas frívolas habéis arrojado al mundo!

Leonardo da Vinci (1453-1519)



La renovación del mito del autómatas. Sobre el concepto de historia

Se dice que hubo un autómatas construido en tal forma que habría replicado a cada jugada

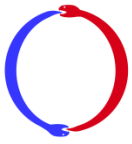
de un ajedrecista con una contraria que le aseguraba ganar la partida. Un muñeco con atuendo turco y teniendo en la boca un narquíle se sentaba ante el tablero colocado sobre una espaciosa mesa. Con un sistema de espejos se provocaba la ilusión de que esta mesa era por todos lados transparente. Pero, en verdad, allí dentro había sentado un enano corcovado que era un maestro en el juego del ajedrez y guiaba por medio de unos hilos la mano del muñeco. Puede imaginarse un equivalente de este aparato en filosofía. Siempre debe ganar el muñeco llamado materialismo histórico, pudiendo enfrentarse con cualquiera si toma a la teología a su servicio, la cual, hoy día, es pequeña y fea, y no ha de dejarse ver en absoluto.

Walter Benjamin,
Tesis de filosofía de la Historia



El mito de Frankenstein

No tema usted, no cometeré más crímenes. Mi tarea ha terminado. Ni su vida ni la de ningún otro ser humano son necesarias ya para que se cumpla lo que debe cumplirse. Bastará con una sola existencia: la mía. Y no tardaré en efectuar esta inmolación. Dejaré su navío, tomaré el trineo que me ha conducido hasta aquí y me dirigiré al más alejado y septentrional lugar del hemisferio; allí recogeré todo cuanto pueda arder para construir una



pira en la que pueda consumirse mi mísero cuerpo.

Mary Shelley, *Frankenstein*



Como lágrimas en la lluvia

Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

Blade Runner (1982)



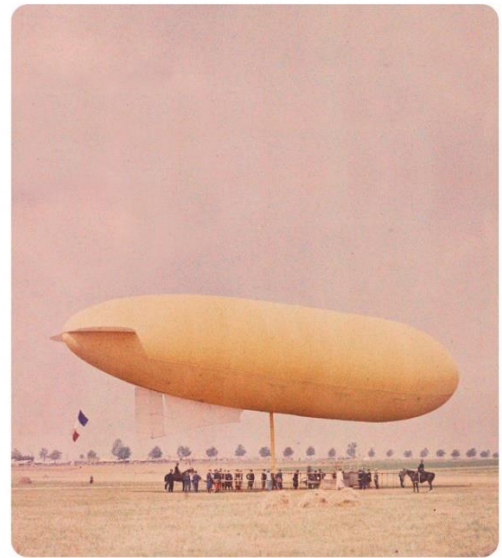
Avisador de incendios

Es preciso cortar la mecha encendida antes de que la chispa llegue a la dinamita. La intervención, el riesgo y el ritmo del político son cuestiones técnicas ... no caballerescas.

Walter Benjamin, *Calle de dirección única*

Walter Benjamin. Avís d'incendi

Michael Löwy

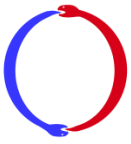


Traducció d'Arnau Pons i David Cuscó

FLÂNEUR.



Con el poeta Manuel Mantero



Encarnación Sánchez Arenas



Manuel Mantero Sáenz (Sevilla, 29 de julio de 1930, Georgia — Estados Unidos—, 24 de septiembre de 2024) fue un poeta, novelista y ensayista español. Considerado uno de los integrantes del grupo poético del cincuenta.

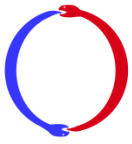
Entre sus libros de poemas tenemos *Mínimas del ciprés y los labios* (1958), *Tiempo del hombre* (1960), *La lámpara común* (1962), *Misa solemne* (1966), *Ya quiere amanecer* (1975), *Memorias de Deucalión* (1982), *Fiesta* (1995), *Color y olor* (1997), *Antología* (2001), *Primavera del ser* (2003), *Equipaje* (2005), y *El olor de la azalea* (2012).

Por una parte, Manuel Mantero, como todos los de su generación cronológica, emprende un movimiento de separación con respecto a la poesía de carácter social-existencialista que ve-

nía imperando en España desde los años 40. Especialmente significativo en este sentido es su libro *Tiempo del hombre* (1960), donde percibimos claramente el contraste entre su actitud poética y la de la generación anterior, representada por José Hierro, Leopoldo Panero, Victoriano Crémer, Blas de Otero o Gabriel Celaya, a quienes Mantero consideraba demasiado pesimistas, lacrimosos, obsesionados con la guerra, y con lo social y existencial como única temática. En el poema “Es una confesión” de *Tiempo del hombre*, se hace honor al título con este lenguaje tan directo:

Es una confesión
y un propósito. Digo
que hay una intención nueva en cada verso mío.
Hierro, Leopoldo, Otero,
Celaya, Crémer, hincó
mi lanza en vuestra sombra,
bebo coraje y tiro
por la calle de en medio
dando vivas y brincos
Os sonrío la patria,
eterna, y yo os sonrío
por valientes, por libres
y por hijos legítimos.
Con vuestras marchas fúnebres
preparasteis los himnos.
Ya los muertos, sembrados
a la fuerza, han salido
de la tierra, en trigales
y flores convertidos.
Con vosotros estamos
en deuda. Pero digo
que mi generación
tiene un signo distinto.

El segundo movimiento que realiza nuestro autor significa de nuevo un desvío, separación o fuga, en este caso con respecto a sus propios



compañeros de generación, apartándose precisamente de aquellos con los que había emprendido el anterior proceso.



Para Mantero, la poesía no debe tener ninguna limitación temática. Precisamente, uno de los elementos claves que no compartió con las generaciones con que le ha tocado vivir fue el debate sobre esa limitación. El poema titulado “El que tiene mala memoria” habla sobre esa cuestión metapoética, que es central en su forma de entender la poesía:

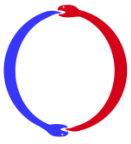
Soy el que crea. Nada
me limita, pues todo va a su origen.
Poseo
por la noche a la esposa y la hago virgen,
releo un libro y siempre es nuevo,
miro un cuadro y lo invento. El mundo vive
en mí sin condiciones genealógicas,
preciosamente repentino y libre.

Como apuntan José Soto Vázquez y Ramón Pérez Parejo en “La singularidad del poeta Manuel Mantero: guía didáctica a través de los textos”, *Campo abierto*, pp. 195-205.

Texto publicado previamente en el *Diario Jaén*



Tormenta



Marta Marco Alario

¿Por qué escribir poesía?, ¿qué misterio es el que nos empuja a los poetas a elegir este género literario? Tan incomprendido, por qué no decirlo, tan poco leído y tan poco comprado... En los países de habla hispana, solo el 7 % de los lectores lo son de poesía, y entonces, ¿qué nos mueve a los poetas?

Si tuviera que describirlo, lo haría con una metáfora y diría que escribir poesía es respirar luz. Es un instante en el que el mundo roto se despliega como un mosaico de secretos, y esos fragmentos susurran verdades que, de otro modo, permanecerían ocultas. No creo que la poesía nazca de mí. Más bien soy un canal, una brújula que se empeña en señalar, en apuntalar la belleza escondida de lo cotidiano.

A veces siento que escribir un poema es como asistir al nacimiento de una tormenta. Todo comienza con un murmullo en el horizonte, una inquietud que crece. El cielo de mi mente se llena de nubes: emociones densas, imágenes

que chocan entre sí, ráfagas de ideas que se agitan en un caos primigenio. Entonces ocurre: las palabras aparecen como relámpagos, iluminando fugazmente la oscuridad. Cada elección es un destello que transforma el desorden en un ritmo, en un orden misterioso. Y en ese vértigo, siento que acaricio el universo.

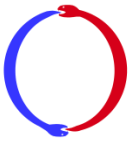
Octavio Paz decía que la poesía es el punto de intersección entre lo divino y lo humano. No sé si entiendo esos misterios, pero sí sé que, cuando escribo, tejo un hilo invisible que conecta mi alma con la de quien lee. Y cuando alguien me dice que un poema mío le emocionó, siento que compartimos el mismo refugio. Como si, en mitad de la tormenta, nos hubiéramos encontrado bajo el mismo árbol solitario y nos abrazáramos.

Escribo poesía para romperme y poder reconstruirme. Cada poema es un nuevo comenzar frente a algo que se había roto. Escribo poesía para hurgar en los abismos de mi dolor y, al hacerlo, sentirme parte de esta vasta, impredecible y profundamente humana tormenta que llamamos vida. Por eso escribo poesía.



**Francisco de Goya:
Los sueños de la razón jurídica**





Diego García Paz



Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828), insigne pintor español, gran referente del arte en sí mismo, así como precursor e

inspirador de cruciales movimientos pictóricos, abarcó la práctica totalidad de temáticas en su obra, si bien una faceta que me resulta de un significado especial es aquella que plasmó en sus grabados, por el trasfondo y la crítica mordaz que encierran.

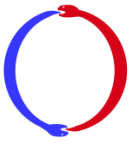
Goya convivió con la Ilustración; él mismo era un ilustrado y, por lo tanto, un adalid de la primacía de la razón en la vida, de la verdadera justicia y también de la ética como base para desarrollar una sociedad ecuánime en lo moral y equilibrada en lo jurídico. No es de extrañar que, de forma incisiva, en sus grabados, dentro de la serie denominada *Caprichos*, apuntase hacia los sectores de la política y del clero de su época de un modo muy duro, que inteligentemente supo cubrir con un velo metafórico para evitarse represalias.

Quiero referirme al grabado que se ha considerado como la portada de sus *Caprichos*, aquel que el pintor tituló *El sueño de la razón produce monstruos*.



Goya se autorretrata sobre su mesa de trabajo, recostado en ella, dormido, y rodeado de seres que adquieren la forma de animales relacionados con la oscuridad, algunos de un tamaño anormalmente grande, murciélagos, gatos y búhos.

El autor, desconectado de la realidad, fuera de la luz, se ve acechado por un mundo de otra dimensión, de tinieblas, en el que los seres que se presentan adoptan la forma de animales, aunque se intuye que esa no es su verdadera naturaleza; algunos de ellos lo exteriorizan de forma abierta, como el enorme ser volador sobre el autor que indiscutiblemente no es un murciélago, sino una hibridación que trata de asimilarse a ese animal; otros miran fijamente al espectador desde la espalda del retratado, de una manera



intimidante, trasladando el mensaje de que nos ven, y nos dicen sin palabras que no es solo Goya quien está rodeado de ese mundo de sombras; y otros seres, con forma de búho, adoptan actitudes humanas, como darle al pintor un instrumento para que haga su obra.

El mensaje que encierra este grabado es, desde mi punto de vista, real e inquietante, así como con reflejos en diferentes ámbitos. El primero de ellos es claramente moral, y enlaza la privación de la luz de la razón con la entrada del vicio, del miedo, de la corrupción y de la ausencia de ética, que representan los seres de la noche. Aquí encontramos la primera manifestación del pensamiento ilustrado: la razón es la única fuente de claridad, y donde no hay razón, sobreviene la degradación, lo sombrío.

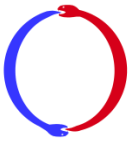
El segundo contenido implícito del grabado, muy relevante, se encuentra en los detalles: uno de estos seres, desde ese mundo de la oscuridad, mira al pintor y le ofrece un pincel para que plasme lo que sueña mientras está despojado del criterio racional. Es decir, le está dando indicaciones con la finalidad de que el mensaje procedente de ese mundo ominoso pase a la realidad tangible, se materialice y cause sus efectos, en un intento de que las sombras prevalezcan finalmente sobre la luz.

Un traslado del sentido de esta obra a la justicia permite observar que su alcance tiene una elocuencia y precisión más allá de épocas. Por una parte, Goya indica que en un mundo ajeno a la razón lo que surgirá será siempre el mal. Así pues, desde el Derecho, unas normas jurídicas que respondan a voluntades ominosas por cuanto que particulares e interesadas, y por ende que no atiendan al sentido último de la razón y de la ética, que no tengan en cuenta los bienes y valores esenciales del ser humano y que pretendan favorecer a quienes las promulgan en lugar de proteger el interés público y a los sectores necesitados de una salvaguarda

efectiva, serán la vía para la injusticia. La confrontación entre el derecho positivo y el derecho natural, en su vertiente racionalista, está aquí representada de forma gráfica. Nos deja entrever que siempre existirá una tendencia al dictado de las normas desde ámbitos opacos y egoístas, y que solo la ética y la razón permitirán al despertar no asumir semejantes imposiciones, reaccionando proactiva e intelectualmente frente a ellas. El filtro de la razón y de la moralidad ofrece la luz necesaria que disipa las tinieblas a las que tiende el poder, permite ver su auténtica naturaleza e impedir que encarne en la vida real y ordinaria de la sociedad, mediante leyes profundamente injustas porque en ellas, sin cortapisa, la oscuridad ha prevalecido.

Y además, resulta significativo que, desde un prisma político, en el momento en el que la recitividad ética de los partidos empieza a resquebrajarse, y lo hace, aunque aparente que no sea así, cuando en vez de defender sus posiciones de una forma genuina, auténtica, educada y noble, buscando el bien de todos, en verdad prescinde de la ética para lograr el poder a costa de los votantes y no en beneficio de ellos, en efecto, surgen los monstruos, en forma de posiciones extremistas desde ambos lados ideológicos que hubieron de haber quedado enterradas en la historia, en el pasado, y no aflorar de nuevo en pleno siglo XXI, momento en el que, teóricamente, la luz tenía que ser no ya resplandeciente, sino cegadora, y no encontrarse en un estado de languidez como en el que está, que propicie que se tengan que echar de menos momentos y personas de hace siglos, cuando no milenios. La responsabilidad de haber llegado a esta situación sabemos claramente dónde se ubica. Goya nos lo dice en su obra.

En ambos casos, desde ese mundo de oscuridad, con el ofrecimiento del pincel al artista por uno de los monstruos, se invita a que aquello que mora en las tinieblas, y que la razón y la ética confinan, penetre en nuestra vida: a través de la ley, al separarse del derecho natural; a través de



la política, mediante una invitación que se transforma en imposición alcanzado el poder y que además resucita y trae de vuelta al presente a monstruos ya conocidos que surgieron precisamente en momentos de falta de principios morales y de altura racional.

En nuestras manos, como en las del gran pintor de Fuendetodos, está el no aceptar ese pincel que desde la oscuridad los monstruos nos ofrecen (o nos imponen) para pintar la realidad a su medida, como a ellos les conviene, fuera de los límites de la razón y de la ética, con el fin de resurgir en la realidad y arrasar nuestro modelo de vida y convivencia.

El acto de pintar se trata de un corazón contándole a otro corazón dónde halló su salvación.

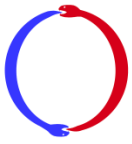
La fantasía, aislada de la razón, solo produce monstruos imposibles. Unida a ella, en cambio, es la madre del arte y fuente de sus deseos.

Nadie se conoce. El mundo es una farsa: caras, voces, disfraces; todo es mentira.



Con el editor de *Pepitas*





Pravia Arango

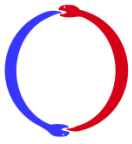
que también has apostado por otra novela primeriza que estoy leyendo, *Yeguas exhaustas*, Bibiana Collado Cabrera.

Estimada Pravia Arango, en mi tierra al *patchwork* se le llama almazuelas, y es una forma de coser que data desde mucho antes de Cristo. Suelen ser mantas, aunque también otros útiles del hogar. Y son preciosos, y son (o eran) el resultado de coser trozos de tela de diferentes prendas. Son un producto genuino de las clases con menos recursos. En mi editorial apuesto por primeras novelas, porque quiero escuchar nuevas voces. ¿Dices partes “regulares”? Para mí, *Pipas* es una novela magnífica en sus partes y en su conjunto.

Hablo con Julián Lacalle, editor de *Pepitas* sobre *Pipas*, Esther L. Calderón. La autora en su libro (nunca mejor dicho) pues hay aquí novela, ensayo, autobiografía..., comenta que lo escribe en distintos lugares físicos (campo, ciudad), con temas variados (aburrimiento, expectativas, frustración de las mismas, reconsideración del pasado...), incluso toma la palabra para reivindicar las dos generaciones de padres y abuelos, ya que se siente responsable de dar relato a quienes le dieron cuerpo. Hasta aquí bien. Alguien dijo que en la escritura se notan las pausas que se hacen, hasta la del baño. A propósito de lo anterior, me parece que Esther L. Calderón cose un *patchwork* con partes muy vistosas y prometedoras y otras, lo normal en obras primerizas, reguleras. ¿Qué te ha llevado a editar a esta escritora, Julián? Sé



Tanto Calderón como Collado son mujeres de abajo que han tomado la palabra para contar sin intermediarios. Hay ahora bastantes escritoras de este grupo, me viene a la memoria Alia Trabucco Zerán con *Limpia*. ¿Podríamos hablar del paso del novelista burgués al novelista proletario? Hablo, por supuesto, de lo que implica este “desclasamiento” en cuanto que muestra una mirada nueva a la materia narrativa. Mejor. Hablo de desclasadas que aún están más abajo que



los desclasados. Seguro que tu opinión sobre esto resulta enriquecedora.

La novela proletaria existe —al menos— desde que existe el proletariado, el proletariado industrial. No sé si conoces la experiencia educativa de los anarquistas, pero ellos desde el siglo XIX escribieron grandes ficciones (no solo filosofía o ensayo).

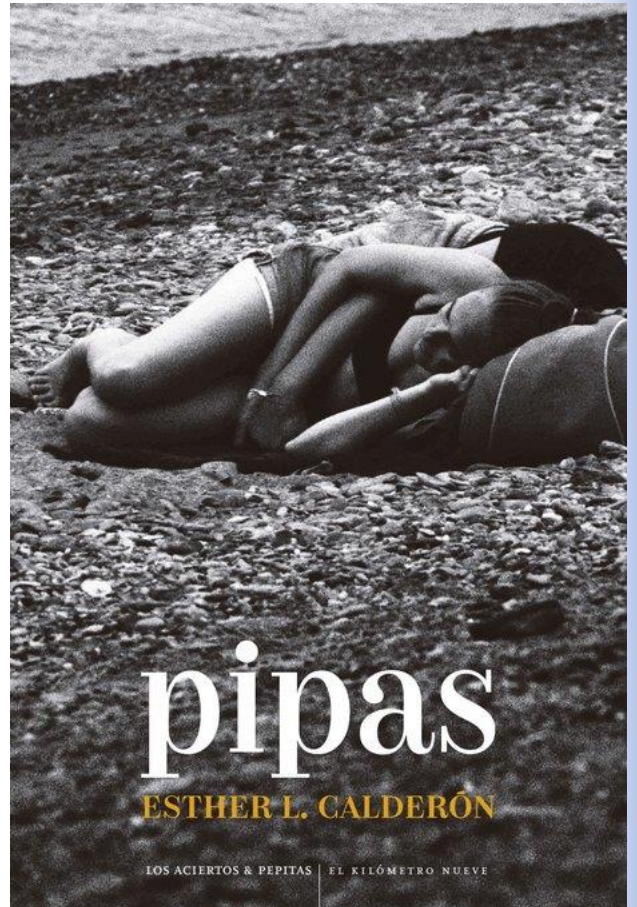
De lo que sí que podemos hablar hoy es de un importante sector de la población que es ágrafo. Y su experiencia no va a saltar a los libros, al menos contada por ellos mismos.

Muchas de estas autoras jóvenes, Elisa Victoria, Andrea Abreu, en sus primeras novelas, están muy pegadas, y es lógico, a sus experiencias biográficas, y apuntan maneras. Pero considero que la verdadera prueba viene en su segundo libro donde ya no valen “los ruedines” de eso que llevan dentro y que tienen que contarlos sí o sí. Un ejemplo del peligro que corren. *Vozdevieja*, la primera novela de Elisa Victoria está muy bien y promete, *El Evangelio*, la segunda es para olvidar. Esperemos que haya muchas “pipas” y de las mejores para Esther L. Calderón. Julián, dinos tres nombres de escritores principiantes por los que apuestas y que te gustaría editar en *Pepitas*.

No he leído esos libros que mencionas. Así que no puedo opinar. En los próximos meses van a salir tres primeros libros: *Mauro* de Mikel Gue-rendiain, *Empujar el sol* de Dioni Porta y *Niñas sucias* de Elena Correa. Son mi granito de arena para acercarnos a nuevas voces y a nuevas realidades.

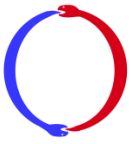
La pandilla de *Pipas* tiene referentes musicales como “Marco se fue”, Laura Pausini, pero sobre todo tiene el referente de las pipas. Es curioso cómo las chuches también sufren cambios generacionales, en mi época era el chicle, y para compartir, las patatitas o las aceitunas que se vendían a granel en el quiosco y que comíamos

en el parque en las quedadas dominicales, entre semana no salía nadie. Por cierto, me parece un puntazo el título y el valor simbólico que tienen las pipas en este libro. ¿Cómo lo ves?



Vehicular el argumento con las pipas es una auténtica genialidad. Si el libro lo hubiera escrito yo, hubiera incidido más en las litronas, los canutos o el *speed*. Hay que hablar más de drogas para entender a la sociedad española.

En Asturias donde vivo hay una explosión de pequeñas editoriales, ¿ocurre lo mismo en La Rioja? Aquí se apuesta mucho por lo asturiano, prima lo geográfico a la calidad. ¿También soplan vientos nacionalistas por ahí? Me pone de mal humor que la gente anteponga lo local infumable a lo foráneo bueno: el chapapote de la política lo echa a perder casi todo. Ni siquiera se salva la literatura, eso que no sirve para nada, eso que en mi época era cosa de curas y monjas. La corrupción llega a la literatura, pero ¿por



qué no la dejan en paz si no interesa a nadie? Si no interesa, pues eso, que no interese ni para bien ni para mal. Y que vuele libre, ¿no crees? Ay, perdona el desahogo, Julián, son tiempos de rabia contenida.

En mi tierra —muy chiquitita por otro lado— no hay ninguna explosión ni editorial ni nacionalista; pero la mediocridad y las ansias por formar parte de la clase gobernanta se respiran por todo el país. De todas maneras, prefiero quedarme con la gente que está tratando de aportar algo de verdad. Los demás no me interesan.

Un saludo y gracias por atenderme.

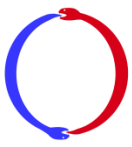
Va otro de vuelta.

Pues sí, hay que andar ojo avizor con la chavalería porque de repente salta la mariposa. Escuchen.



Barrios de antes, barrios de ahora... De la solidaridad a la gentrificación





Pilar Úcar Ventura

música donde comparten sueños y cervezas mientras observan a David Beckham en la televisión marcar gol... “Ese sí que vive bien, sí, y sí que gana millones”, dirán todos.

Resulta entrañable seguir las peripecias del conjunto coral protagonista, es decir, cómo desean salir de ese barrio donde las penurias son el pan de cada día: alguno de ellos en el paro, otros sin posibilidad de formar familia, un migrante que desea ahorrar para comprar una casa y vivir con su novia, vendedores en el supermercado que da el nombre y patrocina al equipo, un quiosquero con ínfulas de fundar su propio periódico deportivo, el portero suplente soñando con viajar a París...

LA ESTRELLA POLAR

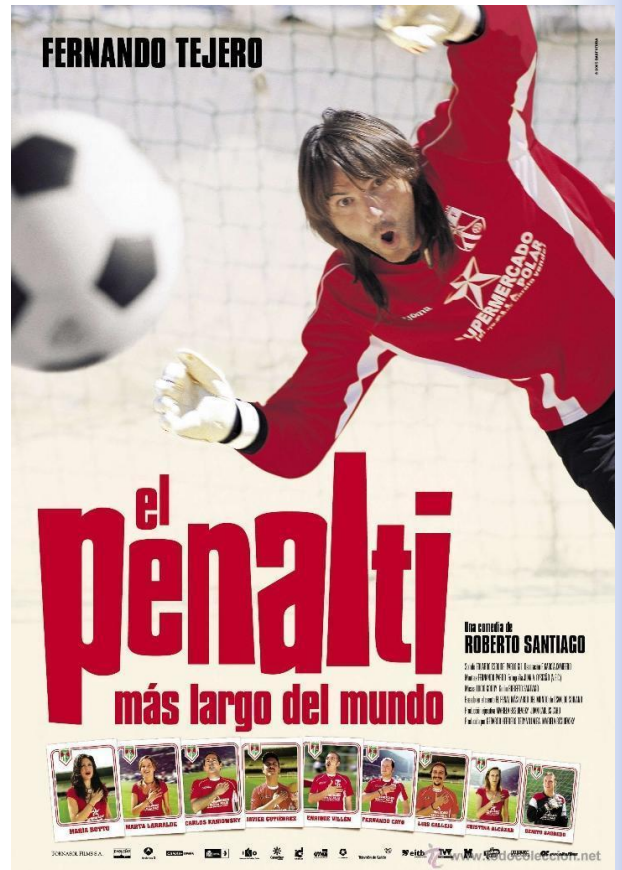


a película *El penalti más largo del mundo* de Roberto Santiago, estrenada en 2005 en España, con críticas favorables, aunque

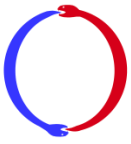
no muy enfáticas, supone un alarde de la solidaridad de un barrio obrero en Madrid. Todos a una como en *Fuenteovejuna*, los vecinos luchan por ver a su equipo de fútbol el Estrella Polar (curioso nombre) encumbrado a Segunda Regional, cuyo triunfo los llevará, a jugadores y familiares, a disfrutar de unos días de ocio en la Manga del Mar Menor.

Una ilusión colectiva al alcance de su mano, bueno, del tino en parar un penalti.

Esta anécdota argumentativa, porque a pesar del título, el filme no va de fútbol, provoca una red de compañerismo entre los habitantes de dicho barrio, alguno de ellos jugadores del mismo equipo: comienzan las reuniones entre todos, encuentros y entrenamientos en el campo, celebraciones en un bar ruidoso, lleno de luces y



Parece un auténtico retrato social, una comedia humana, con ciertas pretensiones de ironía y sarcasmo por parte de un barrio del extrarradio capitalino donde creer en los sueños y lograrlos se hace difícil, y cumplir ciertas expectativas sociales y económicas, personales y afectivas, muy complejo. Las circunstancias son las que



son y aunque no se amilanan, conocen sus límites, por eso aquí se cumple: “soñar es gratis”.

Aunque la amargura y la sonrisa alicaída son constantes, los lazos interpersonales creados, la ayuda y colaboración de unos a otros son la tónica que teje el hilo narrativo de los fotogramas de la cinta.

Todos se conocen, y ese conocimiento estrecha sus ganas de triunfar parando un penalti porque será la llave para sus vacaciones fuera de la ciudad. No necesitan dar la vuelta al mundo ni realizar grandes compras estratosféricas, ni ahorrar denodadamente para la vejez o conocer a personajes famosos y rutilantes..., solo viajar juntos y disfrutar de su tiempo libre.

Se impone el instante, el aquí y ahora, un futuro a corto plazo dado que el porvenir: “¡cuán largo me lo fiáis!”, mejor asegurar el pájaro que la bandada.

Podría parecer que se trata de un cuadro de “pringaos”..., pero, bien mirados, constituyen una gran mayoría de nuestra sociedad actual, que intenta, como puede, sobrevivir aun a costa de esperanzas más o menos plausibles, más o menos alcanzables.

Todo lo anterior me lleva a pensar en una palabra muy de moda últimamente: la “gentrificación” de la que se hacen eco políticos, medios de comunicación, agrupaciones vecinales, sociedades financieras, propios y extraños y que consiste en el proceso de renovación de una zona urbana más o menos popular, deteriorada en la mayoría de los casos, que implica el desplazamiento de su población original, por parte de otra de un mayor poder adquisitivo (RAE, dixit).

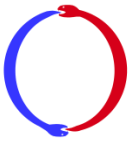
Me recuerda al fenómeno de la “España vaciada”, pero en escala urbanita: quítate tú, que vengo yo (este fleco, para otra ocasión).

Así pues, Madrid adquiere categoría de epítome, modelo de ciudad donde puede pasar de todo o casi, desde lo mejor hasta lo peor, una ciudad protagonista que determina los destinos de sus habitantes, un coro de mediocres con el sentido de medianía, de personas-personajes “reguleros”, ni fú ni fa, diríamos, anodinos, incluso, en quienes podemos ver un espejo que nos devuelve la propia imagen más o menos desfigurada, más o menos certera.



El penalti más largo del mundo pone delante de nuestros ojos la solidaridad que se practica entre la clase trabajadora en medio de una cotidianidad que golpea las vidas reales y ficticias con la idea final de que vale la pena vivir; el contexto en el que se enmarca todo ello lo conocemos: tras los atentados del 11M y las elecciones generales que dan el triunfo al PSOE y José Luis Rodríguez Zapatero a la cabeza de un nuevo gobierno, el país asiste a la aprobación del matrimonio homosexual y a la crisis económica de 2008; ya se sabe que cuando estornuda Estados Unidos, la gripe llega con una deuda inmobiliaria insostenible por muchos pañuelos de papel que preparemos: imposible hacer frente a los pagos de los préstamos hipotecarios.





Aquellos barrios tan solidarios ahora se han convertido, principalmente, en el centro de las grandes urbes, en masas de población que vienen y van, que llegan y desaparecen, que pasean y visitan, compran, gastan... un trajinar de abejas en una *colmena* rugiente. Igual que en París, por ejemplo, o Barcelona: el gentío que pululaba y daba vidilla a calles, plazas, esquinas... ha devenido en “gentrío”, del inglés *gentrification* que deriva del sustantivo *gentry*: ‘alta burguesía, pequeña aristocracia, familia bien o gente de bien’; poco o nada que ver con los vecinos que hacen, hacían la compra diaria en el ultramarinos debajo de su casa o en el súper, que se reunían en el bar de Paco por las tardes después de entrenar para el partido del sábado. El palabro gentrificación, me malicio que esconde muchos intereses económicos, sobre todo, y pocas ideas de humanismo y humanidad. Dicho vocablo tiene sus correspondientes en francés (*gentrification*), alemán (*Gentrifizierung*) o en portugués (*gentrificação*), por ejemplo, como resultado del hecho global que atañe a tantos países, no solo al nuestro. Creado el modelo social en uno, las piezas del *puzzle* encajan en el resto, como en el juego del dominó una contamina a la otra y lo que parece ser bueno y rentable (según para quién) en una capital europea, se traslada a nuestro país.



Estoy segura de que, si hoy se rodara la película de la que venimos hablando en estas páginas, cambiaría el contenido, la carcasa y hasta los personajes. Los protagonistas se atrincherarían en su barrio querido, hecho a su medida sin el

menor atisbo de cruzar esas fronteras imaginarias y reales para acceder a una cuadrícula urbanística de inimaginable e impensable acceso. Recluidos en su hábitat conocido, en su ¿zona de confort?

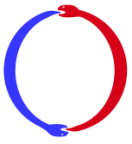
Al tomarnos un lapso, es fácil contemplar, no solo con los ojos de la cara, sino también con los ojos de la inteligencia, cómo se aprecia un cambio —radical— de costumbres: los hábitos de antaño, de no hace muchos años, ceden a otros actuales, en plena efervescencia, imparables: la despoblación del casco urbano de las ciudades más grandes y la “repoblación”, toda una auténtica reconquista para volver a poblarlo, pero con otro aspecto “remozado”, que poca consonancia guarda con tiempos pretéritos, un desfile, una cadeneta de eslabones formada por hoteles a cascoporro, habitaciones compartidas, pisos turísticos, bloques para visitantes coyunturales y... los habitantes originarios, los de toda la vida, salen de sus moradas como alma que lleva el diablo para “facilitar” la ocupación de un nuevo relleno.

Seguro, que, en los barrios de antes, los del extrarradio, los protagonistas del filme, pronto verán surgir nuevos modos de vida, que ya empiezan a existir: “cajas” apiladas en bajos interiores, cuyo exterior se camufla con espejos opacos, donde pernoctan habitantes incapaces de sufragar una vivienda digna, cápsulas en modo “nipón” donde recostarse y pasar las horas hasta el nuevo día.

De la solidaridad barrial a la gentrificación céntrica, solo un paso. Al tiempo.



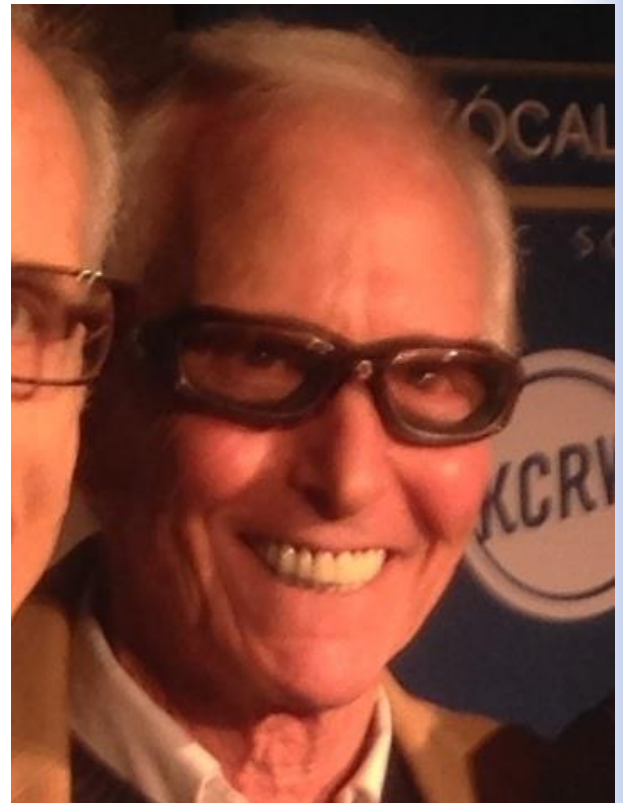
La risa contra los dramones



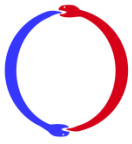
Miguel A. Pérez

El pasado 26 de noviembre fallecía Jim Abrahams en su residencia de Santa Mónica (California, EE. UU.). Jim Abrahams, nacido en Wisconsin en 1944, era el diminutivo por el que se conocía a James Steven Abrahams y uno de los guionistas y directores más populares del cine de comedia estadounidense. Fue el principal artífice de *Airplane!* (1980, conocida como *Aterrizaje como puedas* en España y *¿Dónde está el piloto?* en Hispanoamérica). La película rompió los moldes de la comedia en la gran pantalla y condujo al género hasta su extremo absoluto por medio de una sucesión interminable y frenética de gags, chistes sencillos y situaciones tan absurdas como hiperbólicas. Sin preocuparse por proponer una línea argumental compleja, personajes profundos o una fotografía sofisticada, la película busca en cada

escena la recompensa inmediata en el espectador en forma de risa, despreocupado de que el desenlace de la trama tenga un fin u otro. De hecho, la simplificación argumental llega a tal extremo que los autores de la cinta, Jim Abrahams y los hermanos Zucker (Jerry y David) calcularon el argumento de la película dramática *Zero hour!* (1957, dirección de Hall Bartlett y guion de Arthur Hailey) para lo cual compraron los derechos. A pesar de la coincidencia general del guion, incluso de muchas frases —por ejemplo: “Elegí un mal momento para dejar de fumar”—, a pesar de haber tomado también escenas de algunas de las películas de catástrofes de la serie “Aeropuerto” — todos estos filmes, prescindibles—, el resultado fue muy diferente: si bien *Zero hour!* era una película aceptable, pero sin pretensiones, *Airplane!* constituyó un filme precursor de un tipo determinado de cine.



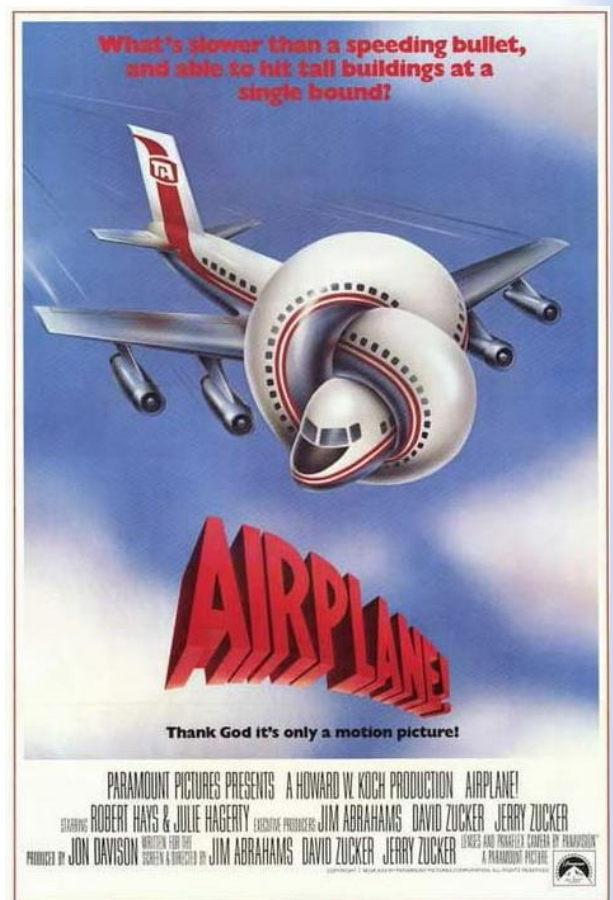
Airplane! fue una apuesta arriesgada para la productora. Podría haber resultado un fracaso completo porque se presumía que el espectador no estaba acostumbrado a este tipo de películas;



quizá por eso el presupuesto fue muy reducido para la época (poco más de tres millones de dólares) y, de alguna forma, esas limitaciones económicas condicionaron el rodaje y lo simplificaron hasta conseguir un producto destilado en el que no se podía encontrar más que lo estrictamente necesario para lograr el fin pretendido, que no era otro que la risa. No salió mal porque, a veces, las restricciones económicas resultan positivas, sobre todo cuando explican la diferencia entre lo necesario, lo conveniente y lo prescindible: un rodaje poco complejo en interiores, un reparto sin grandes estrellas —eso sí, algún cameo— y una fotografía correcta, pero sin quintaesencias. Si se compara con otras películas del momento como *El resplandor* (Stanley Kubrick, 1980), *Toro salvaje* (Martin Scorsese, 1980), *En busca del arca perdida* (Steven Spielberg, 1981) o *El imperio contraataca* (Irvin Kershner, 1980), cuyos presupuestos rondaron los veinte millones de dólares, que disponían de directores consagrados, repartos en los que no faltaba alguna estrella rutilante, *Airplane!* era una cinta mucho más modesta en todos los aspectos, una prueba de que la confianza de los inversores en el nuevo formato de comedia era limitada. No obstante, los resultados fueron sorprendentes desde el punto de vista económico, con unos ingresos que superaron los 85 millones de dólares en taquilla, a los que hay que añadir una cantidad similar en otros conceptos. El retorno de la inversión —casi 25 millones en taquilla por cada millón invertido— fue de los más elevados del momento y solo quedó detrás de *El imperio contraataca* (29 por cada uno), lo que permitió que el trío formado por Jim Abrahams y los hermanos Zucker pudiese continuar con la misma línea de comedia hilarante a base de gags y situaciones casi absurdas en otros filmes como *Top secret!* (1984) o *The naked gun* (1988, *Agárralo como puedas* en España y *¿Dónde está el policía?* en la mayor parte de Hispanoamérica).

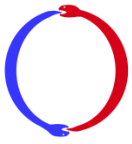
A pesar de que nadie suele dudar del resultado y hay una coincidencia general en calificar al

filme como un éxito, lo cierto es que si se pregunta si *Airplane!* es una buena película, empiezan las matizaciones y pocas personas, expertas o espectadores sin ínfulas, la citarían entre las que todo el mundo debería ver. Sí, está bien para pasar el rato. Te ríes. Tiene alguna escena muy divertida. El piloto automático, genial. Elegí un mal momento para... Es posible que tengan razón y que el cine de las esencias, el que se guarda como la luz de Eärendil, para iluminar al espectador en la oscuridad de los tiempos, se desarrolle por otras coordenadas.



Spielberg, Coppola, Kubrick, Cuarón, Nolan, Ridley Scott, Cameron, Hitchcock, Kurosawa, Scorsese, Jim Abrahams... Un momento, un momento. ¿Quién? ¿Quién es Jim Abrahams?

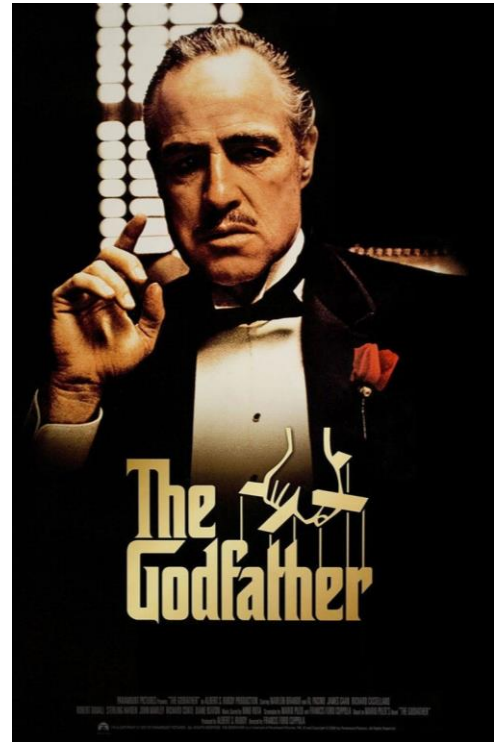
Es cierto que los humanos solemos enterrar muy bien y tras el óbito, todo son glorias, así que la muerte de Jim Abrahams apareció como noticia destacada en las ediciones de la mayoría



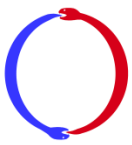
de la prensa general y para centrar a los lectores, se recordaba la cinta más importante de su carrera, esa que casi todos debemos de haber visto. En el fondo, así empezaba este texto, luego esto no deja de sumarse a esas loas generales. Sin embargo, no es exactamente ese el motivo que me empuja a juntar estas letras. La muerte de Jim Abrahams es más bien una disculpa para hablar del humor y el cine. Del humor fino, ese que arranca una sonrisa y activa un buen número de neuronas en el cerebro del espectador. Del humor de trazo más grueso, que deviene en carcajada y, aunque no necesite tanta intelectualidad para saborearlo, provoca el movimiento de muchos músculos en la cara, muchos más de los que se activan al llorar o al poner el gesto triste. Bueno, esto lo leí en algún sitio, en donde se citaban los nombres de cada uno de ellos, el número total y las diferencias significativas entre los gestos que produce la risa y los que produce el llanto. Quizá no sea así, pero estoy dispuesto a propagar el bulo en caso de que no sea exacto porque la risa produce más satisfacción que el llanto o que el dolor, salvo para masoquistas, dacrifílicos y otros parafílicos similares.

Sin embargo, al público le gustan los dramones o las películas con mensajes constructivos (o destructivos), aunque fuera de la sala de cine, sin palomitas o lejos del sofá, en la vida diaria, esos mensajes positivos, que bien podrían iluminar existencias, se limiten a circular a cámara lenta por el arco del triunfo de los espectadores más adeptos. Pero no solo al público le gustan los dramones. También a los críticos, esos señores que llegan a sus columnas o a sus programas con sus filias y fobias, con sus odios congénitos a flor de piel, sin darse cuenta de que para hablar del trabajo ajeno sin haber ejercido la profesión deberían llegar ya odiados de casa. Unos y otros, público y críticos, no tienen ningún problema en encumbrar a *El padrino* como la mejor película de todos los tiempos, a pesar de ser un ejercicio de alto valor soporífero. Y

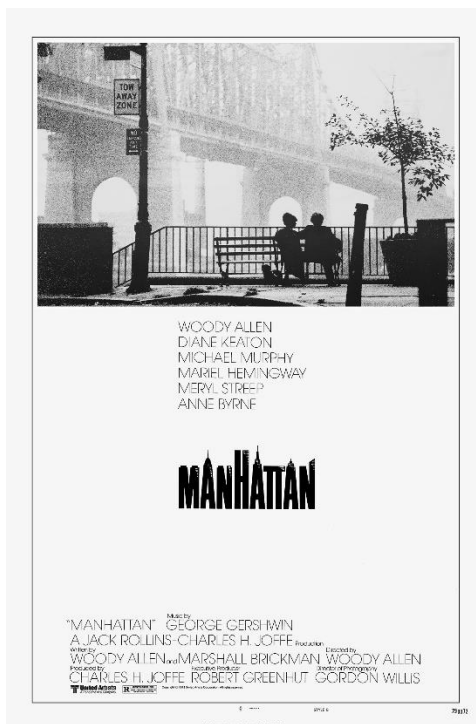
las que la siguen en ese hipotético listado suelen exhalar un tufo similar.



¿Qué lugar ocupa el humor en la historia del cine? Si lo que se produce es risa, no es una buena película. Si el humor asoma como una suave pincelada que toma la forma de la vis cómica de un actor, alguna escena con malentendidos, un juego de palabras o algo ligerito, entonces podemos admitir a trámite la solicitud y quizá darle un lugar destacado en la lista de las grandes, en el *hall of fame* del séptimo arte. El truco está en la etiqueta que adorna a algunas películas: comedia. Las películas de humor suelen calificarse como “comedias” y, en ocasiones, se les añaden otros términos para matizar el significado. De esa forma, se rebaja el término humor a algo más genérico. “Comedia” es un calificativo baúl en el que cabe casi todo o, dicho de una forma más precisa, cabe todo lo que se quiera meter en él... Mejor no teorizar que, a fin de cuentas, no es una actividad mucho mejor que la de categorizar. Pongamos ejemplos: empezamos por *The princess bride* (Rob Reiner, 1988). Si consultamos la *web* de Filmaffinity nos encontramos con que su género es



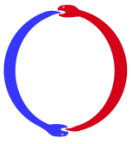
“Aventuras, romance, comedia, fantástico, comedia romántica, fantasía medieval, capa y espada, magia, brujería”. La verdad es que me gustaría saber qué parte de la “magia”, de la “brujería” y de la “fantasía medieval” caen fuera de la definición de “fantástico”. También nos podríamos preguntar si decir que es un “romance” y una “comedia” exige la puntualización posterior de “comedia romántica”. Otro ejemplo es *Kelly's heroes* (Brian G. Hutton, 1970) que la *web* de IMDB no se corta al aplicarle las etiquetas de “aventuras”, “comedia” y “guerra”. O *Manhattan* (Woody Allen, 1979), una de las películas más ácidas y destructoras que Woody Allen haya creado, a quien la misma *web* de IMDB califica como “drama”, “comedia” y “romance”. La guerra no tiene nada de cómico a pesar de los toques de Donald Sutherland o Gavin MacLeod y, aunque la ironía sea inseparable de Woody Allen, me resisto a ver algo de humor en *Manhattan*, ni siquiera en el momento en el que el propio Allen aparece en el apartamento enfundado en un traje de buceo.



A veces, el encuadre de una película en uno o varios géneros viene determinado por el reparto

o por la trayectoria previa del director. En el caso de los actores es frecuente un cierto encaillamiento cuando han interpretado con éxito un determinado tipo de papeles; eso hace que los nuevos papeles que les ofrezcan sigan patrones semejantes; supone una cierta garantía de éxito, sobre todo en taquilla. En el caso de la mencionada *Manhattan*, todas las películas anteriores en que Woody Allen había sido director y actor cabían dentro del género de comedia: *What's up, tiger Lily?* (1966), *Take the money and run* (1969), *Bananas* (1971), *Everything you always wanted to know about Sex (But were afraid to ask)* (1972), *Sleeper* (1973), *Love and death* (1975) y la encumbrada *Annie Hall* (1977), con la que logró definitivamente el reconocimiento como uno de los grandes directores del cine estadounidense. Con esos precedentes, era lógico pensar que *Manhattan* siguiese en la misma línea, aunque antes hubiera dirigido el drama *Interiors* (1978) en la que no participó como actor.

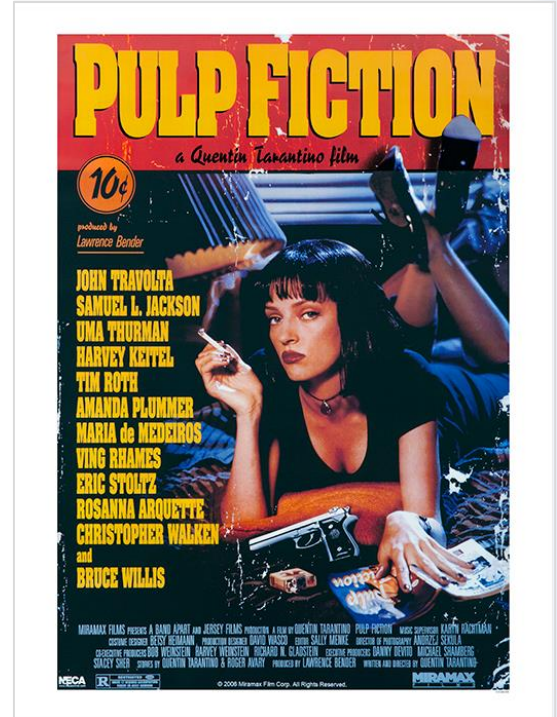
Si seguimos con los ejemplos, nadie pondría en duda que *Some like it hot* (Billy Wilder, 1959, que sería titulada como *Una Eva y dos Adanes* en Hispanoamérica y como *Con faldas y a lo loco* en España), es una comedia en toda regla, sin más paliativos, aunque reciba las etiquetas de “romance”, “mafia” o “musical”, según quién la califique. También está claro en dónde caen películas como *It's a mad, mad, mad, mad world* (Stanley Kramer, 1963) o *What's Up, Doc?* (Peter Bogdanovich, 1972), comedias donde la sonrisa da paso a la carcajada a través de una sucesión de escenas hilarantes y de malentendidos. Eso es comedia. Pues bien, la comedia en estado puro no es bien acogida entre las grandes películas de la historia del cine. Para demostrarlo basta crear una lista a partir de las calificaciones otorgadas por diversas entidades bien reconocidas, en las que se tengan en cuenta la opinión de los espectadores, de los medios o de la crítica. Vamos a hacer lo siguiente: primero promediamos las calificacio-



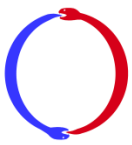
nes (todas normalizadas al rango 0-10) y ordenamos los títulos de acuerdo a estos valores. Esto genera una lista de 154 filmes encabezada por *El padrino* (nota de 9,29 sobre 10), a la que siguen *La gran evasión* (8,80), *La lista de Schindler* (8,67), *En busca del arca perdida* (8,62) y *Ben-Hur* (8,51). Si se repasa la lista se observa que, aunque el promedio pueda ser alto, a veces hay discrepancias entre las calificaciones que les otorga cada una de las entidades, lo que significa que no hay consenso. Por ejemplo, la crítica que cita la revista *Fotogramas* no sitúa ni a *En busca del arca perdida* ni a *Ben-Hur* entre las veinte mejores y tampoco FilmAffinity las coloca en los primeros lugares, mientras que los espectadores de la revista las encumbran entre las cuatro mejores películas de todos los tiempos. Como no tiene mucho sentido hurgar en las centésimas, máxime en algo tan sutil como es la percepción de lo mejor entre lo excelente, se puede recurrir al consenso general —mucho más grosero a la hora de poner guarismos— como un criterio para hacer una selección. Si apelamos a esa unanimidad, el orden de [la lista](#) se altera significativamente, aunque sigue presidida por la obra de Coppola. En este caso, solo dos películas son admitidas en todos los foros de público y crítica como la quintaesencia del séptimo arte: *The godfather* (Francis Ford Coppola, 1971, *El padrino*) y *Pulp fiction* (Quentin Tarantino, 1994, *Tiempos violentos* en Hispanoamérica).

A estas dos, que concilian todas las voces en la unanimidad, las siguen con una única discrepancia: *Schindler's List* (Steven Spielberg, 1993, *La lista de Schindler*), *The shawshank redemption* (Frank Darabont, 1994, *Cadena perpetua* en España y *Sueño de fuga* en Hispanoamérica), *Rear Window* (Alfred Hitchcock, 1954, *La ventana indiscreta*), *Sunset Boulevard* (Billy Wilder, 1950, *El crepúsculo de los dioses* en España y *El ocaso de una vida* en una buena parte de Hispanoamérica), *Twelve angry men* (Franklin Schaffner, 1954, *Doce hombres sin piedad*) y *Modern Times* (Charles Chaplin,

1936, *Tiempos modernos*). La lista continúa hasta una centena de títulos, que podrían ser calificados como los más aclamados de la historia, entre los cuales solo podemos encontrar seis películas que quepan sin ninguna duda dentro del género de la comedia:



- La ya citada *Modern Times* (Charles Chaplin, 1936) en el puesto 8, que nos dejó algunas de esas escenas icónicas de la historia del cine.
- *The Apartment* (Billy Wilder, 1960, *El apartamento* en España y *Piso de soltero* en Hispanoamérica) en la posición 11, una película que cabe a duras penas en la comedia, a pesar de que Jack Lemmon mantenga una cierta vis cómica para vestir su papel de resignado. Más bien es un drama con bastantes toques amargos y un final propio de película romántica.
- *The great dictator* (Charles Chaplin, 1940, *El gran dictador*), en el puesto 18.
- *Some like it hot* (Billy Wilder, 1959, *Una Eva y dos Adanes* en Hispanoamérica y *Con faldas y a lo loco* en España), situada hacia la mitad de la tabla, puesto 55, una película de la que ya hemos hablado y que

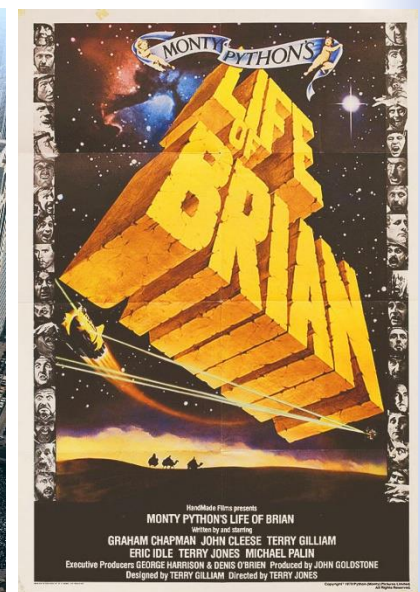
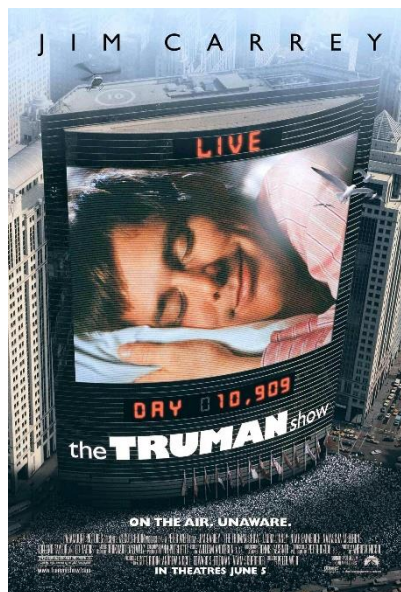
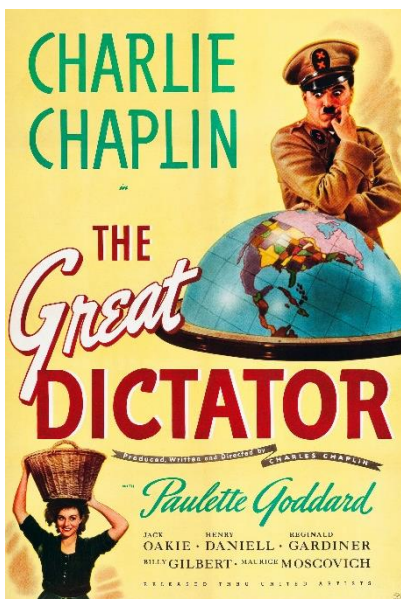
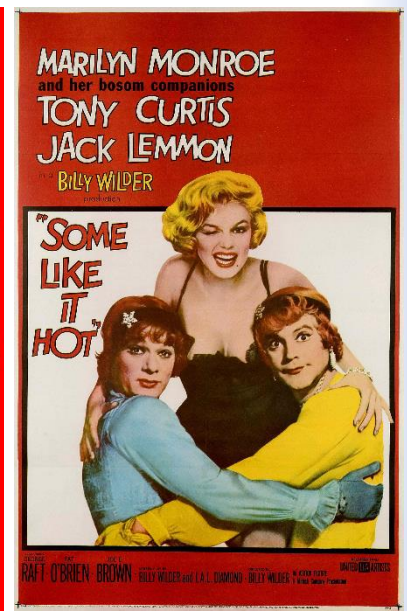
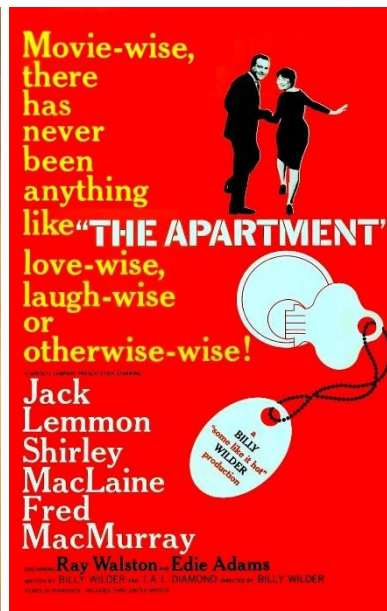
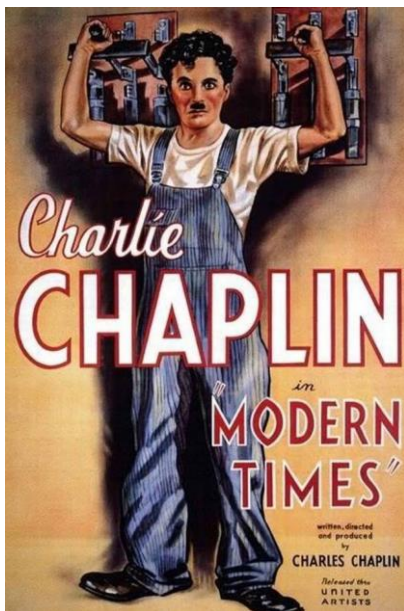


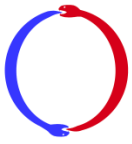
es uno de los ejemplos de comedia que se mantuvo en el cine a lo largo de los años.

- *The Truman Show* (Peter Weir, 1998, *El show de Truman*), en el puesto 64, un filme que suele ser etiquetado como comedia, quizá debido al papel estelar de Jim Carrey, cuya vertiente cómica se come al actor, al personaje y a cualquiera que pase por allí. Sin embargo, cuesta considerar como una película cómica una obra de la que se suele hablar en las facultades de Filosofía.
- La lista la cierra, en la última posición de “las cien grandes”, *Life of Brian* (Terry Jones, 1979, *La vida de Brian*), una parodia hilarante de los Monty Python en torno al

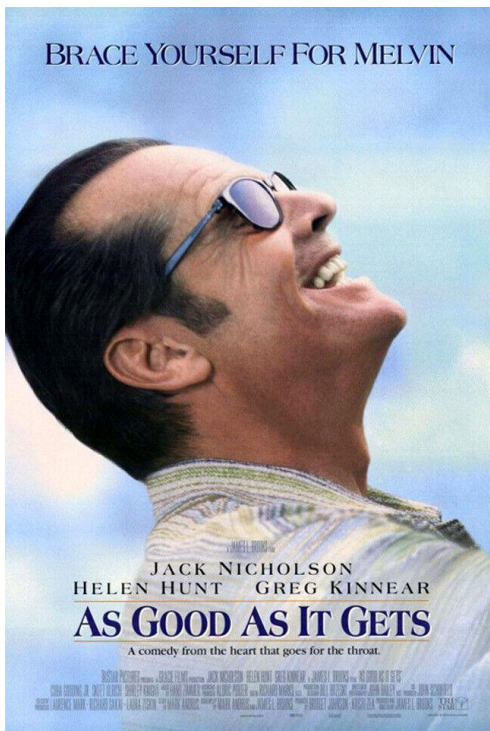
personaje de Jesucristo que hoy en día sería complicada de grabar sin acabar en los tribunales, merced al ejército de ofendidos dispuestos a cercenar todo lo que no cabe en el escueto espacio que tienen entre su pelo y la ceja.

O sea, que el humor no suele ser un buen condimento ni para los espectadores ni para los críticos cuando se trata de hablar de obras maestras de la historia del cine. La risa puede surgir de buenas películas, incluso de excelentes filmes, pero lo cómico actúa como un lastre a la hora de citar las mejores. Entre los actores tam-





bién es evidente el efecto negativo que tiene sobre sus carreras la etiqueta de “actor cómico”, un encasillamiento del que es difícil salir y suele condenar a quien ostenta tal condición a la segunda fila del estrellato. No deja de ser curioso que cuando alguno de los genios de la interpretación dramática pisa los terrenos del humor, la crítica suele deshacerse en elogios y reconoce inmediatamente su buen hacer y la abundancia de registros, pero esto no ocurre en sentido contrario. Cuando un actor calificado como cómico intenta abordar un papel dramático, la crítica —y el público, que no se comporta de forma tan distinta— lo sitúa bajo el microscopio a la búsqueda de cualquier carencia. Incluso busca alguna señal que permita encontrar el rastro del cómico. Del primer caso hay muchos ejemplos, como el de Jack Nicholson en la comedia *As good as It gets* (James L. Brooks, 1997, *Mejor... imposible*), por el que recibió el Óscar y el Globo de Oro al mejor actor.

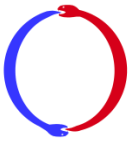


En el otro sentido es difícil encontrar un reconocimiento tan rápido para un cómico reconvertido en actor dramático y, en caso de producirse, es mediante un ejercicio de persistencia.

Uno de los pocos casos en que ese esfuerzo dio resultado fue para el actor español Alfredo Landa, encasillado durante años en su faceta cómica, hasta el punto de dar nombre a un género —el landismo— que identificaba un arquetipo masculino caracterizado por el machismo y la fanfarronería. Tuvieron que pasar varios intentos y el apoyo de los directores más valorados de la escena cinematográfica española hasta que sus capacidades interpretativas obtuvieron un reconocimiento general y pasó a ser considerado como un actor con muchos recursos y un amplio registro ante las cámaras. Fue en *Los santos inocentes* (Mario Camus, 1984) cuando logró el premio a la interpretación masculina en el Festival de Cannes, junto a su compañero de reparto en ese filme, Francisco Rabal.



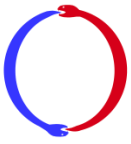
Entre las cien mejores películas, más de la cuarta parte son verdaderos dramas, algunos que podrían ser usados como agente lacrimógeno en la disolución de manifestaciones. Para explicar cómo se producen las lágrimas la Wi-



kipedia dice: “El nervio que estimula a la glándula lagrimal para la producción de lágrimas es un nervio motor y vegetativo parasimpático. Las fibras parasimpáticas viajan desde el nervio facial (séptimo par craneal) por medio del nervio petroso mayor y del nervio del conducto pterigoideo hasta llegar al ganglio pterigopalatino, lugar en el cual hacen sinapsis con los cuerpos neuronales y salen como fibras postganglionares. Estas fibras se anastomosarán con la segunda rama del nervio trigémino (quinto par craneal) y saldrán de él a través del nervio cigomático. Este se anastomosará con el asa comunicante procedente del nervio lagrimal y, a través de su ramo lagrimal, inervará parasimpáticamente a la glándula lagrimal”. Es probable que no haya entendido nada de eso —a pesar de estar clarísimo—, pero puede recurrir a una demostración práctica si ve *It's a wonderful life* (Frank Capra, 1946, *Qué bello es vivir*), *The pianist* (Roman Polanski, 2002, *El pianista*), *La vita è bella* (Roberto Benigni, 1997, *La vida es bella*) o *La tumba de las luciérnagas* (Isao Takahata, 1988). Y si no es suficiente, hay casi veinte más en la lista. Vamos, si quiere llorar, no va a ser por falta de propuestas. Pero si quiere llorar, tampoco hace falta flagelarse en una sala de cine o en la intimidad solitaria del sofá. Basta con mirar a su alrededor. También puede acudir a los noticiarios para “disfrutar” de las malas noticias. No hay otras, ya se sabe que “*No news, good news*”. Si no es suficiente, puede acudir a donde el drama no se maquilla ni necesita plaqueta porque la escena es interminable, porque los atuendos miserables son de verdad, porque los rostros son de verdad, porque la necesidad y la miseria se pelea por la supremacía con las ratas, la suciedad y el abandono. Puede acudir donde hay hambre y enfermedad, donde no hay esperanza. Puede visitar un campo de refugiados, y mirar a los ojos a los que han tenido la suerte de llegar a ese purgatorio o la desgracia de vivirlo cuando han dejado detrás los cadáveres de los suyos, reventados por las bombas o por las balas o por la metralla. Puede ver a los inmigrantes ilegales que no han

muerto en el camino; cada uno es un drama y no siempre acaba bien. Tampoco necesita ir tan lejos... Puede visitar el cajero del banco de la esquina de su calle, un portal abandonado, cualquier hueco que proteja de las inclemencias meteorológicas... Busque entre los cartones y los periódicos, entre las mantas sucias, entre los *bricks* vacíos y entre los restos de lo que fue comida. Allí encontrará otro drama que ha terminado mal. No como los de Hollywood, no como los que alaban los críticos y tocan la fibra sensible [sensiblera] del espectador. Allí encontrará un argumento real, sin filtros, sin edulcorar. Solo hay un problema: este drama dura mucho más tiempo que una película de Christopher Nolan. Quizá piense que no tiene ninguna razón para hacer algo de esto, que es mejor no mirar y que, si hay drama en el mundo, lo óptimo es enterarse mediante sucedáneos elaborados con los ingredientes justos de proporciones. Distancia. Lo mejor es la distancia. Y qué mayor distancia que una película que siempre es una forma de ficción. Imaginar que no existe, que después del cine y de las lágrimas, se puede tomar un par de vinos y disfrutar de una cena en una terraza con vistas al mar. O a donde sea. Hasta en ese caso, vaya con cuidado. Mejor una mesa en el interior. Mucho más protegido. Recuerdo hace años una estupenda comida en una terraza de la zona más lujosa de una importante ciudad cuyo nombre no voy a decir. Se aproximó a la mesa una niña de unos seis o siete años vestida con harapos y descuidada. Nos pidió una patata frita. Por un momento, recordé a Kevin Carter.

A veces, para escapar durante un tiempo de esa realidad que nos rodea, es bueno ver películas de humor. Y reír a mandíbula batiente. Aquí les dejo [otra lista](#) con las cien mejores películas de humor de la historia del cine, ordenadas según el mismo criterio que indicaba antes: consenso entre opiniones. Cualquiera de ellas y otras que no aparecen ahí son, sin duda, un descanso para enfrentar la realidad que nos rodea.



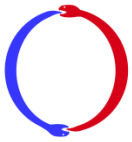
Puesto	Título	Director	Año
1	Tiempos modernos	Charles Chaplin	1936
2	El apartamento	Billy Wilder	1960
3	El golpe	George Roy Hill	1973
4	Con faldas y a lo loco	Billy Wilder	1959
5	El gran dictador	Charles Chaplin	1940
6	Cinema Paradiso	Giuseppe Tornatore	1988
7	El jovencito Frankenstein	Me! Brooks	1974
8	Cantando bajo la lluvia	Stanley Donen, Gene Kelly	1952
9	Luces de la ciudad	Charles Chaplin	1931
10	Sopa de ganso	Leo McCarey	1933
11	Shrek	Andrew Adamson, Vicky Jensen	2001
12	Forrest Gump	Robert Zemeckis	1994
13	La quimera del oro	Charles Chaplin	1925
14	¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú	Stanley Kubrick	1964
15	Los caballeros de la mesa cuadrada	Terry Gilliam, Terry Jones	1975
16	El show de Truman	Peter Weir	1998
17	El chico	Charles Chaplin	1921

La otra alternativa es vendarse los ojos ante la vida real, habitar los mundos de Yupi y vivir en los dramas cinematográficos. No es mala idea. Tiene todas las ventajas del sueño.



Brigitte Broc





Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**
con la amable autorización de la autora



Brigitte Broc. Desde su infancia cerca del océano, ha conservado un marcado gusto por el horizonte y los grandes espacios.

Ha trabajado en la traducción, la enseñanza y la radiodifusión, participa regularmente en ferias y lecturas y también publica en revistas y antologías.

Le gusta encontrarse con otros, intercambiar ideas: a través de talleres de escritura, del diálogo —en libros de artista y exposiciones— con artistas plásticos, fotógrafos, calígrafos...

Cree que la oralidad de la poesía es esencial, porque, como escribió Léo Ferré: «*La poesía es un clamor. Debe escucharse como la música*».

Junto con otros artistas presenta espectáculos que son verdaderos viajes del alma y de la palabra, en los que todo el mundo puede reconocerse. Sus temas favoritos son la naturaleza, los lugares, los paisajes interiores, los orígenes, la relación del hombre con el

mundo y lo femenino sagrado.

Bibliografía

Últimas obras:

Chants des dunes (Editions du Petit Véhicule), con dibujos a tinta y pasteles de cera de Gilles Bourgeade; *L'haleine tiède des vergers* (Editions du Petit Véhicule), con pinturas de Nathalie de Lauradour; *Devant toi, tout ce bleu* (Editions du Petit Véhicule), con tintas y acuarelas de Josette Dignonnet; *Pose l'été entre la menthe et ma peau* (Editions Encres de Siagne), con tintas y acuarelas de Josette Dignonnet.

Libros de artista:

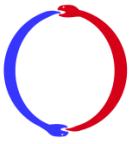
Bienveillance des sources, con grabados de Henri Baviera; *Ferveur du matin*, con pinturas de Françoise Rohmer; *L'infini visage*, con monotypes de Joyard; *Des pas dans la mer*, con grabados de Henri Baviera.

Con Youl: *Bribes d'été*, *La robe rouge*, *Rien que la mer*, *Mue de la parole*, *Ce peu de neige*, *La gloire secrète*, *Autres soleils*.

Libro pobre con pintura de Monique Marta.

Libro pobre en los *Cahiers du Museur*, de Alain Freixe, con pintura de Annick Lesimple.





Poemas de *Devant toi, tout ce bleu* (Ed. du petit véhicule 2022)

Mots d'avant l'orage,
toucher de mousse et de pollen.

Un amour s'avance,
dont elle connaît le rire,
passage vers avril.

Blancheur des sèves,
de la bouche qui prépare le fruit.

Elle se souvient
du piano sur la plage,
du vol des hirondelles,
des bulles qui éclataient
à la surface du cœur.

Blancheur vivante
du jour sans cesse recommencé,
du poème trouvé sous la pierre.

Si le froid dérobe mes seins,
le rivage restera inaccessible.

Quelle réponse rendra alors
le trajet possible
de ma vie à ta vie ?

À qui dirais-je ce que j'ai appris
au-delà de ton regard ?

Dans la patience de l'eau
nous trouverons refuge.

Il faudra aimer
ce qui rassemble,
ce qui sépare,
la nuit claire de nos bras,
la demeure déconcertante.

Il faudra aimer l'ombre nue, la résonance.

Il faudra aimer.

Il faudra que tu écoutes.

Palabras antes de la tormenta,
tacto de musgo y polen.

Un amor da un paso adelante
y ella conoce su risa,
tránsito hacia abril.

Blancura de las savias,
de la boca preparando el fruto.

Ella recuerda
el piano en la playa,
el vuelo de las golondrinas,
las burbujas estallando
en la superficie del corazón.

Blancura viva
del día siempre comenzado
del poema hallado bajo la piedra.

Si el frío me roba los senos
la orilla permanecerá inaccesible.

¿Qué respuesta hará entonces
el camino posible
de mi vida a la tuya?

¿A quién contaré lo que he aprendido
más allá de tu mirada?

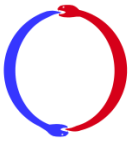
En la paciencia del agua
encontraremos refugio.

Deberemos amar
lo que une
lo que separa,
la noche clara de nuestros brazos,
la morada desconcertante.

Deberemos amar la sombra desnuda, la resonancia.

Deberemos amar.

Deberás escuchar.



On vivait dans cette déchirure,
le cœur bruissant
et les yeux grands ouverts.

Il n'y avait ni lune,
ni soleil,
juste un enfant
aux mille doigts d'écume.

Les mots se hâtaient
vers une bouche à nourrir.

On cherchait l'autre saison,
celle qui héberge
le ventre des fées.

Il y avait des jeux,
du linge immaculé,
et, au ras des vagues,
la réponse qui clapotait.

L'infini était là demeure.

Le matin,
qui n'en finissait plus
d'être matin,
colportait ses mouettes,
ses baquets d'eau studieuse.

Le vert était notre seul lien.

Le vert qui pulse,
le vert qui s'ouvre et s'ébruite,
le vert qui dégouline,
qui éclate en bouquets et restitue.

Le vert.

Et on avait plus peur.

Vivíamos en este desgarró
con el corazón murmurando
y los ojos bien abiertos.

No había luna,
ni sol,
solo un niño
con mil dedos de espuma.

Las palabras se apresuraban
hacia una boca que alimentar.

Buscábamos la otra estación,
la que cobija
el vientre de las hadas.

Había juegos,
ropa immaculada,
y, a ras de las olas,
la respuesta chapoteando.

El infinito era el hogar.

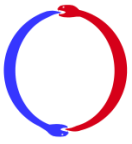
La mañana,
que nunca terminaba
de ser mañana,
llevaba sus gaviotas,
sus tinas de agua estudiantina.

El verde era nuestro único vínculo.

El verde que late,
el verde que se abre y se agita,
el verde que gotea,
estallando en ramos y rehaciéndose.

El verde.

Y ya no teníamos miedo.



Quand tu dessines
l'auréole brune du désir,
la margelle brûlante de la nuit
ou la rose sauvage de ton nom,

Quand tu déchiffres
la parole mouillée du matin,
le pain nu des lisières
et les remous du sang dans la brise légère,

Au pays de nos corps,
au zénith du poème,
naviguent, côte à côte,
de grands oiseaux blancs
et ces mots qui sont des femmes.

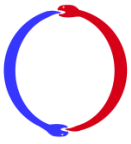
Cuando dibujas
la aureola marrón del deseo
el brocal ardiente de la noche
o la rosa salvaje de tu nombre,

Cuando descifras
la palabra húmeda de la mañana
el pan desnudo de los márgenes
y los remolinos de la sangre en la brisa ligera,

En el país de nuestros cuerpos,
en el cenit del poema,
navegan, lado a lado,
grandes pájaros blancos
y esas palabras que son mujeres.



Canción para un mañana



Augusto Guedes

Canción para un mañana

Volverei ser auga
perdida no fin da terra...
... a ser unha canción esquecida
levada polo vento do Norte

E volverá chover
polas miñas mans núas,
calado campo de batalla
de tódolos días.

Volverei berrar en silencio,
a mirada será o ruxido da alma
mentres a lúa
alumea vellas praia...

E a mañá rezaba
oracións antigas
e nos teus ollos
alumeaban todas as estrelas

Volveré a ser agua
perdida al final de la tierra...
... a ser canción olvidada
tañida por el viento del norte

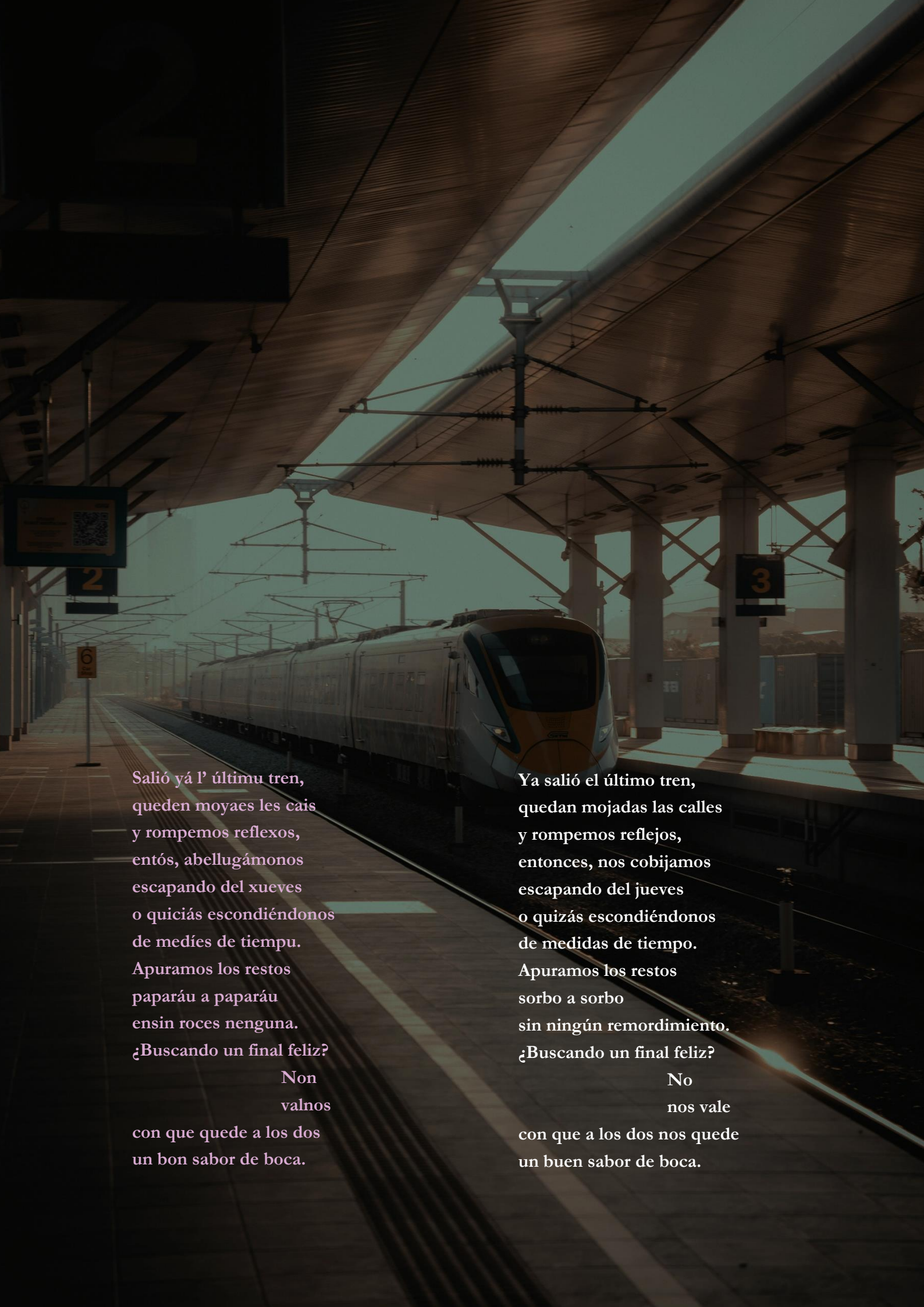
Y volverá a llover
por mis manos desnudas,
callado campo de batalla
de todos los días.

Volveré a gritar en silencio,
la mirada será el rugido del alma
mientras la luna
enciende viejas playas...

Y la mañana rezaba
oraciones antiguas
y en tus ojos
brillaban todas las estrellas



Poemes



Salió yá l' últimu tren,
queden moyaes les cais
y rompemos reflexos,
entós, abellugámonos
escapando del xueves
o quiciás escondiéndonos
de medíes de tiempu.
Apuramos los restos
papuráu a papuráu
ensin roces nenguna.
¿Buscando un final feliz?

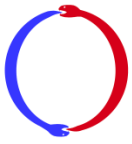
Non
valnos
con que quede a los dos
un bon sabor de boca.

Ya salió el último tren,
quedan mojadas las calles
y rompemos reflejos,
entonces, nos cobijamos
escapando del jueves
o quizás escondiéndonos
de medidas de tiempo.
Apuramos los restos
sorbo a sorbo
sin ningún remordimiento.
¿Buscando un final feliz?

No
nos vale
con que a los dos nos quede
un buen sabor de boca.



Espuma de mar



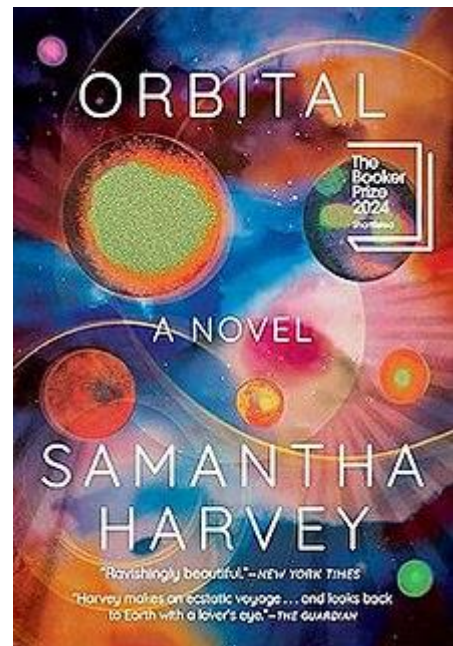
Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

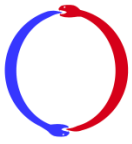
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

La ciencia ficción es uno de los tabús del género de la novela. Decir “novela de ciencia ficción” suele llevar a cuestras el sambenito de obra menor. Aunque existen grandes autores del subgénero, siempre figuran en un mundo aparte, no vaya a ser que el exceso de imaginación pueda contagiarlos y terminen por incluir algún pasaje menso realista y menos costumbrista, dicho esto, por supuesto, sin intención de rebajar un ápice lo que de peyorativo pueda tener. A veces, algún autor de campanillas —o de cencerros, que tampoco hay mucha diferencia funcional— se aventura a introducir algo de fantasía y va por los terrenos de la literatura fanfarroneando de su autoimpuesta vitola de ciencia ficción. Yo también sé, parece decir, casi siempre para demostrar la superioridad que da la novela sobada sobre la de ciencia ficción. Cosas de críos, literatura para jovencuelos de hormonas y fantasías emergentes, barato, de quiosco de periódicos, *pulp fiction*... Una nave espacial echa al traste cualquier posibilidad de ser considerada como buena literatura. Si aparece un alienígena, ni te cuento...

Pues este año, el Premio Booker —máximo galardón de las letras anglosajonas—, concedido siempre a toro pasado, es decir, para novelas ya publicadas, ha ido a parar a una novela de ciencia ficción. ¡Rasguémonos las vestiduras! O, quizá no sea este el mejor calificativo para la obra *Orbital* (Jonathan Cape, 2023), de la escritora inglesa **Samantha Harvey** (Kent, 1975), pues la trama se desarrolla en la ISS (Estación espacial internacional) en un corto periodo de tiempo, de tan solo veinticuatro horas. Lo que sí hay son naves espaciales y astronautas, así que no se trata de cualquiera de los temas manidos por la novela contemporánea, de esos que lees una y como si las hubieras leído casi todas. Para manido, el tema del que, antes de la sorpresiva elección, se perfilaba como máximo favorito al galardón, el estadounidense Percival Everett que ¡reescribió *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain! Si es que ¡manda hu...!





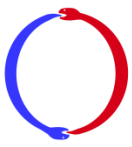
La “osadía” de Percival Everett fue uno de los seis finalistas —la *shortlist*— que, además de la obra ganadora, incluía a la estadounidense Rachel Kushner, con *Creation lake*, el relato de un espía norteamericano infiltrado en una comuna ecologista en Francia; la propuesta de la israelí [holandesa o lo que tercie] Yael van der Wouden con *The safekeep*, metida a calzador entre los finalistas, donde aborda el trato a los judíos en la Holanda de posguerra, un tema cansino y recurrente, asimilable al día de la marmota; la australiana Charlotte Wood, con *Stone yard devotional*, un pastiche sobre la crisis climática, mezclada con la historia de una mujer que, pese a no tener particularmente instinto de fe, abandona Sydney para mudarse a una comunidad religiosa; la última de la *shortlist era* la poetisa canadiense Anne Michaels con *Held*, su tercera novela, un soporífero ensayo lírico sobre el trauma y la memoria. Desde un punto de vista estrictamente innovador, Samantha Harvey no tuvo muy difícil llevarse las cincuenta mil libras del premio a su casa.



La calidad de la novela, por su parte, también ha sido reconocida con varios galardones en este 2024, como el Hawthornden Prize y el The InWords Literary Award. Además, ha sido finalista del Orwell Prize de política ficción y del Ursula K. Le Guin Prize.

Por su parte, la autora también ha recibido varios premios como el Staunch Book Prize (2019) por *The Western Wind*, el AMI Literature Award The Times of India (2009) y el Betty Trask Prize and Awards (2009) por *The Wilderness*.

NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en enero de 2025			
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Juan Valera	10	100 - 250	Ayuntamiento de Cabra y la Fundación Cultural “Valera” (España)	600
Cáceres	30	100 - 130	Diputación Provincial de Cáceres (España)	9 000
ATEGUA: Primavera	31	≤ 25	IES ATEGUA (España)	1 000
Erótica Y Amorosa	31	≤ 350	Editorial Berez Haziku (España)	400



Relato corto y cuento

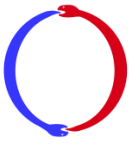
NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que se cierran en enero de 2025		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Manuel Pérez Yuste	10	≤ 500 palabras	Falla Plaza de San Juan - Utiel (España)	150
Ciudad de Coria	30	25 a 30	Diputación Provincial de Cáceres (España)	3 000
Lena / Llana	31	4 a 8	Ayuntamiento de Lena / Llana (España)	3 000
De la Imagen al Texto	31	≤ 175 palabras	IES LÓPEZ DE ARENAS (España)	200
Literatura ATEGUA: primavera	31	≤ 30	IES ATEGUA (España)	1 000
Letraheridos	31	≤ 2 000 palabras	Grupo Letraheridos (España)	2 000
La Felguera	31	6 - 8	Sociedad de Festejos y Cultura de "San Pedro" (España)	4 000
Villa de Iniesta	31	≤ 10	Ayuntamiento de Iniesta (España)	850

Poesía

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en enero de 2025		
Premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Blas Infante	7	8 a 30	Centro Andaluz Blas Infante del Baix Llobregat (España)	500
Jovellanos - El Mejor Poema del Mundo	8		Ediciones Nobel (España)	2 000
Manuel Pérez Yuste	10	≤ 300 palabras	Falla Plaza de San Juan - Utiel (España)	150
Flor de Jara	30	500 a 1000	Diputación Provincial de Cáceres (España)	6 000
Villa de Iniesta	31	50 a 100	Ayuntamiento de Iniesta (España)	850
Poeta Marcelino Arellano Alabarces	31	≤ 60	Ayuntamiento de Ítrabo (España)	800

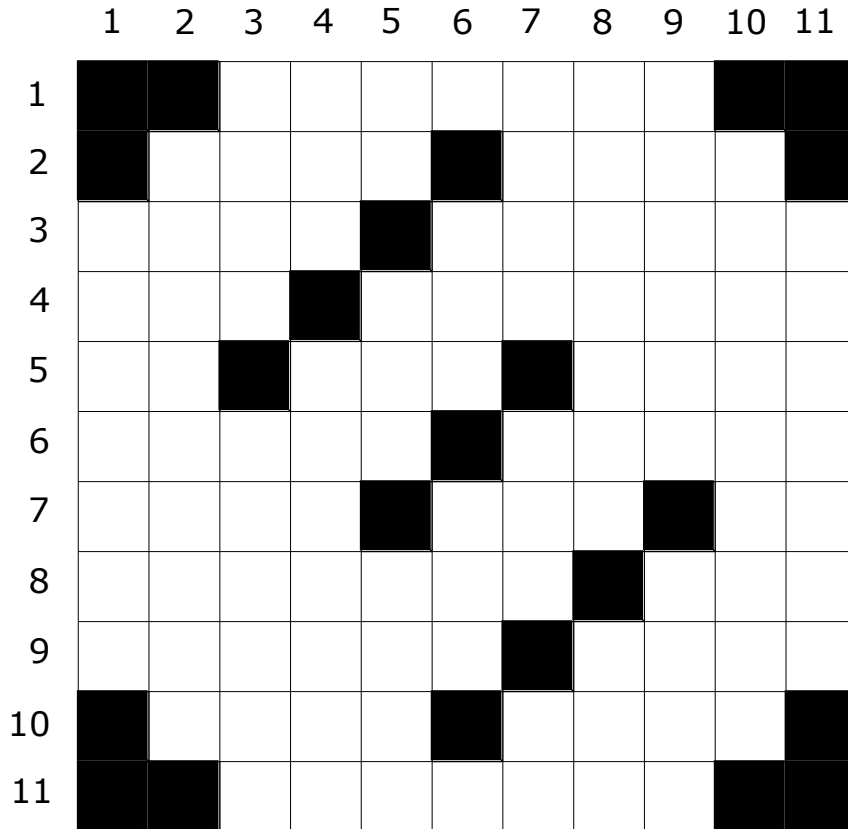
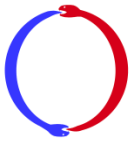
No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en enero de 2025		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ensayo Jovellanos	8	≤ 250	Ediciones Nobel (España)	9 000
Becas Finestres de Ensayo	31		Fundació Finestres (España)	25 000



Otros géneros literarios

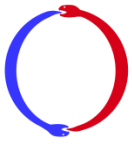
TEATRO / GUION		Convocatorias de concursos que se cierran en enero de 2025		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Guiones literarios para cortometrajes	25	≤ 20	Asociación Florián Rey (España)	500



Solución

HORIZONTALES **1** *De... y hombres*, novela de Steinbeck. **2** Inventor de la máquina de vapor. Te atrevas. **3** Embrión de los mamíferos. Experto. **4** Yoko..., esposa de Lennon. Miguel..., autor de *El camino*. **5** Al revés, nombre de consonante. Octavio..., Nobel mexicano. Material volcánico. **6** Deportes náuticos. Se detengan. **7** Infusión, sin pies ni cabeza. Coloquialmente, orina. No responde. **8** Tragedia de Sófocles. Utiliza. **9** Palo para ajustar medidas de áridos. Al revés, espacio diminuto entre moléculas. **10** Y en igual sentido, mezcla metales. Dios nórdico. **11** Costureros.

VERTICALES **1** Matemático francés, el de las series. **2** ... Fernández Flórez, autor de *El bosque animado*. **3** Periodo breve de tiempo. Los maestros de la Edad Media. **4** Sujeto con cuerdas. Jardier..., autor de *Eloísa está debajo de un almendro*. **5** Consonante repetida. Entregas. Preposición. **6** Vertebrado acuático. Provecho. **7** Personaje navideño. Piadosa. Puerta lógica. **8** De abajo a arriba, desviarse de la trayectoria. Al revés, antiguo nombre de Tokio. **9** Y en igual sentido, deseos algo con vehemencia. León..., novelista norteamericano autor de *Éxodo*. **10** Novelista inglés del siglo XIX, autor de *La isla del tesoro*. **11** De abajo a arriba, conjunto de todos los poetas.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

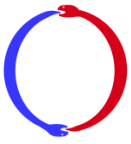
<u>30</u>	<u>18</u>	<u>55</u>	<u>53</u>	<u>4</u>	<u>11</u>	<u>45</u>	<u>16</u>		Junta para elegir Papa
<u>23</u>	<u>14</u>	<u>25</u>	<u>40</u>	<u>58</u>	<u>33</u>				Protección, refugio
<u>38</u>	<u>46</u>	<u>28</u>	<u>7</u>	<u>57</u>	<u>42</u>	<u>15</u>	<u>1</u>	<u>49</u>	Producto antipolilla
<u>31</u>	<u>52</u>	<u>54</u>	<u>36</u>						Tipo de grupo familiar
<u>29</u>	<u>17</u>	<u>29</u>	<u>9</u>						Paraíso
<u>22</u>	<u>32</u>	<u>8</u>	<u>12</u>						Amarres, ates
<u>43</u>	<u>56</u>	<u>37</u>	<u>39</u>	<u>5</u>	<u>34</u>	<u>51</u>			Flor blanca y muy olorosa
<u>27</u>	<u>20</u>	<u>47</u>	<u>10</u>	<u>2</u>					Trazo de la escritura

Texto: pensamiento de Salvador Dalí.

Clave, primera columna de definiciones: anular, suprimir.

La abuelita
o
Cuentos de la aldea
(extracto)





Faustina Sáez de Melgar

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

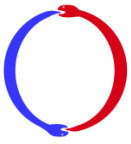
I



No hace muchos años que en una pintoresca aldea, situada en la orilla del Tajo, vivía una honrada familia. Componíase de la abuela, anciana sexagenaria, de su hijo D. Rafael, su es- posa doña Cármen, y una caterva de chiquillos, dichosa prole con que el Señor había coronado. su himeneo.

No haré detenidamente el retrato de cada uno, porque los irán conociendo mis lectores poco á poco, segun avancemos en nuestro relato. Ahora los veremos á todos agruparse en rededor de una gran mesa, donde su buena madre les sirve la cena, presidiendo la alegre reunion la decana de la familia.

Su posicion de ricos hacendados les permitia vivir con el mayor desahogo, y no se advertia jamás en aquella casa miseria ni escaseces. Para los que no hayan visto el hogar de un labrador haremos brevemente una ligera descripcion. Las casas son casi todas de un solo piso (en el pueblo á



que me refiero), compuestas de anchurosas habitaciones, con rejas á la calle ó á los patios. A la derecha de la gran puerta de entrada está la cocina, junto al fuego una veintena de domésticos entre criadas y criados saborean una abundante y bien condimentada sopa. A la izquierda, en una sala bastante grande con su moderna chimenea, está reunida la familia de don Rafael. Los muebles de esta habitacion son sencillos, y resplandece por do quiera el mas esmerado aseo. A los lados de la chimenea hay dos enormes y antiquísimos sillones de roble, que ocupan generalmente la abuela y el jefe de la casa. En una sillita baja se sienta su esposa á hacer labor hasta las ocho, que se levanta y acuesta á sus hijos, ayudada en esta faena por la niña mayorcita, que tiene catorce años; y despues de haberles hecho arrodillarse ante una imagen de la Virgen, rezando las oraciones de la noche, santa y piadosa costumbre que grabada desde la infancia en el corazon de los niños, no se olvida jamás.

—Abuelita, dijo Federico, el mayor de los niños; cuéntenos Vd. una historia de aquellas tan bonitas que sabe.

—Cuándo aprendais la leccion, dijo la anciana tomando la calceta y aproximándose al fuego.

—Yo ya la sé.

—Y yo.

—Y yo, contestaron todos los niños á un tiempo.

—¿No me engañais?

—No, señora, dijo César: la hemos estudiado antes de cenar, y si no verá Vd. qué pronto se la esplico toda.

—Calla, parlanchin, repuso Amparo, que era la niña mayor: si te pones á decir la leccion, darán las ocho y no tendrá la abuelita tiempo de contarnos el cuento.

—Tiene razon la hermana, dijeron otros.

—Sí, sí, abuelita: una historia, una historia.

El clamor de la infantil reunion era general, y tuvo necesidad su madre de hacerlos guardar silencio, diciéndoles que ya iban á dar las ocho, y solo les quedaba el tiempo preciso para rezar las oraciones de la noche.

—¡Qué lastima! murmuraba Evangelina con tristeza.

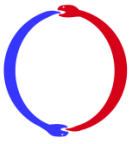
—Abuelita, repuso María de la Gloria colgándose al cuello de doña Tomasa; pida Vd. permiso á madre para que nos deje hasta las nueve.

—Yo se lo pediré, dijo Hernan, el mas pequeño de los niños.

—Sí, sí, á tí no te niegan nada, vé, hermanito y que nos concedan esta gracia-

—Voy corriendo.

Se levantó el gracioso niño, y dirigiéndose á su madre, exclamó con mimoso acento:



—Señora madre, ¿quiere Vd. que no nos acostemos hasta las nueve y nos contará la abuelita un cuento?

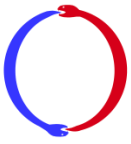
—Si padre os da permiso, corriente.

—Concedido, dijo D. Rafael, levantándose de la mesa donde aun permanecía para pasar á su despacho.

Todos los niños empezaron á gritar batiendo palmas con alborozo y rodeando á la anciana señora, que quitándose los anteojos, los puso en la cestita de la calceta, y fué marcando á cada uno de los niños el sitio que debía ocupar, diciéndoles:

—Amparo y Federico á mi derecha. César y Evangelina á mi izquierda; y enfrente, formando corro, Hernan, Jesus, Lucas y María de la Gloria.

De esta y la manera colocó á los ocho niños, y luego que les hubo recomendado el mayor silencio mas severa formalidad, volvió á ponerse los anteojos para continuar haciendo calceta, y con cascada y temblorosa voz refirió lo siguiente:



II ARTURO

(Toda criatura, por humilde que sea condicion, puede sernos útil en alguna cosa)

Hace un año escasamente que habitaba la magnífica posesion del Palomar un caballero de Madrid, dueño de inmensas riquezas, y que debia ocupar un alto puesto en la corte, y segun lo comprometido que estaba en la política, y otras mil cosas que yo no os sabré explicar. Lo cierto verdad es, que mas de cuatro veces le vimos venir huyendo á esconderse en estos valles, donde pasaba largas temporadas sin aparecer jamás en público. Unicamente su hijo Arturo venia alguna vez á la aldea, pero siempre dándose una gran importancia y ostentando un lujo deslumbrador. Era muy orgulloso, y estaba acostumbrado al fausto y á la opulencia; asi es que rara vez saludaba ni aun á los labradores mas ricos de aldea, á quienes llamaba *palurdos* y no sé cuántas cosas mas. Si á los ricos miraba con desden, a los pastores y jornaleros los despreciaba, burlándose de su miseria continuamente.

—¡El muy vanidoso!... exclamó César, nosotros no somos así, abuelita; antes al contrario, respetamos y queremos á los pobres.

—Si callarás, parlanchin, interrumpió el juicioso Federico reprendiendo á su hermano.

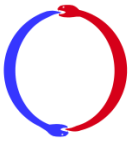
—Silencio, niños, repuso doña Carmen, y no volvais á desplegar los labios.

Al escuchar la severa voz de su madre guardaron silencio, y doña Tomasa continuó:

—Ya tendria Arturo quince años, cuando una mañana pasó por el coto, ya sabeis dista una legua de aquí; iba con su ayo en un magnífico carruaje tirado por cuatro arrogantes caballos.

Al llegar á nuestra dehesa se detuvo un momento, apeándose por disfrutar el apacible ambiente de la mañana; en esto que se encontraron al pastor Bartolo tendido en tierra y llorando á lágrima viva.

—¿Qué hará este holgazan en medio del camino? dijo Arturo lanzándole una mirada despreciativa; mejor estaria trabajando.



—Parece que está herido, contestó el ayo, se oprime un pié con las manos y llora el infeliz, ¿qué tendrá?

—Vamos, ayo, no le preguntes nada, déjale, no vaya á fastidiarnos con sus lamentaciones.

—¿Y si pudiéramos prestarle auxilio?

—¡Qué locural... ¡Iria yo á molestarle por un mendigo!... Vamos, vamos al coche.

El ayo siguió al orgulloso joven, muy á su pesar, procurando en los términos mas dulces, afeár la conducta poco caritativa que usaba en aquel momento; pero él no escuchaba reflexiones de ninguna clase. Cuando entraron en el coche, vieron al pobre pastor que medio á rastra se habia aproximado á ellos.

—¡Señorito! exclamó con lastimero tono, permítame Vd., por amor de Dios, ir hasta el pueblo inmediato en su carruaje; me colocaré con el lacayo.

—¡Vaya una pretension!... dijo Arturo sin hacer caso del pastor, que le miraba con angustia.

Luego hizo un signo al criado para qué cerrase la portezuela, pero Bartolo se interpuso, y juntando las manos en ademan de súplica, exclamó:

—¡Por piedad, señor!... concédame Vd. lo que pido; tengo á mi madre muy mala y acaban de decirme que me llama para darme el último abrazo; he querido correr tanto por llegar á ver- que me he dislocado un pié y no puedo andar. ¡Oh, por todos los santos del cielo, permítame usted ir a cerrar sus ojos, o me moriré en este camino de pena y desesperacion!...

—¡No puede ser!... ¡imposible!... exclamó Arturo mandando cerrar la portezuela.

—¡Oh! ¡madre mial... ¡madre mial... ¡morirás sin recibir el último beso de tu hijo!... gritaba el infeliz, y cayó en tierra medio ahogado por los sollozos. El coche partió á escape; y mientras el pobre pastor lanzaba al aire sus lamentos, decia el soberbio y orgulloso adolescente, arrellanándose en los mullidos almohadones:

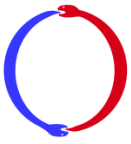
—¡Pues no faltaba mas!... ¡Ahora iria yo á llevar semejante enfermo en mi coche!... Hubiera estado gracioso, no hay duda...

—Hubiera Vd. hecho una obra de caridad, dijo el ayo.

—Con mas gusto le doy un puñado de oro que llevarle en mi coche. Si fuera una persona decente, ¡vamos!... ¡pero esos miserables!... Confieso francamente que hasta me da repugnancia mirarlos.

—Hace Vd. mal en abrigar esas ideas, porque todos somos hijos de Dios.

—Es verdad, ayo; pero, como decia mi abuela la condesa de la Estrella, hasta en el cielo hay gerarquías; y ocupando yo una posicion elevada, no puedo alternar con ese canalla miserable.



—El orgullo hacia delirar á la señora condesa y Vd. la imita en este momento.

—Tenga Vd. la bondad de callar, repuso Arturo irritado; mi papá le tiene á Vd. á mi lado para que me enseñe las ciencias y los idiomas que posee; no para insultar á mi noble abuela y á mi.

—Se equivoca Vd., niño; lo que yo hago es enseñarle la moral cristiana, haciéndole comprender que no debe nunca despreciar á los pobres, porque todos somos hermanos y les debemos consideracion y respeto. ¿Quién sabe si ese infeliz que ha dejado Vd. anegado en llanto podrá un dia prestarle algun servicio, mas grande quizá, que el insignificante que reclamaba de usted?....

—¡Oh! sí, por la gran posicion que ocupa, podré esperar de él muchos favores, repuso Arturo con acento sarcástico.

—*Toda criatura en la tierra, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa*, exclamó el ayo con solemnidad. Téngalo Vd. Entendido, y no olvide nunca mis palabras si desea evitarse dolorosos desengaños.

Aqui fué interrumpida la conversacion, cuyo giro iba nublando la frente del jóven, á causa de la llegada de unos señores que iban á esperarlo. Se detuvieron, y apeándose continuaron á pié hasta la aldea.

Cuando subian por el caminó toledano, cruzó por delante de ellos un caballo á todo escape; en él iban montados vuestro padre, que fue mas compasivo que el orgulloso Arturo, y llevaba en las ancas del caballo al pastor Bartolo.

—¿Y fué padre, dice Vd., abuelita? preguntó César.

—Sí, hijo mio; pero no tengas la costumbre de interrumpirme.

—Una palabra solamente, exclamó Amparo, ¿pudo al fin abrazar á su madre?

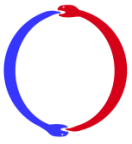
—Sí, y la salvó la vida, pues la infeliz moria de necesidad y fué socorrida tan á tiempo por su hijo, que aun vive, y le quiere con delirio.

—El reloj está dando las nueve, hermana, ¿no lo oyes? dijo Hernan en voz baja á Evangelina.

—Cállate, no lo digas, repuso esta.

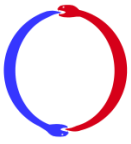
Doña Cármen, que guardaba el órden mas invariable en el interior de su casa, apenas escuchó la última campanada, dejó su labor, y levantándose dijo á sus hijos:

—Niños, á besar la mano á la abuelita, despues á padre, y á rezar las oraciones para irse á la cama.



Sin replicar una palabra se levantaron todos; abrazaron á su abuela y á D. Rafael, y entraron en una salita pequeña, donde habia un altar con la ante imágen de la Virgen del Cármen.

Arrodilláronse ante él, y alzaron, acompañados de su buena madre, sus inocentes preces al Eterno.



III

Serian apenas las siete de la siguiente noche, cuando los hijos de D. Rafael rodearon á su abuelita, rogándola continuase la interrumpida historia. Deseosa la venerable anciana de inculcar en el tierno ánimo de sus nietos ideas saludables, prosiguió de este modo, despues de haber colocado á cada uno en su sitio.

“El orgulloso Arturo se sonrió desdeñosamente al ver al pobre Bartolo, que con la satisfaccion en el alma cruzó á su lado dirigiéndole una mirada de triunfo, con la cual queria decir:

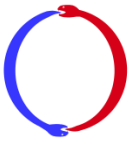
—¿Ves cómo no faltan corazones compasivos? No he necesitado tu coche para llegar á recoger el último beso de mi madre.

Pasó este acontecimiento, y ni Arturo ni Bartolo volvieron á verse en mucho tiempo; aquel, ocupado en sus aristocráticas reuniones, y este cuidando de sus corderillos y saboreando la paz del alma y la envidiable tranquilidad del que tiene limpia su conciencia.

Llegó una época en que un temporal de lluvias continuo y sostenido hizo que los rios se desbordasen, y particularmente el Tajo, cuyo caudal de aguas es inmenso, tanto, que arrancó los puentes, arrebatando en la crecida las barcas que servian para cruzarle en los diferentes pueblecillos de estas cercanías.

El padre de Arturo, como sabeis, tenia su quinta al otro lado del rio, en la cual habitaba su esposa; él éstaba en Madrid con su hijo, y su posicion debia ser muy crítica, porque á consecuencia de motines ocurridos en la corte, habíanle delatado como conspirador, y juzgándole un consejo de guerra, estaba próximo á ser pasado por las armas.

Arturo, en aquellos aflictivos momentos, supo que en su posesion del Palancar guardaba su padre unos papeles, con los cuales probaria su inocencia y salvaria su vida; sin hacer caso del mal tiempo, y no teniendo, por otra parte, momento que perder, se puso en camino inmediatamente, seguido de su ayo. Llegaron á la aldea, buscan la barca para cruzar el rio; pero joh desgracia! habia sido arrebatada por la furiosa y embravecida corriente.



—¡No hay paso! gritaron los pastores desde el otro lado.

—¡Oh, Dios mio!... ¡y mi padre morirá mañana sin que yo lo pueda salvar, cuando las pruebas de su inocencia están á cien pasos de aquí!...

—Pero entre esos cien pasos hay un mar de agua, y es preciso que una persona esponga su vida por salvar la de vuestro padre, dijo el ayo que contempla aterrizado los valle que habia cubierto el rio, llegando á inundar las primeras casas de la aldea.

—¡Si yo supiera nadar!... exclamó el joven con desesperacion.

Luego, dirigiéndose á una porcion de jornaleros y pastores que se habian agrupado en torno suyo, les dijo:

—¿Quién de vosotros sé atreve á cruzar el rio?

El silencio sucedió á estas palabras, y ninguno se determinó á calmar la angustia del orgulloso Arturo, que siempre los habia despreciado y entonces reclamaba su auxilio.

—¿No hay ninguno? volvió á gritar: yo le daré oro cuanto quiera para que viva en le la abundancia.

—Señorito, se atrevió á decir uno de ellos; si perdemos la vida no podrá el oro devolvérnosla.

—¡Oh! ¡y mi padre morirá sin remedio!... exclamó Arturo, llorando de desesperacion.

Entre tanto el Tajo seguia creciendo y sus aguas inundaban las dehesas y los sembrados; cada vez se hacia mas imposible el paso. No pudiendo el joven resistir su angustiada situacion, prorumpió ensentidas y amargas quejas. Empero ni sus ofertas ni sus lamentaciones, decidieron á los aldeanos, que por todo el oro del mundo no se hubieran espuesto á perecer entre las furiosas ondas del rio.

Viendo Arturo la inutilidad de sus esfuerzos, quiso apelar al último recurso, conmoviendo su corazon, y les dijo:

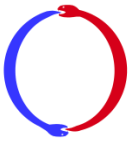
—Amigos míos; ¡por compasion!... por lo que mas ameís en el mundo, salvad la vida de mi padre, y vuestra es toda mi fortuna.

—Ahora nos llama amigos, y siempre nos ha despreciado el orgulloso, no contestando siquiera cuando le dábamos los buenos días, dijo uno de ellos.

—Sí; pues aunque nos llame hermanos, lo que es yo por mí, no paso.

—Ni yo.

—Ni ninguno, dijeron otros.



Quiso la buena suerte de Arturo que en aquel momento acertase á pasar por allí Bartolo; verle atribulado jóven y dirigirse á él fué obra de un momento.

—¡Ah! por favor, exclamó juntando las manos ademan de súplica; ¡si tienes un padre querido, yo te ruego por su amor que salves la vida del mio!...

—Padre no tengo, dijo Bartolo; pero sí una madre, á la cual quiero con toda mi alma, y que por cierto no hace mucho tiempo tuve á las puertas de la muerte, y Vd. me negó el consuelo de llevarme en su coche á recibir su último abrazo.

—¿Eres tú el que se habia dislocado el pié? interrumpió el ayo mirándole con desaliento.

—Sí, señor: y aunque Vds. no accedieron á mis súplicas, no faltó un hombre generoso y compasivo que me llevase en su caballo, y además de tan insigne favor, salvase la vida de mi madre con sus socorros.

—¡Y ahora te vengarás de aquel rapto de orgullo! exclamó Arturo sollozando. ¡Oh! bien caro lo voy á pagar; ¡padre de mi alma!... mañana morirás, y yo no puedo salvarte.

—Vamos, señorito, dijo Bartolo enternecido; ¿qué es preciso hacer para salvar su vida?

—Atravesar el rio á nado y recoger de nuestra quinta unos papeles que están en poder de mi madre y que justifican la inocencia de mi padre que está sentenciado á muerte, y le fusilarán mañana si no se presentan.

—Pues ¡manos á la obral... exclamó Bartolo en un arranque repentino, despojándose de la chaqueta y los zapatos.

—¡Vas á cruzar!..

—Sí, señor: por el amor de mi madre, y en memoria del noble bienhechor que salvó su vida.

—¡Bendito sea tu corazon!... murmuró Arturo loco de alegría y estrechando la cabeza del pastor contra su pecho.

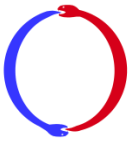
Una hora despues los documentos salvadores estaban en su poder, y en la efusion de su reconocimiento ofreció á Bartolo una suma inmensa que en valores llevaba á prevencion en la cartera.

—Guárdela Vd., señor, le contestó el infeliz; yo me contento con haber hecho una buena accion.

—Es que se la ofrezco á tu madre.

—En ese caso la admito, para que la pobrecita concluya sus dias con comodida.

—Tienes un corazon muy generoso, continuó Arturo, y yo bendigo este momento de prueba, en que he aprendido á conocer que *toda criatura, por humilde que sea su posicion, puede sernos útil en alguna cosa.*



Doña Tomasa calló al llegar aquí, y todos niños, que habian guardado hasta entonces mas profundo silencio, exclamaron:

—Se ha concluido?

—Sí, hijos míos: nada mas tengo que añadir: el padre de Arturo se salvó, y Bartolo, gracia á su buen corazon, vive hoy independiente con ganado y labranza propios.

—Y bien lo mereció, dijo Federico: esponer su vida de aquella manera fué atrevimiento.

—¿No lo hubiera shecho tú? preguntó César,

—¡Qué sé yo! En igualdad de circunstancias puede ser que sí, porque al fin Arturo estaba arrepentido de su orgullo, y conoció que también los pobres tienen su valor en determinadas ocasiones.

—Las tienen siempre, hijo mio, contestó doña Tomasa; cada cual vale en su esfera y ocupa en la tierra el sitio que le ha destinado el Creador.

—Las nueve acaban de dar, exclamó doña Cármen recordando é los niños su costumbre.

—Entonces, buenas noches, abuelita, dijeron- todos, besando respetuosamente su mano. —¿Nos contará Vd. otro mañana? preguntó la mayor de las niñas.

—Sí, querida mia; ya tengo preparado uno, que llamaremos la *Modestia y la vanidad, ó contra soberbia humildad*, ambos le convienen porque se encaminan á demostrar los inconvenientes que tiene en las niñas el ser soberbias y vanidosas y las muchísimas ventajas de la humildad y la modestia, que cual la violeta pudorosa y sencilla, se esconde entre las yerbas de los campos, descubriéndola siempre su agradable perfume, que como el aroma de la virtud, sobresale y queda triunfante en todas las pruebas de la adversidad...

—Bien, bien; gritaron los ocho niños alborotados y batiendo palmas con inusitada alegría.

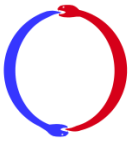


Nuevos horizontes



Innsbruck





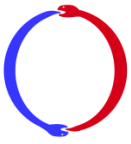
Osvaldo Beker

¿Qué hay en ti, luna, que hace latir mi corazón con tanta fuerza?

John Keats



Rodolfo Carmona ya se había levantado hacía unas tres horas, pero igualmente conservaba un profundo cansancio porque había dormido muy poco la noche anterior (y junto con el cansancio lo apresaba también un gran desgano de seguir trabajando en lo que estaba ocupado). Se había acostado a eso de las tres de la mañana por culpa de una fantástica serie de estreno que lo atrapó hasta el último episodio de la tercera temporada (se trataba de una historia que transcurría en el medioevo francés y en la que se veían las constantes intrigas palaciegas): vio capítulo tras capítulo como invadido por algún tipo de adicción. Vivía solo: nunca jamás experimentó la convivencia. Apenas había estado algunas semanas en unas vacaciones soñadas en unas playas de Brasil con una noviecita ocasional que desapareció, poco tiempo después, de la noche a la mañana, mucho antes de que se le fuera el bronceado. Eso fue para él lo más cercano a compartir un techo con una mujer. De todas maneras, no era un tema que lo inquietara demasiado. Ahora estaba terminando, por fin, un complejo informe para su trabajo en una empresa multinacional dedicada a las antenas satelitales. Guardó el documento en la carpeta correspondiente e hizo click en “cerrar sesión” en la computadora portátil. Solamente cuando terminó de apagarse, tras unos



breves segundos, golpeteó su escritorio con los dedos de ambas manos y se incorporó rápidamente.

Tenía mucha hambre y algo de sed. Se dirigió a la cocina y, como era habitual en él, antes de ingresar se aseguró de pisarla con el pie derecho, justo sobre un mosaico cuadrangular negro (el piso ostentaba la forma de un damero). La pava eléctrica de color azul había sido el regalo de una amiga a la que hacía mucho no veía: no se había peleado con ella, sencillamente, se fue zanjando una distancia que acabó, con la vuelta de los años, por pulverizar el vínculo. La encendió y esperó, mirándola, como si estuviera frente a una pintura de Hopper, durante tres minutos. Una vez que el agua estuvo lista anunciada por una alarmita simpática, recién entonces sacó la taza blanca preferida con los colores de Boca. Su celular sonó:

—Es urgente, Rodolfo. Quería hacértelo recordar. Es muy importante.

—Mañana voy a ponerme con eso, Pedrito, no te *preocupés*. Ahora ya terminé.

—Pero la jefa me lo pidió para esta noche. Hoy es el día tope, ¿no te acordás?

—Ya hablé con ella. Me dio una semana de gracia. Además, por ser domingo, ya hice bastante hoy para la empresa, ¿no te parece? Y nunca me lo pagan.

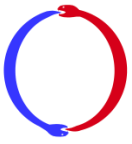
—Ajam.

—Así que vos tranquilo, pibe.

Era verdad que debían pagarle más de lo pactado en sus ingresos mensuales, porque para él no había ni fin de semana ni feriado que estuviera sin estar al tanto de los asuntos de la empresa. Llevaba una década ahí, había ascendido en un par de ocasiones, tenía varios empleados a su cargo y solamente tenía que reportar a una superior, “la jefa”, una venezolana muy profesional y muy cascarrabias.

Rodolfo volvió a la preparación del desayuno (ya se había tomado un café antes, pero no contaba como tal). En la taza depositó un sobrecito de té y, luego, volcó el agua. Con una cucharita roja revolvió el azúcar que había incluido. Tres cucharaditas bien colmadas que se disolvieron instantáneamente. De la heladera extrajo un frasco de mermelada y de la alacena, una bolsa de pan lactal de la que solamente quedaban cuatro unidades integrales. Colocó todo en una bandeja de madera (añadió un servilletero con forma de sirena) y se dirigió hacia el balcón. Su celular sonó:

—¿Qué? ¿Entonces hoy tampoco vas a venir? —le preguntó el padre, un octogenario, que vivía solo como él, porque la señora de Carmona



había fallecido ocho años antes víctima de un ataque cardiovascular del que les resultó difícil sobreponerse.

—Pero, papá, por favor. ¿Qué me estás diciendo? Ayer a la noche, cuando hablamos, te prometí que voy a ir a la tarde, ¿no te acordás? —respondió Rodolfo con otro interrogante imperativo.

—No. No me acuerdo. Pero bueno, no importa. Te espero. ¿A qué hora vas a venir?

—A las seis estoy ahí.

—Voy a estar esperándote —dijo el viejo, como enojado, como indignado, y cortó.

Mientras desayunaba y contemplaba la mañana de primavera desde su décimo piso de una torre de la calle Salguero, leyó varias notas periódicas de distintos medios y portales, y respondió una decena de mensajes. Uno de esos mensajes lo desconcertó.

—Papá, debo contarte algo. Hoy a la mañana, después de que me llamaste, recibí un mensaje muy importante.

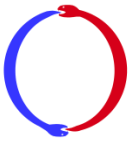
La casa del padre de Rodolfo era de una arquitectura centenaria. Enorme, aristocrática, inútil para una sola persona. Ambos ahora estaban sentados en la terraza, en unas reposeras de lona, charlando y tomando un jugo de frutas. La casona, una de las últimas en esa calle de barrio, tenía seis habitaciones, tres baños, patio, pileta, un parque grandísimo, terraza y un garaje donde cabían cuatro coches perfectamente. En su vida laboral, el padre, Roberto, había sido el titular de un estudio jurídico de gran prestigio y ocupó un puesto relevante en el Ministerio de Justicia de la provincia de Buenos Aires durante tres años. Ahora apenas caminaba (ayudado por un bastón de madera maciza), estaba jorobado, miope y padecía artrosis, diabetes y fuertes dolores en los riñones. Lo que no le estaba vedado era una verbosidad sin límites que más de una vez hartó a su único hijo. Rodolfo continuó:

—Existe la posibilidad de que me vaya del país. Recibí la propuesta de la casa matriz.

—¿Austria?

—Sí.

Austria siempre le había parecido simpática a Roberto. La visitó cuatro veces con Fátima, su mujer. Más simpática le pareció cuando su hijo se vinculó laboralmente con esa empresa cuya sede principal estaba en la ciudad de Innsbruck. Pero ahora estaba pensando que algún tipo de resemantización estaba a punto de producirse. Apenas escuchó la respuesta



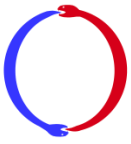
afirmativa de Rodolfo, se prohibió replicar de manera automática: necesitaba oír más detalles sobre esta decisión antes de dar a conocer su rotundo desacuerdo. Rodolfo le contó que el encargado del Cono Sur de la empresa le ofreció radicarse en Innsbruck durante seis meses al año (seis meses acá, seis meses allá) para vigilar de cerca los procesos de transacciones, de las cuentas de los grandes clientes y de las cargas impositivas correspondientes a ni más ni menos que quince países tanto de América como de Asia, África y Oceanía. Le contó que la oferta venía con un departamento, con un auto y con un suculento incremento en sus ingresos. Todo escuchó con paciencia. Concluyó que por suerte no había dicho nada automáticamente. La oferta para Rodolfo parecía muy conveniente. ¿Para qué ponerle un palo en la rueda ante semejante oportunidad? ¿No sería esta una buena ocasión para apoyarlo? Mientras iban surgiendo todos esos interrogantes, el celular de Rodolfo sonó:

—Sí, sí, ya lo vi, Débora. Esta mañana. Agradezco, ante todo, que me hayas postulado a mí. En principio sí. De todos modos, mañana te voy a dar la confirmación.

Roberto sabía muy bien que la tal Débora Rossi era la jefa. Le agradó saber que mantenía una relación cordial con ella a juzgar por las palabras y por el tono de voz que su hijo empleó para hablarle. Siempre le daba una enorme tranquilidad saber que Rodolfo se hallara satisfecho en su trabajo y, fundamentalmente, que mantuviera un buen trato en sus vínculos con los superiores. Por eso, dejó que su hijo finalizara la llamada y calló una vez que se produjo el silencio. Una vez más calló.

Si bien ya la conocía de antes (la había visitado de joven), ahora Innsbruck era prácticamente su ciudad por adopción. Ahora, de todos modos, no era lo mismo. No era un simple viajero que se asombraba con las construcciones disímiles de la ciudad austríaca, boquiabierto, desprevenido. Él iba al supermercado, a la lavandería, ya conocía los negocios de su barrio e incluso saludaba a algunos vecinos del edificio y de la cuadra. Ya estaba en su cuarta estadía desde que aceptó convertirse en un ejecutivo itinerante para la compañía. Le agradaba esquivar los inviernos en ambos hemisferios: de septiembre hasta marzo volvía a Buenos Aires. El resto del año, Innsbruck. De la ciudad aprendió a apreciar por qué la llamaban “la perla de los Alpes” y aprendió a comunicarse bastante bien en alemán.

Su domicilio insbruéés era frente al museo de arte adonde le gustaba ir a tomar un cafecito caliente mientras se conectaba al WiFi. Ahora estaba ahí, terminando de tipear unos números dentro de una planilla de cálculos. Su celular sonó:



—Mañana estoy ahí —le aseguró al cuidador que le informó el fallecimiento de su padre—. Mañana a la noche —le dijo, y después se cubrió con ambas manos para llorar.

El hecho de que perdiera a su padre y de que ahora quedara solo en el mundo no era lo que más le inquietaba. Su preocupación mayor consistía en qué hacer ahora que ya no había mucho sentido en quedarse en el país, o volver cada seis meses. Una vez vuelto a Buenos Aires, y tras haber despedido a su padre en el cementerio (en el que parecía que lo estaba esperando su esposa), se preguntó qué sentido había en la vida ahora que estaba reconociendo en su piel la más completa orfandad.

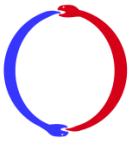
En el proceso de poner orden en la casa de su padre como para luego colocarla en venta, dio con varios objetos que catapultaron sus recuerdos hacia muchas décadas antes. Como si se tratara de un ímpetu proustiano, hallar ciertas cosas no pudo no retrotraerlo hacia los años de su infancia y de su juventud, e incluso antes de que él naciera.

“Innsbruck. Innsbruck. Innsbruck. Acá se desarrolla mi realidad ahora. Muy lejos de Palermo. Muy diferente también el entorno. Allá no hay montañas. Y el río está marginado, como tapado. Allá no hay nieve. ¿Qué será de mí dentro de diez años, veinte años? Entre otras cosas, lo más probable es que se me anule esta pizca de nostalgia y me vuelva frío como estos austríacos, tan frío como estos inviernos del demonio, pero que bueno, no hay buenos abrigos que no logren mitigar”.

Rodolfo sacudió su cabeza, como quitándose de encima unos fantasmas cargosos, como si el movimiento pudiera borrar los pensamientos sobre su pasado, su presente y su futuro. Un piso enorme sobre la Goethesstrasse (nunca aprendió a pronunciar correctamente la primera sílaba) era más lujoso que sus distintas casas en las que había vivido en Buenos Aires. Luego de la comparación, levantó las cejas y emitió un resoplido de impotencia. Después aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero de vidrio rectangular y luego se dirigió, todo ceremonioso, al baño principal del departamento gigantesco, en cuyo gran espejo reparó largamente en unas arrugas incipientes que habían estado apareciendo, quién sabe en qué maldito momento, pertinaces, en su cuello.



Bajo la escalera



Ginés J. Vera

A Javier Pérez, por aquel recuerdo literario, en un sótano, en Sigüenza

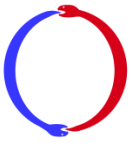
A buen seguro, en una hora semejante, en un cuarto semejante, una fantasía excitada por el hambre y el té fuerte podría ver los fantasmas de los antiguos habitantes. Yo no esperaba otra cosa. El fuego oscilaba y las sombras danzaban; recuerdos de extraños sucesos históricos se despertaron con vividez en mi mente.

Los fantasmas. Lord Dunsany



Susan había decidido preparar una tarta de arándanos aprovechando que el horno de leña de la cocina parecía en buen estado. Le daría una sorpresa a Greg cuando llegase del trabajo, se dijo. Lo cierto es que, desde la mudanza, la casa en sí era una sorpresa diaria. Tras las reticencias iniciales, habían decidido dejar la ciudad y mudarse al campo, cerca del lago Tahoe. Coincidieron en que necesitaba algunos arreglos en la fachada, el tejado y las habitaciones del primer piso. Pero se lo habían planteado con calma tras su traslado allí buscando la tranquilidad. Al escuchar la tentadora oferta de la inmobiliaria, ambos aceptaron sin pensárselo mucho. Sobre todo, al saber que había pertenecido anteriormente a un médico local. El único inconveniente era que había estado cerrada varias décadas.

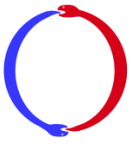
El horno se calentó enseguida, Susan introdujo la tarta y miró al reloj de la pared; tendría tiempo de sobra para prepararse una taza de té y la cena, juzgó. Subió al desván y rebuscó entre las cajas sin desembalar. Al bajar las escaleras con la tetera de esmalte, creyó oír unos pasos abajo.



—¿Greg, Greg? ¿Eres tú? —Demasiado temprano para que hubiese regresado, reflexionó. Lo llamó de nuevo al llegar al vestíbulo, la puerta principal estaba cerrada. Encendió la luz del porche comprobando dos cosas: que funcionaba y que no había nadie fuera. No quiso dejarse llevar por los rumores que circulaban por el condado. Creencias e invenciones de gente ociosa. Así las calificó el cartero al acercarse a la casa al poco de instalarse. «Las personas mayores de la zona abrigaban *sospechas*. —El hombre dejó pasar unos segundos tras mencionar aquella palabra—, muchas infundadas, sobre el doctor, el antiguo propietario...». Susan lo miró inquieta, casi tanto como aquel ojo estrábico del funcionario de Correos negándose a entrar. «Sumado a su muerte, en extrañas circunstancias —añadió limpiándose el sudor bajo la gorra—, y el hecho de haber sido acusado de hacer ciertas *cosas*... Cosas feas», apostilló tras una última pausa. No precisó más sobre ello, deseándoles —entre un estridente ataque de tos— que Greg y ella fueran muy felices en su nueva casa.

La luz del porche parpadeó un instante, como si recordase en ese momento también las palabras del cartero, antes de apagarse. Nada más cerrar la puerta, Susan lo oyó de nuevo: pisadas nerviosas, esta vez, procedentes del salón. Como de unos zapatos pequeños, se dijo. Mientras reflexionaba sobre la imposibilidad de que alguien hubiera podido entrar en la casa sin percatarse de ello, creyó escuchar, además, un susurro infantil. Se giró asustada, avanzó despacio y comprobó que el salón estaba silencioso y vacío.

La madre de Susan les había insistido mucho en que aprovecharan la nueva casa para *encargar* un nietecito. Se lo había pedido de aquella manera antes de la mudanza. También la familia de Greg, a su modo, no cesaba con la misma pregunta: ¿para cuándo un bebé en la familia? Tanta insistencia y todos estos años intentándolo los había llevado a visitar a una afamada terapeuta, especialista en casos de matrimonios sin hijos. Desde hacía algún tiempo, Susan creía ver y sentir niños pequeños a su alrededor, le confesó a la doctora. Ambos habían acudido a su consulta en el centro de la ciudad, una tarde lluviosa. La lista de espera para ser atendidos era larga, de otro modo, Susan hubiera insistido aún más en cambiar el día. Las tormentas la horrorizaban. Le costó comenzar a hablar, encogida en el sillón, frente a la terapeuta, de espaldas al ventanal donde los relámpagos encendían el cielo por unos segundos. Lo mejor era no obsesionarse con el embarazo, habló por fin la doctora; el estrés era contraproducente. Sus palabras parecían surgir sibilantes de una persona menuda, dentro del ajado cuerpo, como disecada en el asiento. Susan le hizo varios gestos a su marido para que se marcharan de allí, pero Greg permanecía absorto contemplando el rostro de la doctora en el que apenas parecían moverse los labios. Lo de ver niños continuamente era fruto de la sugestión, sentenció aquella. Les recetó un ambiente apacible y unos tranquilizantes solo si creía necesitarlos.



Susan regresó del salón a la cocina para ver cómo iba la tarta. Se convenció a sí misma, hablándose en voz baja, de que tenía que serenarse. Antes de comenzar a preparar la cena, pensó en cambiar el té por una copa de chardonnay. Tras cerrar la puerta de la nevera, tuvo que hacer un esfuerzo para que la botella no se le escurriese de entre las manos. Un niño de unos cinco años permanecía de pie bajo el dintel de la puerta. Parecía asustado. Contempló a Susan como a punto de hablar, pero no lo hizo. Dio media vuelta y desapareció hacia el salón. Ella tardó en reaccionar. Dejó la botella en la mesa y, con el pulso alterado, cruzó la cocina preguntándose si de verdad lo había visto. Demasiado real para ser una sugestión, se dijo dando pasos medidos. En el salón no había nadie. Tampoco esperó encontrar a nadie. En realidad, deseó interiormente que *aquello* fuera solo una ilusión, tal como le había dicho la doctora. Rememorarla en su consulta tampoco la ayudó a calmarse.

Greg encontró a Susan sentada en la cocina. La besó en la frente sin preguntarle qué hacía en el fregadero lo que parecía una tarta quemada y, sobre la mesa, una botella de vino medio vacía. Ella no le dijo nada. Tampoco durante la cena, en la que Greg, por contra, le contó cuanto le había ocurrido en la oficina. A la hora de dormir, con un pijama recién estrenado, se acercó bajo las sábanas buscando el calor de su mujer. Ella, rígida, se encogió al sentir sus manos frías.

—Hoy no. —Hizo una pausa. Él la había rodeado en un medio abrazo, besándole el cuello a pesar de las reticencias de Susan—. Greg, esta tarde... pasó algo. —Él parecía más insistente a pesar de la negativa—. Vi a un niño... en el salón. —Le retiró la mano, revolviéndose.

—¿Un niño? ¿Qué niño?

—No lo sé, uno; pequeño, tendría unos cuatro o cinco años.

—¿Estás segura?

—No lo sé, Greg, por eso te lo cuento. Creo que nos estamos obsesionando con lo del bebé. —Él se separó por fin, incómodo, encendiendo la luz de su mesilla.

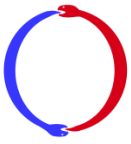
—Hablas igual que la doctora, solo sabes decir que estamos obsesionados. ¿No te puedo pedir que lo hagamos como lo hacen todos los matrimonios?

—Sí, por supuesto; no te enfades. —Susan rodó a su lado al ver que ya no la miraba—. Solo te lo conté porque... me pareció tan real que... tuve miedo. —Espació las palabras evocando las imágenes de la tarde.

Greg le devolvió la mirada, luego la abrazó.

—Lo siento, fue culpa mía.

—No, ya te he dicho que fue algo muy real, pero ya pasó. Sé que tendremos el bebé muy pronto, lo presiento.



Tras el abrazo, Greg apagó la luz. A ambos les costó conciliar el sueño.

Pasaron dos días de calma, Susan se centró en desembalar algunos objetos de las cajas del desván. Acondicionó el dormitorio, el salón y la cocina. El resto de habitaciones quedarían a la espera de que los albañiles vinieran a empezar la reforma. De allí pasarían a la escalera, se lo había propuesto así a Greg, al escuchar cómo crujían sospechosamente los tres últimos peldaños. Su segundo intento de controlar el horno dio como resultado unas galletas de jengibre quemadas. Se dirigió al salón, cuando oyó el ruido de unas pisadas fugaces. Permaneció inmóvil para cerciorarse. Asomó la cabeza sin ver a nadie, aunque le pareció que no estaba sola. Experimentó la incómoda sensación de ser observada. Amagó el acto inconsciente de preguntar si había alguien. Trató de convencerse de que era de nuevo otra ilusión. La palabra sugestión le vino a los labios. Fue pensar en la imagen del niño días atrás cuando, al instante, creyó verlo cruzar frente a ella. Esta vez, corriendo. En realidad, le pareció que huía angustiado de algo. O de alguien, hacia la escalera. Una voz en su cabeza le urgió a quedarse inmóvil; en cambio, hizo justo lo contrario. Con las piernas lastradas por el miedo, caminó titubeante hasta el inicio de la escalera. Bajo el lateral, distinguió la pequeña puerta de madera con celosía. Estiró la mano temblorosa. Comprobó al girar el picaporte que estaba cerrada. Lo agradeció. Notó su corazón enloquecido. Allí, de pie, sintió un angustioso vértigo al imaginar, de repente, qué hubiera sucedido en el caso de haber abierto la puerta y... haber hallado al muchacho.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Greg durante la cena.

—No. No lo sé —suspiró cerrando los ojos.

—Hablar de ello, tal vez, te serviría para darte cuenta de que son imaginaciones.

Tras un silencio tenso, Susan elevó la voz retirándose de la mesa.

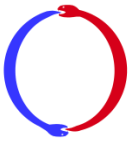
—¡No pensarás que me lo estoy inventado, ¿verdad?! ¡O que estoy loca!

—No he dicho eso, cariño, ni se me ocurriría tal cosa. —Fue hasta ella para abrazarla—. Solo digo que esta casa es muy grande y pasas mucho tiempo sola.

—Ahora sí que no sé qué pensar, Greg. Dejé mi trabajo para venir aquí, ¿recuerdas?

—Por supuesto, no te estoy reprochando nada. Olvida lo que he dicho, ¿vale? —Trató de arreglarlo con un beso y arrumacos. Ella le pidió que se estuviera quieto y la ayudase a recoger la mesa.

En el dormitorio, Susan abrió el cajón de la mesilla. Sujetó el frasco de tranquilizantes unos segundos, con los ojos cerrados, sin decidirse.



—Creo que tienes razón en lo de que paso demasiado tiempo en casa —dijo, guardando el frasco—. Mañana iré a la biblioteca, quiero consultar unas cosas en internet.

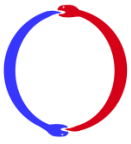
Apagó la luz, dio un beso a Greg y escuchó como él apagaba también la lámpara de su mesilla.

No supo cuánto tiempo pasó hasta oír la respiración pausada de su marido. Envuelta en la oscuridad, Susan abrió de nuevo el cajón y, sin hacer ruido, el frasco de pastillas. Esta vez el medicamento no impidió que soñase con la casa, con la escalera; ella avanzaba a cámara lenta, como sumergida bajo el agua; la pequeña puerta de celosía engendró una oscuridad asfixiante.

Se despertó ansiosa.

Llamó esa mañana a la doctora, tratando de ser la primera en convencerse de que solo eran ilusiones. Sobrevoló sin mencionarla la palabra sugestión. Temía lo que la terapeuta le diría, en especial, si le preguntaba acerca de las pastillas. Le advirtió sobre la dosis efectiva del medicamento, rogándole que tuviera cuidado. Si las visiones persistían —oyó la voz afilada al otro lado de la línea—, debía avisarle.

En la biblioteca pública, buscó información acerca de la casa y el antiguo propietario. Desconocía cómo se llamaba. Pasó las páginas escaneadas de varios diarios locales sin saber bien qué esperaba encontrar. Discurrieron como en una cascada de anuncios, partes de sucesos, fotos de niños relatando misteriosas desapariciones. Con finales felices unas, otras, sin resolver. A punto de abandonar, la pantalla le mostró de repente una imagen junto a una noticia de hacía más de treinta años. Una ola de secuestros infantiles, un médico acusado de experimentos clandestinos, un niño desaparecido cerca de un parque... La fotografía le hizo alejarse alterada, tropezando con sillas vacías, atrayendo la atención del bibliotecario. Nada más salir del edificio, tuvo que sentarse en uno de los bancos de la plaza. Había retenido la imagen de la pantalla el tiempo suficiente. Su cerebro la superpuso con el recuerdo reciente de aquella *ilusión* en su casa. ¿Cómo era posible? ¿Qué relación había entre ellos? Le costaba creer que pudiera ser cierto. Era solo sugestión, se repitió como le insistía la doctora. Su memoria, se dijo, le había jugado sin duda una mala pasada. Ya habría visto antes la noticia, razonó, aunque no recordase cuándo ni dónde; lo que la relacionaba era su subconsciente. No cabía otra explicación. Trató de borrar ambos recuerdos, la noticia y la imagen del niño, el que solo vivía en su cabeza. Llamó a Greg a la oficina, pero le dijeron que estaba reunido, le dejarían un mensaje para que la llamase más tarde.



Susan entró en casa con las bolsas del supermercado. No acertó a cerrar la puerta con el pie, por lo que decidió dejarlas en la cocina antes de regresar. Volvió a sentir una presencia a su espalda, al atravesar el salón. Esta vez, sí podía ser alguien que hubiese aprovechado la puerta abierta, razonó. Pensó en coger un objeto de la cocina para defenderse del intruso. Ladrones quizá, tembló al pensarlo, metiendo la mano en el cajón ante aquella idea. Y, si realmente lo eran, ¿cómo se defendería con un simple cucharón sopero?

—Hola, ¿hay alguien ahí? —repitió la pregunta sin convicción, caminando despacio, como si no quisiera asustarlos.

Cerró de un portazo, apoyando la frente en la puerta; la respiración agitada, sin atreverse aún a girarse a pesar de haber comprobado que en el salón no había nadie. Justo antes de decidirse a regresar a la cocina para devolver el cucharón —llamaría a Greg, se dijo en voz baja—, oyó unos pasitos. Como unos zapatitos aproximándose. Cerró los ojos, inmóvil, suplicando que al abrirlos todo fuera una ilusión. De repente, notó como si alguien le diese tironcitos a su falda, a la altura del muslo. Negó para sí convenciéndose de que no había nadie más en la casa, que solo era pura sugestión.

Abrió los ojos, ante la insistencia del niño, el mismo del día anterior. Tenía el pelo sudado, también la frente; respiraba agitado, como ella. Susan contempló el miedo en su rostro sin atreverse a preguntarle quién era. Él mantuvo una mano en el pliegue de la falda, con la otra señaló la cocina; luego, se giró como si alguien lo hubiera llamado. Salió corriendo en dirección a la escalera y desapareció.

Greg acudió tan pronto como pudo, una ambulancia se cruzó con él, inquietándolo aún más. Encontró a Susan sentada en el porche.

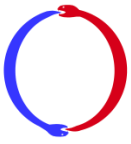
—Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Cómo te encuentras?

Ella lo abrazó llorando.

Estuvo acurrucada en el sofá, ovillada a Greg, durante una hora. En ese tiempo, apenas musitó que no quería que volviera a dejarla sola en aquella casa. No cenaron. Él insistió en que debía comer algo, pero ella solo deseaba descansar una vez los tranquilizantes empezaran a hacerle efecto.

Se despertó agitada a medianoche. Greg se revolvió en la cama preguntando qué ocurría.

—¿Estás bien, cielo?



—El niño.

—¿Cómo? ¿Qué niño? —Encendió la luz de la mesilla—. Susan, escúchame, no hay ningún niño; solo has tenido una pesadilla. Te traeré un vaso de agua y te tomarás otra pastilla.

—¡No, no quiero más calmantes, quiero irme de esta casa! —Trató de incorporarse, aturdida; cayó al suelo antes de que Greg la recogiera—. Sé que no me crees, pero te aseguro que es verdad. No son visiones... — Se dejó abrazar y acomodar sin fuerzas en la cama—. Vi a aquel niño — balbució—, lo vi, no fue ninguna ilusión.

—Ahora tienes que descansar. —Él insistió en que no llorase y se serenase. Le trajo un vaso de agua obligándola a tomar un calmante—. Yo estaré aquí, no te preocupes por nada.

Cuando despertó, Susan encontró a los pies de la cama a Greg y a la terapeuta. Se sintió entre abrumada e incómoda; hizo un esfuerzo por contarles lo que había descubierto en la biblioteca.

—Susan —la doctora le habló pausada—, creo que no te das cuenta de que la sugestión te ha hecho ver exactamente lo que querías ver. —Ella negó tratando de hacerse oír de nuevo sin parecer enajenada—. Llegaste a buscar una imagen que apoyase tu fantasía, a modo de justificación, eso es todo. No existe esa persona, ese niño, más allá de en tu subconsciente. Estoy muy preocupada —afiló la voz—, y Greg también... Me ha dicho que últimamente tomas alcohol.

—¡Eso no tiene nada que ver! —protestó—, os estoy diciendo que es el mismo niño. No sé por qué, pero es el mismo que el del secuestro, tal vez... Tal vez quiera algo de mí... Al menos, dime que tú sí me crees — preguntó a Greg. Él se acercó para abrazarla.

—Cariño, sabes que quiero lo mejor para ti, por eso he llamado a la doctora.

Esta negó con la cabeza pidiendo hablar a solas con él.

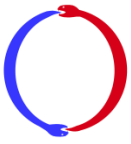
*

Greg ayudó a bajar a Susan del coche, aunque ella insistió en que se encontraba bien. No podía creerse la transformación exterior de la casa. El tejado lucía bonitas tejas rojas con una graciosa veleta. También la fachada fulguraba de blanco, los setos recortados y la pequeña fuente borboteaba con su querubín de piedra en el centro.

—Está preciosa, cariño.

—Tú sí que estás radiante; además, te tengo otra sorpresa.

Las semanas en la clínica le habían cambiado el color de la cara, irradiaba un aspecto más saludable, la piropeó Greg, de camino al porche. El farolillo había sido un regalo de la doctora, añadió él mientras abría la puerta, incomodándose al instante por habérselo recordado.



—No te preocupes, estoy deseando entrar y ver esa sorpresa —esbozó una sonrisa.

Greg la tomó en brazos a pesar del leve reproche por la ocurrencia.

—Nos merecemos una segunda luna de miel, ¿no te parece? —Le brillaron los ojos mientras la apoyaba en suelo del vestíbulo.

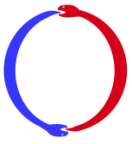
A Susan le costó muy poco dejarse convencer de subir al dormitorio tras admirar el salón y la cocina reformados, con muebles nuevos, compartiendo el alborozo de su marido.

Las habitaciones de la primera planta la saludaron; la más próxima al dormitorio principal, con dibujos infantiles y una cuna en la esquina. Susan estuvo a punto de regresar al dormitorio principal para despertar a Greg —descansaba después del maratón amoroso—, pero no lo hizo; se quedó un rato más contemplando, emocionada, la que sería la habitación de su bebé. Se pasó la mano por el vientre. Adivinó el sonido del carillón sobre la cuna, los gorjeos y risas de los tres, en unos meses. Se imaginó a sí misma dándole el pecho, sintiendo en ese instante un deseo apremiante de beber leche. Le extrañó oír el crujido de los tres últimos escalones. Sonrió pensando en que quizá Greg hubiera olvidado arreglar la escalera.

No encendió la luz de la cocina, con la del pasillo, entró y abrió la puerta de la nevera. Se sirvió un vaso de leche. Al dejar el vaso en el fregadero, oyó un tintineo metálico. Palpó la encimera hasta encontrar una pequeña llave como dejada a propósito. Al principio, no la relacionó. Fue al manosearla, cuando se le resbaló, asustada. La tomó de nuevo, inclinándose recelosa, con su otra mano en el vientre. Como si los recuerdos hubieran regresado de repente, oyó a continuación el eco de unos zapatitos en el suelo.

Se giró levemente hacia la puerta, a pesar de la penumbra, escuchó la carrera del muchacho llegándose hasta ella, observándolo sin atreverse a pronunciar una palabra. Él le sujetó la mano libre para que lo siguiese. Notó los dedos, la urgencia de atravesar el pasillo hasta la puerta con celosía bajo la escalera. No se resistió, como si todo aquello formase parte de un inocente espejismo; se limitó a fluir en ese sueño despierta. Hizo girar la llave, abrió la estrecha puerta y, despacio, se ocultaron dentro. Lo oyó respirar entrecortado, o quizás fuese su propia respiración, acurrucada en aquel escondite.

«Greg», susurró tenue, juntando el valor para llamarlo, admitiendo que la pesadilla la había vencido de nuevo. Por entre la celosía, reparó en que nuevas luces se encendían. Luego, oyó el quejido de los escalones. Era



Greg, debía ser Greg, se convenció Susan a punto de salir. Pero el muchacho le hizo una seña con el dedo en los labios, tapándose a continuación el rostro con las manos. A través de la puerta, sin comprender, Susan vio pasar una figura. No era Greg, de eso estuvo segura. No pudo distinguir el rostro, en cambio, sí los zapatos, el pantalón de pana, los puños de la camisa de algodón remangados y un instrumento metálico en la mano. ¿Un bisturí?, se dijo. Supo en sus entrañas que quien estaba al otro lado era el doctor, el antiguo propietario de la casa. Tuvo que taparse la boca para no gritar, allí, encogida en el hueco bajo la escalera, negando conforme la mano del hombre y el brillo metálico se acercaban. Cuando se abrió la puerta, el grito de Susan despertó a Greg en el primer piso.

La encontró oculta bajo las escaleras, chillando, pidiendo que no la matase. La hubiese abrazado de no haber sido por la rápida reacción de Susan, como huyendo de él. La siguió por el pasillo; luego, en el exterior, más allá del porche. Le costó detenerla cuando la vio arrodillada en la tierra húmeda, cerca de los setos, en el único espacio sin plantar del jardín. Aún tenía los ojos cerrados, los abrió para abrazarse a Greg.

—Ya está, ya pasó. Tranquila, estoy contigo...

En la mano de Susan, lo que parecía un terrón de tierra, resultó ser un hueso pequeño, como de un niño.

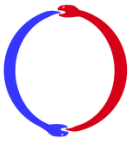
Poemas dedicados a

Dulce María Loynaz

y a

Sonia Jiménez Tirado





Encarnación Sánchez Arenas

Si me quieres, quíereme entera,
no por zonas de luz o sombra...

Si me quieres, quíereme negra
y blanca, Y gris, verde, y rubia,
y morena...

Quíereme día,
quíereme noche...

¡Y madrugada en la ventana abierta!...

Si me quieres, no me recortes:
¡Quíereme toda... O no me quieras

“Quíereme entera” de Dulce María Loynaz

QUIÉREME ENTERA

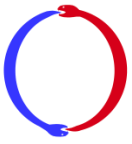
Si me quieres, quíereme entera
con mis luces y mis sombras...

Si me quieres, quíereme entre los tumultos,
quíereme entre los silencios.

Quíereme con el crepúsculo matutino,
quíereme con el crepúsculo vespertino.

Si me quieres, no me abandones
en una soledad perpetua.

Quíereme entera,
¡quíereme toda...! O no me quieras



En mi jardín hay rosas:
Yo no te quiero dar las rosas
que mañana...
mañana no tendrás.

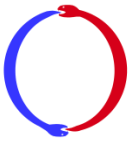
En mi jardín hay pájaros
con cantos de cristal:
No te los doy,
que tienen alas para volar...
En mi jardín abejas
labran fino panal:
¡Dulzura de un minuto...
no te la quiero dar!

Para ti lo infinito o nada;
lo inmortal o esta muda tristeza
que no comprenderás...
La tristeza sin nombre de no tener que dar
a quien lleva en la frente algo de eternidad...

ROSAS

En mi jardín hay rosas
que abandonan la soledad,
que circundan nuestro honor
lento de honestidad.
En mi jardín hay pájaros
con sus nidos,
no te los doy
que prueban la fidelidad.
En mi jardín abejas
labran desde el panal
tu dulzura y respeto
que yo quiero aportar.
Para ti lo infinito,
lo labrado,
lo humano.
Deja, deja el jardín...
no toques el rosal,
que es de muy fina porcelana
desde su honestidad sana.

Deja, deja el jardín...
No toques el rosal:
las cosas que se mueren
no se deben tocar.
“Rosas” de Dulce María Loynaz



Este día de hoy
mañana será un espejismo.
Son las diez menos cuarto de un día cualquiera,
hace varias vidas que nada me habita
y sigo estando aquí.

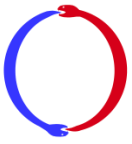
He transitado una eternidad desde ayer
y mañana seré una mujer nueva.

Así de relativo es, a veces, el tiempo.

“Un día cualquiera” en *Memorias de una contorsionista*
de Sonia Jiménez Tirado

CUALQUIER DÍA

Cualquier día amanecen los grillos entre una escarcha.
Pasan los segundos avanzando a los acontecimientos
pero todo se traduce en una arruga más.
Cualquier día la menestra de verduras se indigesta,
pasan los segundos perdiendo peso,
perdiendo sueños,
y cualquier día la pesadilla es de una sonámbula,
pero todo se traduce en un augurio positivo más.
Sí, sí, sí, soy una sonámbula más
que no quiere despertar de este estado de felicidad.
No, no, no quiero despertar perdiéndote
entre las olas de un océano.
Cualquier día amanecen las ninfas de nuestra leyenda.



Puedo empezar por el antes
para acabar en el después
que vino a destruirnos
y volver una y otra vez
a una espiral de humo blanquecino
que te dibuja y me asfixia.

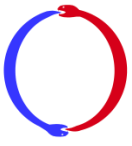
“Ordenar el tiempo” en Vértices de Sonia Jiménez Tirado

TIEMPO DE CAOS

Los ríos se han quedado sin desembocadura,
permanecen alargados con sus dos orillas
de origen rocoso,
resbalando los pies que quieren anclar.
Los nidos se han quedado sin ramas,
permanecen tan solo en el tronco
de nogal frondoso,
desplegando vuelos llenos de libertad.
Ahora es el tiempo del caos,
del libre albedrío,
donde la libertad desintegra pensamientos,
donde la libertad no hereda falsas palabras.
Ahora es el tiempo del caos,
del libre albedrío,
de la libertad perpetua.

Tres poemas de
Fondo musical para reproducir espejos

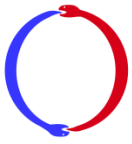




Esteban Cabrejas

ARMARIO DE MUÑECAS

No es fácil encontrarse,
repetir la senda
que otros han hollado
tiempo atrás.
No puedes ocultar
dragones
en un armario de muñecas.
La presión atmosférica
cambia
en un instante.



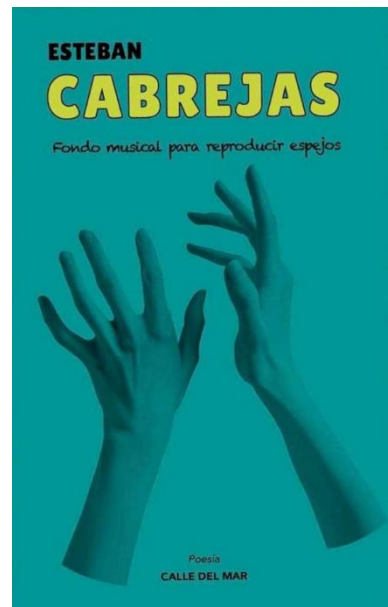
LA CABEZA A PÁJAROS

Si el pellizco de la noche
muerde tu silencio,
cántale a la vida
y que las aves llenen
de sonos tu cabeza.
No amanecerá antes,
Pierde cuidado,
Ni la densidad del aire
ganará o perderá

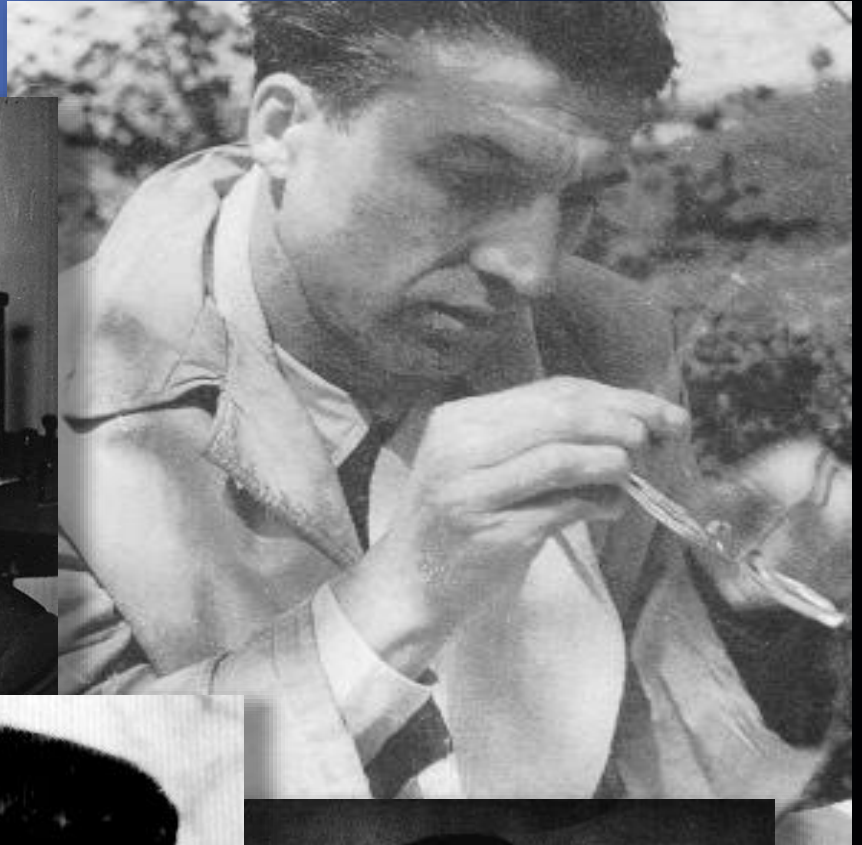
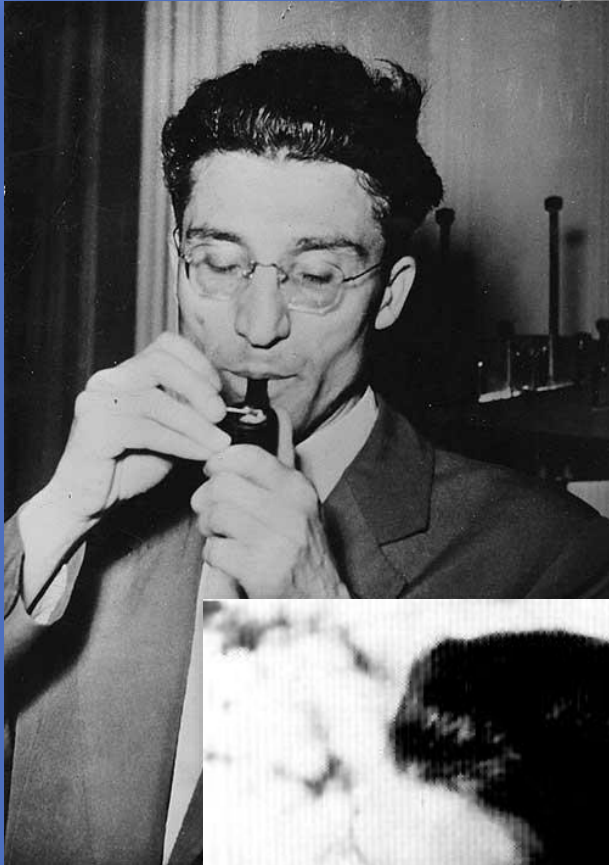
enteros.

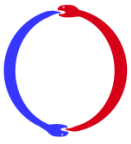
Con la cabeza a pájaros
solo estarás un poco
más cerca de lo que eres.

Poemas extraídos de *Fondo musical para reproducir espejos*,
Esteban Cabrejas (Calle del Mar, diciembre de 2024)



Recordando a Cesare Pavese





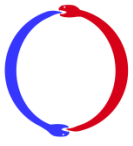
Ángela Martín del Burgo

I

Cualquier hombre o mujer
inventa sus orígenes
y construye su vida
en una escalera invisible
como un milagro de luz

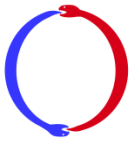
II

El hombre maduro
que regresa a Belbo
(en Santo Estéfano)
en *La luna y las fogatas*
dice haber sido un bastardo de hospital
que retorna al país natal
para hacerse tierra y pueblo,
aunque no sepa,
en realidad, qué pueblo
sea el suyo;
intuyendo sabores, olores
y deseos de la tierra
que no sospechaba
llevar en el cuerpo.



III

El hombre maduro que regresa a Belbo
ha venido de muy lejos
y ha crecido;
ha visto envejecer y morir;
se ha hecho otro;
el mundo lo ha hecho otro;
a decir verdad, ya no pertenecía a aquella casa,
—sin saber qué casa fuese aquella—,
ya no pertenecía a ninguna casa;
y las caras, las voces y las manos
que debían reconocerlo
ya no existían.
Lo único que quedaba
era regresar solo al hotel,
a una habitación de hotel
como tras un día de fiesta.



IV

El hombre maduro
que regresa a Belbo
ha visto las colinas y las campiñas;
ha sentido los colores y los olores
de las colinas y las campiñas,
que quizás el cuerpo
guardase y hubiese olvidado.
Ha visto mujeres bellas e imposibles;
el suicidio presentido entre mujeres solas;
la bella estación;
los amigos, los compañeros;
sabe qué sea el oficio de vivir;
disimulada, la soledad,
en tantas páginas en blanco.
En estas páginas inventó su vida,
la vida,
haciendo de la encrucijada
de caminos desconocidos
un milagro de luz.

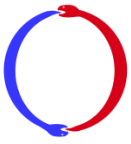
V

Tan solo la muerte
escuchó su llamada
y, cuando llegó hasta él
en una habitación de hotel,
tenía sus ojos.


De Enigma y misterio de Italia, y otros poemas (Editorial Huerga & Fierro)



Mar de fondo



Miguel Quintana

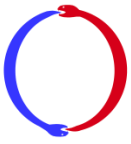
or las ventanas ojivales entraba un sol vacilante. El día, un lunes ventoso y húmedo, había transcurrido durante la mañana oscilando entre la abulia y el sueño. Matemáticas (una buena sopa con la descomposición factorial de polinomios a la que se agregaban, para más inri, variadas operaciones con fracciones algebraicas y unos puñaditos de radicales); Griego (donde hubo que ver y requetemirar un impresionante abanico de verbos polirrizos); y Lengua y Literatura (en la que, saltando a la palestra, J.J. recordó algo de la novela de caballerías; bastante, de la novela pastoril; y mucho, de la novela picaresca, girando siempre con el eje de *El lazarillo de Tormes*. Pero se le olvidó hablar de la novela morisca, creo).

Aburrida también la comida. Casi ni me acuerdo de lo que comimos.

Y el trémulo sol de la mañana se había esfumado en el aire para dar paso a una débil e indefinida niebla sobre la piel de la sobremesa.

Se acercó lentamente y me dijo:

- ¿Echamos una partida?
- Bueno, vale —digo.
- ¿Vamos al tablero de arriba?
- Sí, mejor, hay menos ruido.



Escaleras arriba hasta la segunda. Por allí cerca hay una mesa de ping-pong. Vaya, también aquí aúlla el ruido. Qué más da. Dos jugando y tres o cuatro esperando que alguno de los que juegan pierdan para entrar ellos. No está mal tampoco el peloteo en la mesa verde, aunque no me guste demasiado. Prefiero el tablero, por supuesto. Está vacío. Suerte, porque tiene parroquianos muy adeptos. Y no es fácil jugar cuando tienes a tu espalda uno o dos haciendo comentarios y exclamaciones, o muecas o risitas o asombros, yo haría esto o lo otro, se dice al oído del de al lado, comería esta y me pondría allí. Después, claro, si se sientan de verdad a jugar, zás, no demasiada idea, dejan suelta esa pieza, o la otra, y ya no hay remedio. Qué bien se juega la partida de otro. Ahora, vacío. El tablero vacío parece triste. No sé, o cargado de hastío.

—Te dejo las blancas —digo.

—De eso nada, por qué me vas a dejarlas, se sortea y en paz.

—Bueno, cógelas tú.

Coge dos peones y se los lleva a la espalda. Me presenta después dos puños cerrados. Elijo uno. Negras.

—¿Ves? Hoy me tocaban negras —digo.

Colocamos nuestras piezas. Mayor excitación es imposible. Qué tendrá esta historia que atraiga tanto. Debe de ser el infinito. Posibilidades infinitas. La atracción del imposible.

—¿Ponemos tiempo? —pregunta.

—Ponlo tú si quieres.

—¿Quince minutos?

—Vale, yo voy a jugar igual con cinco que con quince —fanfarro-neo.

—Es que con quince nos va a llevar más de media hora y tengo que ir después...

—Vale, venga, diez minutos. O si quieres, quince. Pero, a lo mejor, acabamos antes.

—Bueno, dejemos el reloj. Empiezo —dice.

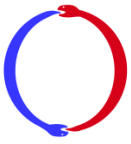
1. d4 Cf6

2. c4 e6

—¡Hombre, gambito de dama!

—Anda, sales por gambito de dama —digo—, casi nunca lo haces.

—Para variar.



Sí, hay alguna variante. Unas pocas, bastantes, muchas, infinitas variantes. Ahora no, pero dentro de nada, ya casi infinitas variantes.

—Está bien variar.

Variantes modestas. Hay variantes pusilánimes. Y venenosas. Hay variantes con mucha discusión. Teoría, teorías variantes sobre las variadísimas variantes. O no. ¿Camino trillado? Puedes tirar por el trillo como una pareja cansina de vacas o bueyes rumiantes que dan vueltas por el mismo camino trillado. O puedes poner al trillo un fogoso *pegaso*.

11. Axc4 e5

Ya se anima la cosa. Ya hubo cosillas. Algún problemilla por ahí. En las casillas hay unas cuantas cosillas. ¡Hasta te hacen salirte de tus casillas! Ahora tienes aquí un alfil que me amenaza un peón. Ojo. ¿tendría que haber jugado 11... c5? No, voy a ver qué pasa adelantando el peón a 11... e5. A ver qué pasa.

12. h3 ...

—Coña, no esperaba esto. Yo... no entender, peoncillo sencillito da un pasito —digo.

—Peoncillo, peoncillo, ya está, venga, te toca.

—Vamos..., vamos a ver..., yo tiro *palante*, venga...

12. ... exd4

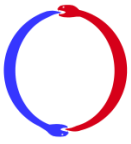
Comiendo peones. No, es un cambio, claramente me lo va a comer también a mí. Con su peón.

—Bueno —digo—, saquemos un caballo.

13. ... Cb6

—Hombre, la yegüita —dice.

En vez del caballo podría yo haber movido la torre a 13. ...Te8, pero dejemos las torres, sean altas o bajas, y comencemos a galopar. La verdad es que jugando la torre le incitaría a sacar a su dama a 14. Db3 y reforzaría su alfil de casillas blancas que me amenaza un peón defendido solo por mi rey, solo porque lo defendía también la torre, y... ta-ra-rá... se quedaría con mucha ventaja. Así que, salta, caballito. Porque los caballos saltan. Y piafan.



—Qué, ¿dudas? —digo.

Lo tienes muy sencillo, hombre, pero no te equivoques, ojo. Ahora mismimito, ya, estamos en una fase donde dicen que hay treinta millones de posibilidades, más o menos dicen, y habrá, seguro, quien multiplique la cifra por..., así que, ojo. Esas posibilidades, claro, son malas, o sea..., es decir..., vamos a ver lo que quiero decir, digo que peón a..., que alfil a..., que Dama a..., que si como este, o si paso allá, eso es malo, porque hay otra jugada mejor, así que treinta millones de posibilidades tienen que tener treinta millones de gradaciones de maldad, o si se quiere, de bondad, y me parecen muchos treinta millones de grados de maldad, no, demasiada maldad, vamos a decir que hay treinta millones de grados de bondad, hasta ¡oh, cielos! llegar a la mejor jugada, la que está en el último grado de bondad, o en el primero, y esta, ¡quieto! ...¡es la que haría el mismo Dios!, oh, qué estúpido, Dios no juega, tendría ventaja, ¡eh, quieto!, ¿y si jugara sin dama?, ¿podría ganarle yo si Él jugara sin dama?, desde luego no le ganaría si jugara sin caballos, pero sin dama..., chico, que son tres puntos más, habría que llevar bien las riendas, hilar fino, ¡meca!, ¡y tenderle emboscadas!, y qué pasaría si picaba..., chico, me daría un pasmo si Él perdiera, ¡oh, si Dios perdiera conmigo jugando! Mejor no jugar con Dios.

—No, ninguna —dice—, retiremos un pelín el alfilillo.

14. Ab3 Af5

—Pues mira, yo saco otro alfil *pal* medio —digo.

—¿Dónde aprendiste a jugar?

—¿Aprender? No sé jugar.

—Hombre, no jeringues, tío.

—Bueno, pues estoy aprendiendo ahora.

—Qué modestia más falsa.

—De verdad, es que no me interesa mucho.

—Pues juegas bien para que no te interese.

—Joroba, es cierto, es machacar siempre al contrario.

—¿Y el baloncesto, no es lo mismo?

—Bah, no es lo mismo. Es más malvado esto.

—¿Malvado? ¿Qué significa malvado?

—¿No sabes lo que es malvado?

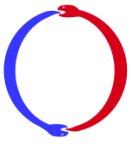
—¿Y qué pasa, que los de la puñetera *Ilíada* que tanto te gustan no son malvados y machacan?

—¡Jopé, es ficción!

—Esto también es ficción.

—¡Sí, tururú! El otro día casi se arrear *Grajal* y *La Vecilla*.

—Ya, porque ese *Grajal* es un... Venga, pero vamos, que tengo algo de prisa. ¿Quién va?



—Tú, que yo saqué este alfil.

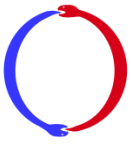
Venga, dale vueltas a los treinta millones. Están ahí todas las piezas a la vista. No hay cartas ocultas aquí. Ojo, ¿cómo que no hay cartas ocultas?: están todas ocultas. Lo mismo que tus ideas. La misma ocultación. Qué más da que mire tu frente, o tu nariz, o tu mentón, ¿puedo entender lo que bulles dentro? Y si lo viera, qué iba a hacer yo con tus treinta millones de ideas. Podría fijarme en una o dos, analizar tres o cuatro y, a lo mejor, reírme de cinco o seis. ¿Y el resto? Oculto, como las posibles jugadas que ni llegamos a descartar. Solo veo tu pelo negro, tus mejillas sonrosadas y tus dientes blancos, y las manos por ahí.

—Voy a sacar esta torre —dice.

15. Te1 ...

Vamos ver mis posibilidades. Analicemos, señores.

Esa torre blanca ahí, con toda una columna entera para ella por donde venir es un cuchillo. Cómo se defiende uno de un cuchillo. Bueno, que quede por ahí el cuchillo. No pueden contra rocas los cuchillos. Aunque tengan doble filo, no cortan más que cosas endebles. Y si tienen que atacar algo duro se parten. Pero antes de partir hacen daño, la verdad. ¿Y si dejamos que venga el cuchillo a cortar y lo despanzurramos con una maza? También puede ser olvidarse del cuchillo y cercenar el brazo que lo empuja. O el corazón que lo mueve. ¿Cercenar el corazón? No, hombre, no es así, el poeta dice *cercenado tiene un brazo, mas entero el corazón*, con brazos cercenados, *mas entero el corazón*, pueden hacerse hazañas, como las de don Miguel, oh, gran hazaña, sí, la de que un hombre con brazo casi cercenado cree otro hombre hazañoso que tiene enteros los dos brazos, *mas cercenado el corazón*, y que con su corazón cercenado por delante mueva caballos y peones y alfiles y abata torres y molinos y leones, partida hermosa, Miguel, corazón entero, porque tu héroe, a pesar de su corazón transido, transido de amor y de dolor, hizo o pudo fácilmente hacer los treinta millones de hazañas en su partida antes del jaque final..., sin tener que tocar a su dama. Pero él no podría jugar sin dama... ¿Fogoso *pegaso*? ¿Rumiantes vacas? Veamos posibilidades, torre, columna, cuchillo, maza, roca, veneno, pero si ha de ser veneno tiene que ser veneno invisible, el más tóxico..., ¡oh, Dios, planeo envenenarle! Veneno lento, inapreciable, trazas de veneno, no te enteras, pero está dentro. Debió de ser así el veneno de *Grajal*, poco a poco los grajos envenenan avecillas y estas mueren con un último aleteo, ¿es esto un juego?, un revuelo de cien demonios entre grajos y otras aves, no, no es juego, es fuego, fuego de plumas, venenos fogosos, no juego, muerte caminante con su espada y su guadaña, así, bien clara y afilada, y la pobre avecilla seguramente veía venir la muerte hacia ella, seguramente guiada de la mano del gran grajo, seguramente la avecilla se



dio finalmente cuenta de que le habían insuflado o instilado veneno, y se sentiría seguramente traicionada, ¡ah, arteramente insuflado el veneno!, sí, fue allí, claro, en la jugada 14 o en la 15, un vulgar peón de nada avanzó un pequeño paso, como con indiferencia, como desdeñando a sus enormes hermanos de alfiles o caballos, como despreciando con su baja humildad la altura de sus hermanas torres, peón venenoso que con su pasito insignificante parece no querer mirar a sus padres rey y dama, pero venenoso peón autorizado por sus padres y sus hermanos para dar un paso de muerte, y astuto peón venenoso que, inhumano, mata, mata el vuelo de las aves, peón despreciable. ¡No! ¡Hermoso peón! Quizás lo hubiera adelantado a ese escaque Dios.

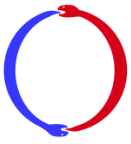
—Estoy un poco en blanco —digo—, no sé qué mover...
—Venga, hombre, que tengo prisa.
—Qué tienes que hacer —digo mientras muevo.

15. ... a5

—Tendría que ir al médico, porque creo que tengo un esguince en el tobillo que me está jorobando.
—Sí, parece que andas medio cojo.
—Fue al baloncesto, salté y al apoyar se me dobló el pie y, ¡joroba...!
—¡Recojostras!
—¡... los peores cinco minutos de mi vida!
—¡Recojodrón!
—¿Qué?
—¡Recojostras recojodrón!
—¡Pero, macho, de dónde sacas esas palabras!
—¿Recojostras recojodrón?
—Sí.
—Las dice todo mundo.
—Pues yo no lo había oído nunca.
—Es que escuchas poco.
—Venga, tiro, voy a adelantar un peoncillo, como dices, por si las moscas —dice él.

16. a3 ...

¡Ah, esto de las moscas! Las moscas por el tablero revolotean. ¿No iban a revolotear por allí? ¡Revolotean por todas partes! Sobre todo, por sitios golosos. Azúcar, moscas. Mermelada, moscas. Carne, moscas. Cara, moscas. Brazo, moscas. Nariz, moscas. Cualquier cosa dulce, y moscas revoloteantes. Lo que pasa es que ellas encuentran dulce otras cosas... Coges un peón cualquiera y ya sientes en la oreja moscas. Ves una torre que puede adelantarse y a su alrededor revolotean moscas. Un posible salto del



caballo de rey, y ¡jolín! Lleno de moscas, por más que des rabazos y cabezadas no hay forma de deshacerte de todas las moscas que llevas encima, imposible, a no ser que lo único que hagas es precisamente atacar moscas, cazar moscas, despanzurrar moscas, pero ya se sabe que al entierro de una acuden otras mil. Y es lo mismo que sea un caballo que un burro. ¡Bastante les importa a las moscas y a los moscorrones que sea caballo o mula! ¿Mula traperera? *Pallá* vamos, a los ojos, y llenamos sus ojos con nuestro mosqueo, y la pobre mula, toda mosqueada. ¿Qué le pasa a un enorme león? ¿Que le irrita una pequeñuela mosquita muerta! Por eso, la que mejor entiende el lío este de las moscas es la araña... Qué *listeja* es esta tía, la araña. Jolín. No le molesta ninguna mosca.

—¿Y si empezamos a urdir una tela de araña? —le digo, mirando fijamente mi torre que puede ir fácilmente a 16. ... Te8, teniendo en cuenta que...

—¿Qué?

—*Pa* tus moscas, digo.

—Joroba, *Villacelama*, qué rollo eres. ¡Urdir una tela de araña! Urde lo que quieras.

—Hay tantas telas que urdir y que cortar. Recuerda a Penélope.

—¿Quién?

—Penélope.

—¿Qué le pasaba?

—Bueno, es una historia bastante confusa, porque hay una leyenda por aquí que dice no sé qué cosa, que era hija de este y de esta, de la otra y del otro, hay después no sé quién que dice que fulanito se la dio a Ulises por no sé qué recompensa, después viene Aristóteles, chico, el mismo Aristóteles, y dice tal, otros después que si los pretendientes tal, que si un hijo que tuvo con tal va y la mata, y ella teje que tejerás y desteje que destejarás, y tal, y Ulises después de veinte años vuelve y se da a conocer y pasa con ella una larga noche contándose mutuamente sus aventuras. ¡Es un lío esto de Penélope! ¿No?

—¡Joder, macho, vaya rollo que te montas con la *Iliada*!

—Es en la *Odisea*, hombre.

—¡Bah, qué más da! ¡Tira!

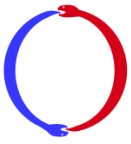
—Venga, pues voy a sacar la torre aquí. ¿Te imaginas toda una larga noche contándose aventuras?

—No sé, yo tengo un cacao con eso impresionante. Como nos obligó el otro a leerla, yo la leí de prisa y corriendo y tengo un cacao cojonudo, me bailan por ahí *Calipso* y *Nausícaa*, *Leucotea* y *Circe*, las sirenas y los lestrigones, el país de los lotófagos y el país de los no sé qué rollo. Solo me acuerdo bien de *Polifemo* y del caballo.

—Bah, pues con *Polifemo* tienes *pa* rato. *Pa* más de una noche.

—¡Sí, hombre, una noche con *Polifemo*!

—¡Jopé, y con el caballo no te cuento!



—Mira, eso tiene cierta gracia, pero también es un rollo cojonudo. ¡No se lo cree ni Homero!

17. Txe8+ ...

—¡Jaque! —dice.

—¡Hombre, jaque al rey! Bueno, voy a comer este peón con la dama.

—Pues yo voy a poner mi dama aquí.

—Vale, mi caballo a d7. ¿No crees lo del caballo?

—¿Pero cuántos soldados crees que caben en la barriga de un caballo?

—¡Si por lo menos fuera yegua, eh!

—Bah, ni yegua ni nada. ¡Un cuento, hombre!

—Pues no sé quién se desmayaba cuando le contaban esos cuentos.

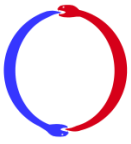
—¿Quién se desmayaba?

—Es que no me acuerdo.

Bastante mal mi caballo en d7. No, señor, idea nada buena. Este caballo aquí no está preñado de nada. En su vientre no hay más que tripas escuálidas. ¡Qué mal saltaste ahí, caballito bobo! ¿No ves que desde ahí ni das coces ni nadie puede caer a tus pies? ¿Qué *troya* vas a conquistar si en vez del Egeo saltas al Jónico? ¡Vaya tela de araña que empezamos! Como si estuviera borracha la araña.

19. Df4 ...

Claro, claro. Una guerra contra el error. Resulta que esto es siempre una guerra contra el error. Bueno, ¡y qué!, como la ciencia, toda ciencia es una guerra contra el error, ¿no?, claro, error, está esto que es verdadero y después viene aquello que demuestra a su vez que es verdadero, demostrando al mismo tiempo que lo otro no era verdadero, y después viene el tercero, que es verdadero, y anula la verdad del segundo. Conclusión: todo es verdadero y falso, verdadero cuando se demuestra que es verdadero y falso cuando el siguiente demuestra el error precedente implantando su verdad. El caballo aquí está bien porque *taratarará*, y está mal porque *taratararí*. Por consiguiente, caballo malo y bueno al mismo tiempo. Claro, como todos los caballos. Por cierto, si no hubiera errores... ¿quién ganaría? Esta noche lo pienso y mañana lo sabré. Porque..., si jugara Dios... no tendría errores, y sin errores... no va a perder, digo. ¿Pero si jugara sin dama? ¡Ya no sería este juego, burro! ¿Cómo que no? Vamos a ver, usted, señor Dios, coloca en su sitio sus peones, sus torres, sus caballos, sus alfiles y su Rey..., y me deja reposando en la caja a su dama..., ¡para qué, señor Dios, quiere usted una dama! Y yo, criaturilla suya, señor Dios, indefensa, contingente, damisela endeble y frágil donde haya criaturas, me pongo todas mis piezas, claro está, todas, todas mis piezas en el tablero y empezamos la partida..., ¿qué pasa, no sería esto una partida? A ver, júgueme sin



errores, no puedes tenerlos porque eres Dios, juéguese sin errores, que si yo solo tengo alguno, pero no de mucho bulto...

—¡Pues vaya gilipollez de partida jugando sin Dama! —exclamo en voz alta.

—¿Qué dices? —dice él.

—Ah, nada, es que estaba pensando.

—Pues venga, hombre, mueve.

—¿Qué pasaría si saco este alfil aquí? —digo moviendo el alfil a g6.

—Nada, que yo avanzo este peón.

—Entonces pongo la dama en d8.

—Bueno, y yo el caballo en a4.

¡Oh, Dios, la araña negra, qué tela está haciendo! ¡Va a quedar enredada ella misma en su propia urdimbre! Por cierto, quién hablaba de redes. A veces tejes una buena malla, *con esta pesco muchos peces*, dices, pero..., *ah, esta sí que es una buena celada, pero...*, pero el de enfrente no es manco y tiene entero el corazón, ¡jo, y qué corazón!, y resulta que perdiste el tiempo preparando el ardid cuando tenías que haberlo empleado en crear rocas donde se rompieran los cuchillos, y la trampa se descubre a tiempo, y te queda un flanco descubierta, o el propio pecho abierto a una lanzada, y el veneno que destilé resulta que me lo tengo que tragar yo, y resulta también que no preparé al mismo tiempo la triaca, qué estúpido, fabricar un veneno sin fabricar también la triaca, claro, solo se me ocurre a mí, y de aquellos polvos, estos lodos. Ulises lo hacía mejor, hombre.

—Bueno, esto va quedando muy guapo —digo.

—Sí, sobre todo para vos.

—¿Para vos?

—Para vos, Su Eminencia.

—¡Anda, mira por dónde sales ahora!

—¡Que sí, hombre, que lo tienes muy guapo!

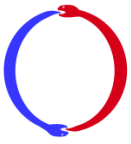
—Sí, cojonudo.

—Sí, señor, un bello tablero. Me *pirria* este diagrama. Fíjate, caballitos, alfilitos, peoncitos, damitas por ahí... Oye, ¿qué querías decir con lo de Polifemo?

—¿Polifemo? ¡Ah, sí! Que te lleva una buena noche leer el *Polifemo*.

—Pues yo la historia de *Polifemo* la leí en nada. No me llevó ni cinco minutos...

Polifemo en nada. Sí, esto está bien. En nada. Polifemo. ¿He dicho Polifemo? Sí. Un momento, ¿he dicho Polifemo? Sí. Voy a repetir la pregunta: ¿he hablado de Polifemo? Sí, hombre, Polifemo. Polifemo y Galatea, ¿qué pasa? Pero..., esto es demasiado. Perdón, don Luis, por haber llamado a tu puerta. Qué voy a hacer si me la abres. Quedaré tan estúpidamente callado ante ti. No, no podré abrir la boca en tu presencia, por eso



te pido perdón, por haber invocado en vano tu nombre. Polifemo en mis labios..., ¡oh, Dios! ¡es un vocablo blasfemo! No sé cómo me atreví, qué ligereza, perdóname otra vez, don Luis, y sigue durmiendo, que ya vendré a hablar contigo cuando mi sesera no esté tan sosa, después de noches de insomnio con tu poema.

—Cinco noches, a mí.

—¿El episodio de *Polifemo* te llevó cinco noches leerlo?

—Y para más inri, no lo entendí.

—Joder, macho, ¡si está *chupao*!

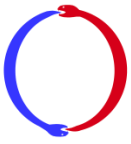
—Pues ni a la tercera ni a la cuarta ni a la quinta. Venga, pongo este peón en h5.

Torre e1, b5, caballo c3, dama b8, dama e3, b4, caballo e4, peón x a3, caballo x f6 jaque, caballo x f6, peón x a3, caballo d5, alfil x d5, peón x d5, caballo e5, dama d8, dama f3, torre a6, torre c1, rey h7... ¡Cuántos grados de maldad! De maldad en mis jugadas, claro, situación ya insostenible, qué columnas pongo a mi casa cuando las propias de la casa se han derruido, flan, tambaleante flan, difícil evitar el desastre, cimientos removidos, columnas vacilantes, vigas sin vigor, la cubierta resquebrajada, cristales rotos en ventanas, cómo se construye un armazón que sostenga y enderece..., ¡espera! ¡Es aún posible! ¡Ánimo con tu torre y con tu dama! Con tu dama en la torre y con la torre en el alma. Sí, te atacan tu torre y tu dama y tu alma. Pero hay que edificar torres en el alma, hay que dar el alma a tu dama. ¡Oh, *Pegaso*! Tus alas han caído ya. Pero antes de ello, me enseñaste a volar alto y raudo, volar, volar, volar contra Quimeras, traspasar encrucijadas, renacer de las cenizas. ¡Ánimo, Belerofonte! ¡Precipítate contra las quimeras! Mas... ¿hay que destruir quimeras? ¿No ocurrirá como con las moscas? ¡Mil en el entierro de una! ¿No resurgirán de su sangre derramada otras mil quimeras? ¡No! ¡*Pegaso* te enseñó a destruir a una bestia y el que hace un cesto hace ciento! Miles de quimeras con miles de cabezas diferentes con miles de llamas por sus miles de fauces. ¡Leones, serpientes! ¡Qué más da lo que tengan dentro mil quimeras si tú, Belerofonte, llevas en el alma a tu dama dispuesta siempre a asestar un último golpe de gracia!

Mas... Dios no se equivoca ¡y juega con su dama! Dama h3, torre b6, torre c8, dama d6, dama g3, peón a4, torre a8, dama e6, torre x a4, dama f5, torre a7, torre b1 jaque, rey h2, torre c1, torre b7, torre c2, peón f3, torre d2.

¡Pero después de esto, la cosa es sencilla: tablas! Míralo por donde quieras: tablas.

—¿Tablas? —pregunto, pero sus ojos siguen hipnotizados por el tablero. Ahora los treinta millones se han reducido un poco. Pero a pesar de



ello, el hipnotismo es fuerte. Sí, qué tendrá esta historia que atrae tanto. Sí, debe de ser el infinito: es decir, la vida y la muerte.

—Me parecen tablas —repito; pero Dios lo ve de otra forma.

—¡Qué dices, hombre, de eso nada!

—Bueno, pues mueve —y movió pieza. Pero... ¡cómo es posible que teniendo el lío que tiene, tan enrollado, con *Calipso* y *Nasícaa*, con *Leucotea* y *Circe*, con las sirenas y los lestrigones, con los lotófagos y con los demás, y sabiendo bien solo lo de *Polifemo* y lo del caballo de Troya...! ¡Hombre, hombre, hombre! ¡El caballo! ¡El caballo de Troya! ¡Esta es la clave! ¡El caballo!

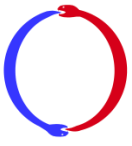
41. Cd7!! ...

¡Claro! ¡Ahí hace saltar Dios a su caballo! No le importa perder un peón, pues a cambio de él, comienza un ataque de mate.

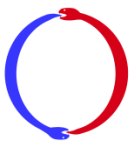
41. ... Txd4

Sí, lo veo venir. Sí, ya no hay remedio. No ha habido veneno por su parte. No. Ha sido otra cosa. Pero no sé qué. ¡Cómo veneno! ¡Pero si es ambrosía de dioses! Néctar y ambrosía, sí. He de reconocerlo. Un líquido suave y dulce y embriagador. Este juego. Con este. Lo que pasa es que ¡ese *pegaso* suyo voló más alto que el mío! Pero su licor es dulce y embriagador. Lo que pasa es que ¡su araña blanca sí que urdió una recia tela invisible! Y tú, Belerofonte, no te sirve de mucho el vigor de tu *pegaso*. Caerás en su red. Pero me gusta caer en esta red. Es liga, sí, pegajosa liga. Sé que es liga pegajosa, pero dulce, adonde acudo voluntariamente para caer en la trampa y ser cazado. Sé que cuanto más me mueva y forcejee en esta liga más me atrapa su funesta garra. Mas no es funesta esta trampa. ¿O sí? ¿Conduce a la muerte? Si conduce a la muerte conduce a una muerte de vida. ¿No? Por lo que..., no te importe demasiado, Belerofonte mío, caer, pues son esos fantasmas encantadores, enemigos míos, quienes han cambiado ese caballo suyo en aspas de molino movidas por nada más que viento, son aspas de vientos contra las que nos estrellamos, son solo aspas y solo viento, aspas atadas eternamente a un molino, y tú y yo, *Pegaso* mío, nos levantaremos y volveremos a volar por todo el cielo, volveremos cuando queramos a remontar el vuelo al cielo donde están lasavecillas, dejemos los fantasmas que muelan en sus molinos, remontemos el vuelo, *Pegaso*, ¡arriba, *Pegaso*!, que *tras de un amoroso lance, y no de esperanza falto, hay que volar tan alto, tan alto, para dar a la caza alcance*, ¡*Pegaso*!, aunque des un ciego y oscuro salto no te importe, no te importe *si es de amor el lance, porque hay que ir tan alto, tan alto... para dar a la caza alcance*. Caballo f8 jaque, rey h6, torre b4, torre c4, torre x c4, peón x c4, dama d6, peón c3, y dama d4 movió finalmente J.J.

Y abandoné.



La niebla, ahora ya vestida de novia, se había esposado con la tarde y bailaba diversas melodías, cuyas evoluciones observábamos en silencio tras la ventana. Sonreía.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de Visit Greenland

9	Rodrigo Fernández	53	Joey Nicotra
15	Julien Tromeur	55	Guberan Tharnimalai
22	Ezekiel See	56	Cristian Palmer
24	Vicente López Portaña	58	Luminish
25, 27	Francisco de Goya	63	Basotxerri
32	Jan Hrdlicka	64	José Vallejo y Galeazo
35	Metro de Madrid	75	Blake Cheek
36	Nathan Dumlao	76	Ironmonkey285
37	Eric Garcetti	82	Annie Spratt
43	Arturo Espinosa	97	Erik Eastman
51	Karl Magnuson	105	Nick Rickert

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094